ARMANDO RAVELO

DORAMAS

BAJO LOS PIES DE NADIE

EDICIÓN ESPECIAL GRATUITA MARZO 2020

LA NOVELA SOBRE EL LEGENDARIO GUERRERO CANARIO

CRÓNICAS ISLEÑAS

DRAGO BLANCO EDITORIAL

www.proyectobentejui.com

Armando Ravelo

DORAMAS

BAJO LOS PIES DE NADIE

DRAGO BLANCO
EDITORIAL

Armando Ravelo, nació en Telde, Gran Canaria, en 1982. Apasionado del cine, la literatura y la historia, desde pequeño mostró una tendencia natural a inventar relatos cuyos protagonistas eran los antiguos habitantes de las Islas Canarias. En su primera novela se acerca a la figura de Doramas, donde narra de una forma muy personal las vivencias del legendario guerrero canario.

@armando_ravelo

Armando Ravelo
DORAMAS, BAJO LOS PIES DE NADIE.

© Armando Ravelo, 2019
© Drago Blanco Editorial, 2019

Depósito Legal: GC 263-2019
ISBN: 978-84-09-10706-3

Versión gratuita 2020

No se permite la distribución, reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del la propiedad intelectual.

A Gael,
siempre supe que quería ser padre
pero no sabía que tendría la fortuna de ser el tuyo

DORAMAS
BAJO LOS PIES DE NADIE

ARMANDO RAVELO

LIBRO UNO

GLOSARIO

Acorán: Deidad.

Bucio: Trompa natural, realizada con una caracola marina, la Charonia lampas. Este instrumento se consigue cortando el extremo opuesto a su abertura, lugar en el que se colocan los labios. Se usaba habitualmente para hacer señales.

Datana: Grito de guerra canario.

Faycán: Jefe religioso dedicado al culto y a los asuntos políticos, de justicia y administrativos de cierto territorio.

Gánigo: Recipiente de barro, moldeado a mano y sin torno, que utilizaban los antiguos canarios.

Guanarteme: Líder principal de uno de los dos territorios en los que se dividía la isla, Telde o Gáldar. Presidía el consejo del Sábor y ordenaba en los asuntos políticos, de justicia y administrativos.

Guayre: Capitán de guerra y noble jefe de un cantón en el que se dividían los dos territorios o guanartematos de Telde y Gáldar.

Guirre: Subespecie canaria del alimoche común, única ave carroñera que se encuentra en las islas.

Magado: Especie de espada de madera, delgada y puntiaguda, manejada con pericia por los antiguos canarios.

Magec: Deidad representada por el sol, de género femenino, creadora de la existencia y sostenedora de la vida.

Maguada: Mujer dedicada al culto ancestral.

Pelibuey: Raza de oveja que por lo general no cría lana.

S*ábor:* Asamblea formada por los guayres, los faycanes y el guanarteme.

Tabona: Arma hecha a modo de daga de sílex muy afilada.

Tagoror: Recinto de planta circular, al aire libre, delimitado por un muro de tamaño mediano donde se reunía el Sábor.

Tamarco: Camisa de piel de cabra u oveja finamente trabajada en su curtido y sus costuras.

Támbara: Fruto de la palmera canaria. Dátil de forma ovoide de color verde que al ir madurando llega a ser de color naranja.

Tanemirt: Gracias.

Tarja: Escudo de corteza de drago y ocasionalmente cubierto de cuero. Por lo general, se le pintaba diseños de diversas formas y colores a modo de divisas o emblemas.

ISLA DE GRAN CANARIA

Cantones en los que se dividía la isla en el s.XV.

CANTÓN DE TELDE

Lugares citados en la novela.

"Quienes aceptan al mundo,
es porque no se ocupan de él.
Quienes se ocupan del mundo,
no lo aceptan tal cual es."

Lao-Tse

"Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos, sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir."

José Saramago

I

LA MAGUADA OSCURA
28 años

Sus dedos se introducen en el interior del cuervo muerto. Ella lo mira fijamente, con la frialdad del mar de los días sin sol. Las grietas cinceladas por el tiempo alrededor de sus ojos se estrechan cuando fuerza la vista como intentando ver más allá de la sangre y las vísceras. Algo que nadie más, sino ella, puede ver. Traspasa la humanidad que alberga para que no le de asco tocar con sus finas y arrugadas manos las entrañas del pájaro negro. Lee lo que encuentra. Prácticas prohibidas en tiempos de prohibiciones, tabúes y gente que se oculta. Como ella.

Es una maguada de las antiguas, una mujer conectada con la esencia radical. Orgullosa de ese motivo para ocultarse. No mata a los pájaros,

eso no. Si encuentra alguno muerto en su camino interpreta que es un mensaje, una señal, y los recoge para descifrar lo que está por venir. No le extraña en absoluto que justo hoy, el día en el que espera la llegada del alzado, se haya encontrado al más grande de todos los cuervos que ha leído. Lo que ve dentro del animal no le gusta. No le gusta en absoluto.

Unos segundos de conexión con el otro lado. Pide al Espíritu que está en todas las cosas que si es lo que ha de pasar, al menos dé fuerza a los que vivan las consecuencias. Se rompe la concentración con la fuerza del puño rabioso, algo sucede fuera. Sale de la cueva. La luz no le permite ver: ¿cuánto lleva sin salir?

Cuando la vista se vuelve amable, consigue divisar dos figuras a lo lejos. Es él, el indómito. Se acerca junto a la muchacha que ella envió para buscarlo, una joven que se le arrimó en busca de la raíz y que no se le ha despegado pese a sus intentos. Empieza a cogerle cariño a esa pálida galdense de origen noble. Otra a la que el mundo, la gente y algunas cosas más que existen, le gustan poco, como a ella. "Se parece a mí", piensa en secreto mientras observa a la joven intentando seguir el paso de Doramas.

Una leyenda luminosa para algunos, un ser despreciable y a la altura de los carniceros para otros, ella, la Maguada Oscura. Doramas se acerca a la anciana con cautela y respeto, algo que ha mostrado por muy pocos desde que dejó crecer su cabello. La ermitaña habla con la voz de una cueva profunda.

—Bajo los pies de nadie. Eso dices. Lo gritas a tus hombres, antes y después de cada batalla.

Doramas no dice nada, solo queda en silencio. Quiere impresionarlo. Lo consiguió.

—Tranquilo, nadie me ha dicho nada. Ningún hombre, ni de los tuyos ni de los suyos, va por ahí contando esa historia. Puedes estar tranquilo, forajido. Al menos de momento. ¿Recuerdas el día en el que estuviste bajo los pies de alguien?

II

INDOMABLE
21 AÑOS

Detrás de una gran roca, Doramas espera a que llegue el momento preciso. El corazón golpea fuerte en el pecho. Agazapado y tenso, contiene la respiración. Es casi rutina, lleva haciéndolo cuatro grandes cosechas y no hay novedad alguna en el método o la motivación. La única diferencia es que ahora son muchos más que cuando comenzaron, se les han ido uniendo afines a la causa de aquí y de allá. Pero no puede evitar sentir cómo la sangre le hierve bajo la piel, eso nunca cambia.

Cierra los ojos e inundan su mente las palabras de Gurmad de esta mañana. ¿Realmente le temían los hombres que le acompañaban en la rebelión? Tratando de hallar una respuesta rá-

pida, lanza su mirada sobre los tres compañeros que se esconden junto a él. Parecen tener la lección bien aprendida, no sale nada de sus bocas. Saben que en esos momentos el silencio es lo que Doramas precisa y le respetan. ¿Le respetan o le tienen miedo? Duda. Sí, le respetan bastante. Claro que ha habido varios que no le respetaron, por supuesto, y es por eso que Gurmad se confunde.

Uno, por ejemplo, quería hacerle sombra en el liderato. Eso no se podía permitir, la lealtad es lo más importante cuando se piensa en desafiar lo establecido junto a otro, cuando creas un racimo de hombres unidos en la misma rama de la fidelidad. Por eso no tuvo piedad con los que conspiraban a sus anchas espaldas. Como aquel hombrecillo, un antiguo guerrero que se vanagloriaba de tener una gran experiencia en el campo de batalla. Se enteró tiempo más tarde de que, tras expulsarlo del grupo, se bautizó entre los extranjeros que habitaban en Gando con la connivencia del guanarteme de Telde, Bentagoche, y tomó el ridículo nombre de Luis.

La intuición que usaba para escudriñar a las personas le ayudó a atajar a tiempo a ese patético y sombrío aspirante a jefe de los alzados. Aunque esa intuición no siempre advertía de las confabulaciones urdidas por los que, como Luis, tenían alma de guirre. Los que esperan comer de tus despojos, los que engullirían tus entrañas si murieras a su lado, para saciar su incontenible hambre. Doramas aprendió desde bien pronto que no todos son peligrosos. A muchos se les ve

venir y por más envenenada que tengan el alma o la lengua, no suponen mayor problema.

Los que saben simular la amistad eran la auténtica amenaza. Esos eran muertos en vida que había que desterrar. Cuando los desenmascaraba los expulsaba de entre los alzados. Por lo demás, se consideraba un hombre justo y todos sabían que había dado más de una oportunidad a los que tenían alma de guirre, sobre todo al principio. Ahora no daba más oportunidades. Todos le respetaban. Así que Gurmad se equivocaba, aquí nadie temía a Doramas, excepto sus enemigos.

Respira hondo y abre los ojos. Los compañeros lo miran de reojo. Ese pelo largo, encrespado y oscuro. La mezcla de lo armónico y lo salvaje, lo sensible y lo brutal. No sabe por qué, pero recuerda, en aquel lugar, agazapado y a la espera, la primera vez que decidió no volver a dejar que le cortaran el pelo, que le afeitaran su barba, cuando decidió ser un hombre libre. Solo los pertenecientes a las familias de los que mandaban en la isla, guanartemes, guayres o faycanes, podían llevar sus cabellos y barbas largas, así que ese acto simbólico se convirtió en toda una declaración de intenciones, un símbolo radical de las creencias que ardían en las entrañas de Doramas y que, como en un incendio de emociones, se propagó por las almas de las gentes que le seguían.

Un agobiante calor exprimía hasta la última gota de sudor que contribuía a formar ríos por el cuello de Doramas. Abián en frente, al

otro lado del cauce del barranco, esperando la señal. Gurmad esperaba agazapado junto a otros cuatro compañeros en el camino. Empezaron siendo tres y ahora eran quince.

Ya no hay tiempo para más pensamientos. Ahí están. Doramas sube el brazo y lo baja tres veces con la velocidad del aleteo de un pájaro. Abián responde a la señal con un grito y sus hombres salen de una cueva en la ladera sur del barranco. Demasiado tarde para los tres pastores que llevan el ganado, unas veinte cabras y diez ovejas pelibuey. Intentan virar al grupo de animales hacia la cara norte, pero al iniciar la maniobra de evasión ponen en alerta, sin pretenderlo, a los hombres escondidos en esa ladera. Doramas se yergue y con un grito lanza a sus hombres a por el preciado botín. La polvareda levantada entre los hombres y los animales dota al seco barranco de un aspecto humeante. La agilidad con la que se mueven aquellos jóvenes por la pendiente, la gracilidad y fuerza con la que se deslizan, asombra y atenaza a los pastores. Habían escuchado las historias sobre estos forajidos que robaban ganado a la casta noble, a los que ellos servían, pero pensaban que a los ladrones de ganado no se les ocurriría actuar tan al este. ¿Podía alguien ser tan imprudente e insensato como para desafiar a un hombre del poder del guayre de esas tierras?

Los pastores no tenían un plan en caso de un ataque tan inesperado y poco probable. El más joven de los tres atacados se colocó en guardia con su palo de bastoneo, para pronto desistir de

su valiente resistencia al ver como sus otros dos compañeros se echaban al suelo, rendidos.

Doramas frena su carrera al observar cómo sus objetivos se postran. Los demás guerreros, como en un bancal de peces, imitan a su imponente y poderoso líder. Cada paso pesado, con la cabeza ladeada, el pelo repartido como barrancos estriados sobre su sudoroso pecho, indican de quien se trata. Una imagen que queda grabada en la mente del pastor valiente, el más joven de los tres, el que intentó por un instante hacer frente a los quince indomables de Doramas. El tamarco enrollado en su brazo, una capa de piel de cabra de profundo pelo negro sobre sus hombros cayendo por su espalda y un faldellín de junco trenzado hasta medio muslo con hilachos colgando hasta las rodillas. A modo de escudo, una rodela de drago grande como su torso, pintada con tres triángulos rojos y una raya negra que lo divide en vertical. En su mano izquierda, una lanza que le saca una cabeza de altura. Doramas. No había duda, era él. Camina en calma por el centro del barranco ¿Lleva paz? Podría decirse que sí, si se le ve con los ojos de los hombres. Llega a la altura de los tres pastores y el más joven, en el centro, sube la cabeza y mira a los ojos a Doramas, que le sonríe.

—En pie.

A la orden, los tres pastores se levantan. Doramas señala con su lanza al medio.

—Solo tú.

Los otros dos pastores se vuelven a arrodillar. El más joven se alza despacio sin dejar de

mirar a Doramas.

—¿Cuál es tu nombre?

—Adetmor.

—Adetmor. Di al señor que guarda estas tierras de Arguineguín que estos animales ya no le pertenecen. Que no los busque. Que no moleste a los que tengan nuevo ganado de entre la gente común. Dile que aquí está Doramas y aquí estará cuando no haga caso de alguna de estas advertencias.

—¿Por qué yo?

—Eres el único valiente. Ahora ve y lleva el mensaje a Bentagayre.

III

BENTAGAYRE
21 años

Al poco del episodio de los tres pastores en Arguineguín, Doramas y sus hombres trasladan las pocas cabezas de ganado que les quedan por repartir entre la población menos favorecida de la zona. El fuerte viento hace que las escasas gotas que comienzan a caer del cielo vengan de frente. El grupo de forajidos se dirige a un pueblo de casas de piedra en lo alto de una pequeña meseta hacia el interior de la isla, llamado Gitagana. Subiendo una loma dejan atrás las tabaibas y entran a un denso palmeral sobre la ladera del barranco de Arguineguín.

Abián y Gurmad encabezan el grupo. Doramas, que va rezagado, está en uno de esos días en los que no le apetece hablar. Uno de esos días

en los que es amigo del silencio. Habitualmente es un hombre de carácter afable, de buen trato, bromista, aunque no es inusual que eso cambie con la velocidad con la que su brazo lanza un tenique. En los días en los que se eclipsa su alegría, se descuelga del grupo y camina solo.

—Tengo hambre, Abián.

—Y yo.

—Tengo ganas de llegar a Gitagana, de llegar y verla.

—Tienes muchas cosas, pero la peor es que esa mujer te ha robado el poco juicio que te quedaba.

—Quiero llegar pronto para perderte de vista un rato y sí, estar con ella. Pero sobre todo por perderte de vista.

Abián ríe mientras levanta por el cuello su tamarco para tapar la cabeza ante la lluvia que es cada vez más copiosa.

—Por hablar no llegarás antes. Estás agitado, te cansas cada vez más pronto, Gurmad.

—No estoy cansado, es el aire que sale rápido de mi boca para ver si llegamos ya.

A medida que avanzan en la subida, algunos dragos de gran altura roban protagonismo a las palmeras y los hombres se detienen para obtener la resina color sangre que supura. Un momento antes de partir, agradecen al árbol el reconfortante regalo. Los quince hombres retoman el camino compartiendo la bebida: la sabia mezclada con agua les da renovadas energías para soportar el cansancio. El calor del sol cenital cae directamente sobre sus cabezas. No se advierte

ni un atisbo de nubes, la abundante luz resulta molesta, obligando a regañar la mirada. El día ha sido largo, están agotados.

Abián es el primero en verlo. El más atento y disciplinado de los guerreros, alto, prieto y de alargadas facciones. El abundante pelo rizado de Abián se levanta, debajo de él sus ojos, que detectan en el horizonte a un hombre seguido de muchos, en lo alto. Abián da un toque en el brazo a Gurmad, señala la posición de la amenaza y ambos detienen el paso. El resto de compañeros se ubican a un lado y a otro de los dos amigos, advertidos por los gestos de Abián. Desde el montón de hombres, que están a una distancia considerable, alguien grita:

—¡Doramas!

Los quince abren la fila horizontal que acaban de formar y echan la vista atrás para observar la reacción de su nunca proclamado jefe. El rezagado Doramas, que muestra un gesto hosco, ha escuchado su nombre salir de entre aquellos extraños apostados sobre la colina con la claridad del alba, pero parece no entender la situación. ¿Se trata de una amenaza? ¡Es una amenaza! Así pues, aprieta el paso, tensa músculos y sobrepasa la línea formada por sus hombres. ¿Hacía tanto calor hace un momento? No se había dado cuenta de lo que estaba sudando hasta que se para delante de su gente y mira al osado. Grita hacia la manada de extraños:

—¡Apártense!

La distancia hace que los hombres parezcan insectos, pero no es difícil ver cómo de entre la

veintena de hombres se distingue uno que avanza enérgico.

—¡Doramas!

El hombre tira el magado y el escudo que lleva. Lo hace ostensiblemente, quiere que lo vean bien. El extraño exclama:

—No hay armas, solo mi fuerza y la tuya. ¡A ver quién puede más!

Desafío. Nunca un guerrero canario, sea de la estirpe que sea, evita un desafío. Doramas aprieta los dientes, la mandíbula está a punto de estallarle. De un movimiento, se zafa de la pesada capa que lleva desde la fría mañana hasta la cálida tarde. Acto seguido, en una intensa coreografía amenazante y efectista, se arranca el tamarco mientras camina y lo enrolla en su antebrazo izquierdo, en el que lleva la larga lanza con la que lucha. Porta su escudo, no sea que empiecen a llover piedras, carga su arma, no sea que ese sea un traidor. No corre, pero casi. Se agita, gruñe para sí, bisbisea palabras que alimentan las ganas de destrozar a ese insolente que acaba de retarle ante todo el mundo. ¿Es Doramas un cobarde? Ahora va a responder a esa pregunta.

Toda esta gente a sus espaldas le ha visto luchar incontables veces. Le han visto dar al suelo con todo hombre que se le ha puesto delante. No tiene más que demostrar, pero hoy no tiene ganas de hablar.

Poderoso. Imbatible. Guerrero indomable. Se acerca a su inesperado rival, que avanza hacia él con no menos energía. Ahora puede verlo mejor: posee menos envergadura que Doramas,

aunque es más alto y cuenta bastantes años. Quizá sea demasiado viejo para que la victoria sea honrosa. Pero ha osado retarle, él sabrá lo que hace, habrá consecuencias.

Llega a una altura desde la que puede distinguir las facciones de su oponente, algo en ellas le hace rebajar el paso. Su mirada. Una duda se cuela en la cabeza, no por el cuerpo o la aparente destreza de aquel hombre desafiante por su mirada. Bentagayre habla despacio, sereno, confiado.

—Muestra respeto.

—Apártate tú, extraño.

—Di quién eres. Di qué eres.

—Sabes quién soy.

—Te conozco. Tu emblema en el escudo. Pero quiero que tú me digas quién eres.

—¿Quién eres tú?

—Bentagayre. Responde a mi pregunta y sal de Arguineguín.

Los hombres de Bentagayre guardan las espaldas de su señor, una guardia de hombres fornidos, guerreros diestros, sin duda. ¿Y los suyos? Otra duda. Gira levemente la cabeza a la izquierda. Ahí están. Sus leales hombres. Sus ojos vuelven a la mirada de Bentagayre, incómoda como una cama de rocas. Todos saben lo que este desafío supone.

Él y yo. Nadie más peleará hoy. Voy a destrozarlo.

—Apártate.

Doramas lanza su arma y el escudo bien lejos y levanta su puño derecho en señal de desafío.

Bentagayre se agacha despacio y coge un puñado de tierra que lanza con desprecio a Doramas. Una grave afrenta, sin duda. El noble dibuja una guardia con su cuerpo. Una guardia perfecta, delicada y rotunda, un suave movimiento del cuerpo adelante y atrás, de serena fiereza: cintura anclada, rodillas flexionadas, manos tensas y amenazantes. Posee una precisión que asusta. Doramas atenaza todo su cuerpo con rabia apenas contenida, esa rabia que irradia furia como fuego. No hay tanta preparación, no tiene ese control. De pronto lo entiende: este hombre puede vencerle.

Pero no sucederá. Confía en su intuición, en la pasión que humea en su interior y sin pensar, ataca con dos manos adelante que buscan el pecho de Bentagayre, quien gira sobre un pie para favorecer la esquiva del hombro derecho. Sin apenas rozar al noble, el hombre común de pelo largo trata de enmendar su fracasado intento y lanza un desesperado manotazo, casi de espaldas, que impacta en la cara de su rival. Bentagayre encaja el golpe sin inmutarse, incluso lo aprovecha. Teniendo el brazo de Doramas a la altura de su cabeza, lo agarra, lo gira y lo pone en la espalda del rebelde sometiéndolo, humillándolo, de rodillas. Sin soltar el brazo, hinca un pie en la espalda de Doramas y lo acuesta contra el suelo. El joven, abatido, habla con dolor:

—Me rindo.

Los hombres de Doramas no dan crédito. Se miran unos a otros, aunque la mayor parte de las miradas se clavan en Abián, de quien se

podría esperar una orden en casos como este. Pero Abián nada dice, pues es lo más noble y conveniente. Aquel Bentagayre había vencido a su amigo en combate justo, ahora solo quedaba cumplir su voluntad. Estaba convencido y así lo manifestó sin decir nada, el honor y la nobleza no podían asumir otra decisión que aceptar la derrota.

—¿Quién eres?

—Soy Doramas, hijo de Doramas.

—¿Qué eres?

—Un hombre libre.

El vencedor aprieta con fuerza a la presa y el grito revienta la garganta de Doramas.

—Sabes qué estoy preguntando, hombre libre. ¿Qué eres?

Entonces Doramas habla arrastrando cada sílaba.

—Soy un trasquilado.

Bentagayre suelta a su enemigo con más cuidado del que se podría esperar y se pone en pie. El caído parece más herido en su orgullo que en su cuerpo y no levanta la mirada del suelo, debajo del cual le gustaría estar ahora mismo. Pero aun así saca de su interior las palabras que queman al pasar por su garganta.

—Soy trasquilado y no oculto mi condición. Nunca la oculté. Somos la gente común que crece como el trigo al sol, con el calor de Magec.

Doramas clava su mirada sobre Bentagayre. Una mirada rebelde que impresiona al noble.

—Venciste en combate justo. Acepto la derrota. Pero digo lo siguiente: no soy un usur-

pador. No soy un noble. No quiero serlo. Soy un trasquilado que tiene su libertad. Como nos hizo Acorán, soy un hombre libre y esta es mi gente.

La salvaje nobleza que centellea en el rostro de Doramas sobrecoge a Bentagayre.

—Doramas, hijo de Doramas. Trasquilado. En ti reside nobleza y altura. Las entrañas hablan por tu boca. Tendrás misericordia. No olvides este encuentro.

—Lo tendré presente.

—Ahora sal de mis tierras, deja en paz mi ganado y no vuelvas.

IV

LA MAGUADA OSCURA
28 años

—No quiero que pienses que tengo contacto con el mundo que no se ve porque conozco el encuentro entre Bentagayre y tú.

—¿No tienes contacto con el mundo oculto?

La Maguada ríe profusamente. Doramas se encuentra confundido. Nadie reía así de sus palabras serias, él no encontraba nada gracioso en aquellas palabras.

Tras la risa, los tres quedan en silencio a la entrada de la cueva.

—Eres un hombre serio. Antes reías más. ¿Verdad?

—No encuentro motivo para reír ahora mismo.

—Quieres tener el control de todo. Aunque

si estás aquí es porque no tienes el control de algo. Dime si esto es cierto. Pero antes, dile a los hombres que tienes tras los árboles de la colina que se marchen.

¿Cómo podía saber aquella mujer lo que Doramas había ordenado entre susurros la noche anterior? Era imposible que la vista de una anciana atravesara esa distancia evitando a los árboles. Fuera lo que fuera, lo que Doramas buscaba en aquel lugar merecía seguir las indicaciones que acababa de recibir. Con la fuerza completa de sus pulmones, silbó dictando unas órdenes que fueron seguidas por ocho leales guerreros que esperaban escondidos tras los árboles que había señalado la Maguada Oscura.

La Maguada hizo un gesto a su aprendiz que la joven recoge con serenidad y obediencia, marchándose por donde había venido. Entonces la dama que no es nadie incrusta su mirada en los ojos del guerrero.

—Doramas. Hijo de Doramas. Hoy tendrás lo que vienes a buscar. Pero antes hablemos. El joven que llevó tu mensaje a Bentagayre. Él me habló de ti.

—Adetmor me buscó, por eso estoy aquí.

—Viniste, sabría que vendrías.

—En los ojos de aquel pastor de Arguineguín vi una llama que no había reconocido antes, ni siquiera en el único ojo del que dice hablar con los muertos, el tuerto de Telde. Una llama que supe, no venía de él. Así que dime, ¿qué eres tú, Maguada?

—No me llames así.

—¿Cómo es tu nombre?

—No tengo nombre, nadie me llama. Las cosas que no se llaman no existen, salvo para aquellos que tengan la mirada adecuada. Sé que aún no lo entiendes. Ya lo harás. Entra.

Doramas sigue a la Maguada Oscura por un pasadizo mucho más profundo y angosto de lo que se apreciaba desde fuera. El guerrero debe agacharse para pasar por algunos tramos del recorrido. Nunca había estado en una cueva tan profunda. Hay una curva, y al adentrarse en la nueva recta que ante él se presenta, todo es oscuro, excepto una luz al fondo que anuncia el final del recorrido. Un penetrante olor a madera quemada inunda el final del pasillo.

Al fin llega al fondo de la cueva. La Maguada le señala un rincón donde Doramas entiende que debe tomar asiento.

V

AMIGO
11 años

Doramas juega castigando al aire con furiosos golpes, desafiando con bravura a un enemigo imaginario que está a punto de pedir clemencia. Camina al lado de su inseparable y fiel amigo, Abián. Juntos desde que tienen uso de razón, diferentes a los demás niños, se unen en su soledad tratando de hacer los días menos monótonos en un humilde pueblo de trasquilados en las montañas bajas, a las afueras del gran asentamiento de Telde. Después de una primera aventura escapando de los ojos de sus padres y de haber descubierto el mar, ambos niños acudían casi cada tarde a nadar a la costa tras terminar las diferentes labores en las que colaboraban con los mayores.

De piel tostada al pasar interminables días bajo el sol, delgado, ojos almendrados y bastante alto para su edad, Abián era un niño que sorprendía por su habilidad, ya fuera lanzando piedras, escalando, nadando o saltando entre los riscos de los alrededores del pueblo. Doramas por su parte no destacaba por nada en especial: ni corría más que nadie, ni levantaba más peso, ni mucho menos hablaba con mayor elocuencia. Pero algo se escondía en su interior esperando a ser desvelado, así lo sentía el muchacho, como presienten las raíces que algún día serán tronco y ramas, aún sin conocerlas.

El camino era largo y accidentado por momentos, hasta que se llegaba a las llanuras de Tejid, por donde se accedía a la costa. Las famosas palmeras teldenses, que dotaban de un aspecto fértil que daba nombre al territorio, se alzaban orgullosas en un espectáculo de dignidad y majestuosidad natural. Las aves trinaban en diversos y enrevesados cantos que los chicos intentaban imitar en vano.

En algún momento del camino, Abián piensa que es buena idea demostrar sus dotes como escalador y deja atrás a su amigo. Doramas había decidido no volver a escalar desde que se cayó de aquel risco tratando de seguir a Abián. En las ocasiones en que alguien, con inocente impertinencia, le preguntaba por su renuncia escaladora, él respondía recurrente que no había un grano de miedo en su decisión.

—Yo no siento miedo. No sé lo que es. No subo porque no me apetece.

Todos parecían satisfechos con esa explicación. A nadie le había parecido mal esa respuesta excepto a Gurmad, un chico apenas unos años mayor que él, que se carcajeó ante su cara. Deseó arrancarle el corazón con las manos en aquel momento. Imaginó cómo hundía su puño en el pecho tierno de aquel imbécil y rodeaba con sus poderosos dedos el corazón de Gurmad. Imaginó cómo sería tirar fuerte para sí, quedarse con el corazón en la mano, mientras le gritaba si eso también le hacía reír. Nunca llegó a intentarlo.

Una vez vio un corazón, mientras los carniceros destripaban una cabra cerca de su aldea. Víctima de la curiosidad, decidió espiarles a la distancia necesaria para no ser descubierto. No es que se arrepintiera, pero esa noche y varias más, tuvo sueños de mal presagio con corazones, cabras y muertos vivos. Sueños aterradores.

Aceptó que allí donde hay secretos que susurran aunque no quieras escuchar, se esconde un viejo saco repleto de temores para no ser visto. Demasiado viejo para ser él tan solo un niño. Ese saco era lo que más le preocupaba en el mundo. El joven Doramas sabía, por algún tipo de marca antigua en su alma, que tenía que hacer cada vez más ligero aquel maldito saco y así poder andar sin tanto peso en el alma. Que no lo paralizara. Quería sentirse libre.

Un día descubrió que nadando se sentía libre. Al principio sintió miedo. ¿Miedo? No, eso no. Respeto, tuvo respeto al mar. Abián pasó sus primeros años en Tufia, una población cercana a la costa, y acostumbraba a nadar desde

bien pequeño.

La primera vez que Abián y él llegaron hasta la costa teldense, cuando su leal amigo le descubrió el mar, sintió algo que recordaría toda la vida. Una mezcla de emoción y pavor, de plenitud e inmensidad, ante la visión de una grandeza azul, viva, armoniosa e inacabable.

Para cuando salió del estado de ensoñación que el océano le produjo en un primer momento, Abián nadaba entre las olas, se hundía durante unos segundos y volvía a salir. Lo estaba pasando bien. Doramas observaba, comiendo por los ojos toda la información que podía. Habitual en él, observar hasta el ensimismamiento. Con el tiempo supo ocultar su cara de observar bajo una máscara de dureza, pero en aquella época se le quedaba cara de idiota mientras callaba y miraba. El oleaje, la infinitud, la grandeza, la frialdad. Él, el mar, el deseo y el miedo. Abián le sacó de sus pensamientos con entusiasmo juvenil:

—¡Lánzate! ¿A qué esperas?

Sin hablar pensó.

¿Que me lance? ¿Cree que no me atrevo?

No tuvo opción, decidió arrinconar lo que le paralizaba. ¿Cómo? Empezó por zarandearlo y luego lo mordió fuerte, masticando cualquier duda. Estaban duras, por eso le dolía la mandíbula. Triturado, aplastó el miedo contra las rocas. Entonces brotó el valor para que su ceño se frunciera y la energía que emanaba de todas partes le empujara al agua. En un instante de esos en los que se toman decisiones, pasó de estar seco a

estar mojado, de sentir la calidez de un generoso sol a estar congelado entre las olas que antes miraba pasivo. Se sintió tan valiente que hizo lo que no sabía. Nadó.

Allí había libertad y se sentía mejor que en otros lugares.

En aquellos tiempos tenía un único amigo. Ambos nacieron durante un año de cosechas muy generosas, un tiempo considerado de buenos augurios, once grandes cosechas atrás. Abián era de esos amigos que no se buscan, de los que están y no se sabe bien por qué, no se van nunca.

Ese día, en el que Doramas no abandonó ni por un instante la rama que cogió en el pueblo y que le servía de arma en sus peleas con el viento, decidieron a última hora no ir a nadar. Decidieron caminar más de la cuenta hacia el sur, a donde nunca habían llegado. Jamás habían estado tan lejos de sus casas. La idea de tener que volver a oscuras volaba como un pájaro asustado en los estómagos de los dos chicos, pero no dijeron una palabra al respecto, al fin y al cabo, la aventura les seducía más que cualquier pájaro asustado.

Se convencían durante la larga caminata de que era una buena idea ir a ver aquello de lo que todo el mundo hablaba por los rincones y caminos. Algunos muy preocupados. ¿Cuándo? Ya verían. Quizá hoy. Sí, hoy está bien. Y así fue que llegados a la costa no se detuvieron donde solían hacerlo y continuaron hacia el sur. Comenzaban a sentir el cansancio. Agitado y sudoroso por el

implacable calor de verano, Abián, abriendo los ojos con el entusiasmo de los que sienten intriga, comenta que escuchó a una mujer hablar de esa extraña construcción. No había en toda la tierra nada igual a aquella espeluznante montaña de piedras grandes y parejas, levantada cerca de su anterior pueblo, Tufia. Impenetrable y desafiante, por lo que decían, aquella cosa daba escalofríos.

Doramas, con el desdén impostado del que oculta algo, quita importancia a las noticias que su amigo lanza con la intención de emocionarle, aunque por más que quiera disimular, está eufórico. La sonrisa de dentro se apodera de él. Esa sonrisa que nadie ve, que hace que el corazón lata más vivo que otras veces y mueve el cuerpo con mayor fuerza que cualquier otra sensación. El padre de esa sonrisa es la curiosidad, la madre, la pasión.

—¿Cómo lo imaginas, Doramas?

—Seguro que no es tanto como lo que hablan.

—No estaría tan seguro.

—Ahora lo veremos.

—¿Y si llenan todo de esas construcciones?

—No va a pasar eso. Y si pasara, las tiraremos una a una.

—¿Y si siguen viniendo más por el mar?

—Abián, hablas tonterías.

—¿Mañana voy a buscarte por la tarde?

—No, mañana tengo que ayudar a mi padre.

—¿Todo el día?

—Todo el día.

—¿Con qué?

—¡No paras de preguntar!

Curioso e inquieto, Abián tiene su próxima pregunta a punto de ser lanzada cuando por fin alcanzan a verla. Imponente, grandiosa, extraña. Gris, tétrica, apagada. La torre de los extranjeros. Los dos chicos se vuelven de roca, casi inertes, respiración contenida y puños prietos. Tan distinta a todo lo que han visto, tan diferente a cualquier cosa que habían imaginado, que asusta. La visión de la edificación es casi una agresión para Doramas y Abián. Agitados, sin hablar, deciden quedarse un rato, con la esperanza de hallar una pista de lo que guardan aquellos muros, de lo que ocurre en el interior de la inaccesible torre.

Tras unos instantes, el gran portón principal comienza a chillar y los niños abren los ojos con la voluntad de no perderse detalle de lo que viene a continuación. Dos grandes bestias de cuatro patas sobre las que iban sendos hombres, dos extraños animales de una belleza y una elegancia nunca vistas, aparecen una vez abierta la torre. Los niños se quedan sin palabras ante la primera vez que ven a dos jinetes montando a sus caballos. Comienza el galope, el ruido de sus cascos lo inunda todo, en breve desaparecen de la vista y, un poco después, de los oídos de los muchachos.

—¿Viste eso, Doramas? ¡Dos hombres sobre dos grandes cabras! ¡Increíble!

—¡No eran cabras!

—¿Ah, no? ¿Entonces qué eran?

—Era algún otro animal. Las cabras no co-

rren así, ni aguantan tanto rato a un hombre encima.

—Si son grandes, seguro que lo aguantan.

—No son cabras. Son animales de la tierra de los extranjeros.

Abián cambia su entusiasmo desbocado por la curiosidad más pura.

—¿Habrá otros animales allí de dónde vienen?

—No lo sé. Pero no me importa.

—¿No te asombraron?

—No.

—No te creo.

—Bueno. Me asombraron un poco.

El día comienza a morir mientras los dos amigos hablan y de pronto recuerdan que deben volver, ahora a oscuras.

—El sol se marcha.

—No lo hemos despedido.

Cierran los ojos en silencio y con devoción crean sus oraciones íntimamente. Cuando regresan, al abrir los ojos, ambos amigos se miran nerviosos.

—Mi padre se va a enfadar.

—Sí, vamos.

Doramas toma la iniciativa y se levanta dando la espalda a aquella monstruosidad. No se gira ni una sola vez, evitando volver a sentir escalofríos. Abián, por su parte, sí se gira, pero ya no pregunta y no volverá a preguntar nada más durante el camino de vuelta a casa. Cabizbajo y turbado, piensa, y nunca dirá, que si todo se llenara de aquellas extrañas edificaciones no

habría suficientes manos en la isla para echarlas abajo. Preocupaciones que no deben estar en la cabeza de un niño, cosas que se hablan en los caminos entre mayores y oscurecen las caras como las nubes ocultan al sol en los días donde no hay sombra.

—Dicen que el guanarteme Bentagoche permitió a los extranjeros establecerse y hacer esa torre a cambio de regalos y honores.

—¿Regalos?

—Sí, incluso le dieron treinta jóvenes.

—¿Y para qué quiere treinta jóvenes extranjeros?

—No sé, mañana vamos a preguntarle, si quieres.

Doramas sonríe ante la ironía de su amigo y al poco vuelve a perderse en un nombre.

—Bentagoche.

—No te preocupes. Seguro que él sabe qué hacer si los extranjeros se vuelven hostiles, Doramas.

—Bentagoche. Ese es peor que los extranjeros.

Como un bebé que nace, con la salvedad de que esas palabras no lloran, la frase respira viva y despliega las alas para llegar a nidificar en su mente. Más allá incluso, en su alma. Esas palabras fueron semilla y a él le apetecía regarlas. En silencio, volvió a sonreír por dentro. No era un niño como los otros. Su interior guardaba un mundo que empezaba a incomodarle de lo que estaba creciendo. Había que comenzar a sacarlo afuera de alguna manera.

VI

EL SOL DEJARÁ DE SALIR
11 años

Un hombre cadavérico, solitario, cargado de espaldas y terriblemente feo. Desde que tuvo memoria, Doramas recordaba a Maraguya promulgando con su voz áspera y seca a quien quisiera —y a quien no— dar su oído a escuchar, que un día el sol decidiría no salir. Era parte del paisaje humano más bizarro que conformaba la niñez de Doramas en el pueblo de cuevas labradas en las medianías teldenses.

—Por ahí viene tu padre.

Doramas golpeó con el codo el pecho de Abián, reaccionando a la broma de su amigo. Ese día sí había salido el sol, pero se escondía tras unas nubes que daban al día un tono plomizo, apagado de colores, con olor a densidad

y tierra flotando, un día de agobiante calor húmedo en verano. Por allí se acercó el hombre muerto, descalzo, apenas ataviado con un deshilachado faldellín trenzado con fibras vegetales que le llegaba hasta sus huesudas rodillas, arrastrando los pies al andar. No tenía pelo en la coronilla y la frente era despejada, pero alrededor de su cabeza un intrincado pelo gris parecía haber crecido sin control. ¿Un trasquilado? Maraguya no era nada, incluso era menos.

El Sol algún día no saldría. No lo haría, les dijo Maraguya, para escarmentar a los que no honran su paso por la vida. Cada vez eran más y esa mayoría llevaría a los hombres libres al colapso. El creador de todo, el dador de vida, decidiría que ya estaba bien, que era suficiente. El Sol se hartará de los hombres que piensan una cosa y hacen otra. Sus sueños se lo habían susurrado justo antes de dormir.

Doramas, que no es un niño que aparente ser abierto y despierto como sí podían parecerlo Gurmad o incluso Abián, siente curiosidad repentina por aquel apestado. Con la cara virada y el respeto que muestran los tímidos por todo lo que les intriga, ladea la mirada hacia las angulosas facciones del adulto, que corresponde el gesto del niño con una mueca. Una ristra de dientes presentes y omisos, mal repartida, que guarda todo tipo de formas y angulaciones: partidos, torcidos, amarillos, negros, marrones… Pero aquella hosca mueca era sin duda una sonrisa, y en aquel momento, sin entrar en juicios más severos, una sonrisa agradable. Contra-

riado, Doramas responde al gesto de Maraguya con una leve sonrisa apenas esbozada. Nunca ha mirado a Maraguya como a un igual, pero esa inesperada e insólita conexión repentina despierta algo en el interior del niño. El loco que vivía entre las gentes del pueblo como un fantasma, se hizo visible ante sus ojos en ese momento. Se dio cuenta de que todo lo que creyó saber sobre su perturbado vecino, quizás fuera falso. Para empezar, ya no daba miedo.

Una sensación apareció y llamó al pecho de Doramas para abrir las puertas de su mente. Allí estaba, victoriosa, la curiosidad. Abián volvió a golpear a su amigo.

—Despierta.

—Espera.

Maraguya se había sentado de cuclillas. No se movía, mirando fijamente a los ojos de Doramas. El niño se acercó al hombre.

—¿Qué más te dicen tus sueños?

—Me dijeron que ibas a hablarme.

—¿Algo más?

—El sol…

—El sol va a apagarse. Lo sé.

Maraguya se levantó abruptamente y alzó los dos puños gritando exasperado.

—¡No sabes!

Un relámpago de duda centelleó en el ánimo de Doramas, que algo seguía temiendo a ese loco. Maraguya se serenó pronto y habló con la más dulce de las voces.

—El sol va a apagarse, dice. No, no es eso. El sol no va a apagarse. No saldrá más. Eso es

distinto, joven.

Abián le habla a sus espaldas, ¿con miedo? Un poco:

—Me voy. Nos vemos mañana.

Doramas se despide de su amigo con un ligero movimiento de cabeza. Mordido por la curiosidad, poco le importaban las cosas que le rodeaban en ese momento. Le pareció que lo más sensato era seguir adentrándose en la locura. Regresó a la conversación más extraña que había tenido en su corta vida.

—¿Tus sueños te hablan de mí?

—Todo el tiempo.

—¿Sabes mi nombre?

—Sé todo de ti.

Repara en las uñas en las que terminan esos dedos-palo. Qué asco. Qué largas. Algo le saca de donde estaba, siente muchas ganas de marcharse. Sin mediar palabra, echa a correr con todas sus fuerzas. Huir: cosa inaudita en un valiente. El niño, y lo que sería después el hombre, sentiría ese impulso muchas veces a lo largo de su vida.

Tras el arrebato de la carrera, Doramas comienza a caminar. Decide mirar hacia atrás para comprobar que, ya a bastante distancia, Maraguya sigue en la misma posición en la que le dejó. ¿Como podían la ternura y el miedo convivir en el mismo sitio?

En ese antiguo pueblo donde su familia hunde las raíces desde los tiempos en que no había nada y luego hubo, Doramas dormía junto

a sus tres hermanas en una habitación-cueva labrada en forma de cruz. En dos de los extremos se encontraban las camas, una para las niñas y otra para él. Estructuras de madera hábilmente construidas sostienen unos lechos de hojas de palma y pieles bastante cómodas.

Mientras reposan tendidas con la cabeza a los pies de su cama, sus tres hermanas, Tasat, Mida y Fatit, cuentan a Doramas, que escucha fingiendo atención sentado en el borde de la suya, cómo Gurmad y su grupo de amigos las estuvieron molestando cuando fueron a buscar agua. Palabras ofensivas, referencias a la cojera de su padre: el repertorio habitual. Un relato que debía enfurecer al niño, que en cualquier otro momento le hubiese encendido de rabia. Tasat, la mayor, pelo negro, la bella de ojos verdes, es la más sorprendida ante la indiferencia que muestra su hermano.

—¿No mueve nada en ti? Nos molesta. Mida cogió unas piedras y las lanzó. Entonces ellos empezaron a lanzar un montón de piedras.

Fatit, la pequeña, pelo negro, ojos marrones, mirada triste, mejillas generosas, se une al intento de despertar la furia fraternal.

—Tiré la vasija que llevaba.

—¿Tenía agua?

Tasat:

—No, Doramas, pero Fatit se cayó.

—¿La caída le impidió caminar de vuelta a casa?

—No, pero…

—Pues dejen que me duerma. Necesito si-

lencio.

Mida, pelo negro, ojos marrones, una cicatriz que surca su cara en diagonal desde su ojo izquierdo hasta la mejilla derecha, reacciona volteándose hacia Tasat, confusa. La mira con su único ojo, una larga historia.

—¿No va a defendernos?

Doramas alza la voz para que puedan oírle bien:

—¿No se han defendido ya ustedes?

Mida vuelve a mirar a Tasat, esperando a que la mayor haga o diga algo que traiga de vuelta al iracundo Doramas, al que es fácil irritar, el que no tiene paciencia. No era agradable sufrirlo, pero cuando podía vengarte, era útil.

Tasat:

—Nos molesta porque somos tus hermanas.

—Es una fortuna para ustedes ser mis hermanas.

—Abián nos dijo que visitas a Maraguya. Te vas a volver loco como él. ¿No sabes? Se contagia. Ahora estás actuando como un loco.

Doramas se pierde en la oscuridad del hueco donde está su lecho y guarda silencio ante el cuchicheo incesante de las tres niñas. Hoy no tiene fuerzas para odiar. Algo se ha despertado, lo sabe.

¿Pero qué tiene que decirme ese fantasma vivo? Estoy cansado. ¡Qué sueño!

VII

MI PADRE
12 años

—Despierta.

Doramas tenía la esperanza de soñar algo que mereciera la pena recordar, un sueño como los que había escuchado en boca de algunos. Sueños donde los ancestros susurran asuntos importantes, siempre con voz autoritaria y firme. Mensajes que llegan en el momento oportuno y que dan sentido a las cosas que nadie sabe que van a pasar en la vida. Pero a él no se le podía engañar y menos tan temprano. No es tan especial como para soñar como Maraguya. Si es que Maraguya realmente sueña ese tipo de cosas, porque, él mismo se convence, no son sueños reales. Se los inventa, está claro.

Hace más de un año que se adelanta a la

llegada de su padre, quien poco antes de amanecer pasa a recogerle para ir a trabajar la cebada, acompañar al escaso ganado a pastar y tostar o moler el grano. El padre de Doramas es un hombre triste. No muy alto, numerosos pelos blancos ganando la batalla a los negros, rostro ajado y mirada triste, como una de sus hijas. Las narices anchas y el cuerpo encorvado. Doramas padre es cojo. Este hecho hace aún más importante la presencia de Doramas hijo para las labores cotidianas que enfrenta su padre.

Desde hace un año, el niño se levanta y está preparado para acompañarle sin necesidad de que le despierten. El adulto no es muy hablador. El primogénito escuchó una vez a familiares achacarlo a algo. Es una larga historia.

Ese día empieza mal. Ponen rumbo al granero colectivo, una colmena de pequeñas cuevas cinceladas en una pared inmensa El objetivo es comprobar el estado del grano recolectado que guardan ahí, pero al llegar descubren la fatalidad: insectos.

—Vamos a tener que tostarlo y comer los insectos.

—¿Ahora?

—Ahora.

Doramas observa como el grano cae sobre la piedra. El fuego calienta y el grano comienza a tostarse. Los insectos dejan de moverse. No puede dejar de mirar. Siente lástima por ellos. Mucha lástima. Pero ellos no deberían haberse metido en la comida.

Su padre se recuesta sobre la capa que

siempre lleva y cierra los ojos.

—Saca el grano cuando esté listo. Muélelo.

El padre suele hacer todo lo que puede sin pedir nada que no fuera extraordinario a su hijo, pero ese día, su padre se recuesta y duerme. Cuando ve a su padre dormir, Doramas siente mucho miedo. Una larga historia.

Doramas tuvo una madre, ya no está. Él la conoció muy bien. Se diría que la conoce muy bien. Aún puede olerla. Qué paradoja, cerrando los ojos es como mejor la ve. Esa es la ausencia tan presente en el corazón del niño. Y en el del padre. Su madre era como un hogar cálido hecho persona. Emanaba un calor tierno y hogareño, estar en su presencia era la calma. Siendo un niño como era, Doramas admiraba a su madre sin saber por qué. Tiempo más tarde lo comprendería. Entre los canarios la nobleza era la virtud más admirada, y ella era la más noble. Esto no lo supo él hasta muchos años después, cuando pudo pensar sin que las lágrimas humedecieran esos pensamientos, haciéndolos pesados e incómodos. Los ojos verdes que heredó Tasat, el pelo oscuro como la noche, corto como trasquilada, pero indomable como el ser que vive dentro del cuerpo del que brota. Protectora, amorosa, primavera cálida, canción dulce y acogedora, rincón común donde se arrulla cuando la vida se vuelve cansada. Desde que no está, han arrancado su nombre de todas las frases, pero sigue tan presente como cuando era luz para la familia.

Su madre murió al dar a luz a Fatit, la pequeña. Cuando la noticia golpeó a Doramas

padre, Mida estaba en sus brazos. Perdió las fuerzas, no solo en su cuerpo, sino en todo su ser, y la niña cayó al suelo, golpeándose fatídicamente la cara. Una cicatriz señalaría en forma de línea salvaje aquel horrible recuerdo. Hay días que dejan algo oscuro en las personas como la podredumbre en la fruta y ese día, fue uno de ésos. Doramas padre no se levantó de la cama en varias semanas.

—Va a morir de pena.

Esa frase vino de su hermana, tía de Doramas, a su sobrino mayor.

—Tienes que estar atento. No dejes que duerma mucho, vigila qué come. Tiene melancolía. Si no vigilas bien, puede morir de pena.

Mi padre, un hombre grácil. Divertido, de sonrisa eterna. Ya no lo era.

Nadie esperaba que se recuperara, menos aún su primogénito, que guardaba responsable el sueño de su padre ante el pánico de que este decidiera morir de alguna manera.

Un día, su padre se levantó y todo siguió su curso, pero sin sonrisa, sin ganas, sin ella. Seguía respirando, moviéndose y alimentándose. En poco se parecía al Doramas padre que todos conocieron. Y cojeaba. No se sabía bien por qué, después del tiempo que estuvo dormido despierto, se levantó cojeando. Nadie preguntó jamás.

Al ver a su padre allí tendido, piensa en su madre, como muchas veces que tenía tiempo de pensar en cosas que ya pasaron. Ella era la cosa que ya pasó en la que más pensaba. Mezcla el

pensamiento de su madre con la imagen de su padre, despojo cojo, pellejo sin vida, muerto en vida. Con tres hijas que recuerdan en sus miradas, sus cicatrices y sus meras existencias que ella ya no estaba.

No es un niño como los otros, en su interior habitan pensamientos y sentimientos que otros no comprenden. Piensa en su padre hasta sin querer y hay ocasiones, como este mismo instante, en el que su corazón se agita como en una pelea, pero él está quieto. Las ventanas de las narices se hinchan como cuando corre rápido, pero no se ha movido. Los músculos se tensan y los pensamientos vuelan. Mucho fuego. Todo va a arder, pero nada se quemará ahí dentro.

VIII

—

PORQUÉ
17 años

Nació trasquilado, los obligados a llevar el cabello corto, gente de abajo, gente común. Su alma, que era como un mar, bullía sobre un fuego inacabable y la madera que usaba a modo de combustible eran las injusticias. De entre estas, había una más grande que todas las demás y que hacía que la respiración del joven se agitara.

Nací como un común y no tengo nada de común.

Al poco pensó que Abián, su amigo, tampoco era común. Probablemente nadie fuera común y todos podrían llevar el pelo largo y el alma desatada. ¿Qué pasaría si él mismo desatara su alma? Nunca lo dijo, pero esa pregunta tenía algunas respuestas que él mismo temía.

El siguiente pensamiento fue para aquella torre que había visto en Tufia, en las gentes que la habitaban, y en cómo la estirpe autoerigida como noble les había permitido instalarse allí a cambio de regalos y favores. Regalos y favores que los trasquilados jamás llegarían a disfrutar.

Cada día que dejó crecer su pelo, fue un nuevo pensamiento. Algunos eran preguntas. ¿Por qué poseen más ganado que nosotros? ¿Por qué, si somos los hombres libres, ellos tienen más libertad que los comunes? Su cabeza llena de porqués, fue inflando sus ideas. Las ideas estaban prisioneras, todavía no salían por su boca, pero no tenía prisa. Naturalmente impaciente, el joven Doramas sabía que en esta ocasión había que liberarlas de inmediato. El crecimiento de su cabellera se convirtió en el marcador perfecto. ¿Cómo este joven se niega a cortar su pelo? ¿Por qué no afeita su barba? Los viejos del lugar estaban escandalizados, preocupados por las represalias si aquel episodio de rebeldía llegaba a oídos de los que mandan. Alguno trató de disuadir al indócil, con el mismo resultado de una mano que trata de atrapar el viento.

Doramas, por su parte, tomó dos decisiones que cambiaron el rumbo de los acontecimientos. Primero, decidió hablar por fin. Abián y Gurmad eran un campo de cultivo en el que las ideas de Doramas eran simiente lista para comenzar a brotar. Un cultivo que no se acababa ni se recogía nunca. Y ellos también dejaron crecer sus cabellos.

Segundo, se despidió de su padre. Este, que

conocía a su hijo más de lo que su silencio habitual daba a entender, no opuso ninguna resistencia a la marcha de su rebelde descendiente y le dedicó un cómplice rezo de protección, la segunda mayor muestra de cariño que Doramas le recuerda a su progenitor. Luego, se despidió de sus hermanas, que no entendieron nada de lo que su hermano pretendía. ¿Nos vas a dejar solas? Se tenían las unas a las otras, no había mayor preocupación.

Y los tres se fueron sin respuestas a las preguntas, decididos a acabar con los porqués.

IX

ALZADOS
26 años

Eran alzados, guerreros, justicieros, hermanos. Familia. La rebelión alcanzaba ya la treintena de miembros, pero algo dentro de Doramas se agitaba y retorcía como las algas que son arrastradas por la marea. Tantos años escondidos aquí y allá, tanto tiempo ganando y perdiendo por una causa. A veces se preguntaba: ¿es suficiente? Otras: ¿es necesario?

Algo había cambiado en el carácter de Doramas. En algunas cosas para bien, pero también había zonas oscuras. En un inicio fue un cúmulo de determinación, pasión y hambre de libertad, pero en los últimos tiempos, a cada instante, aquello se volvía insípido por algún tipo de cabo suelto que no conseguía encontrar. En ocasiones

se sentía abatido, y en esos momentos se recordaba a su padre. Un jefe de ningún sitio. Un guerrero cansado de huir. Un hombre rodeado de gente.

La petición le tomó por sorpresa, no había un plan más allá de seguir siendo cuatreros, honrosos y justos. Al fin y al cabo, eran alzados contra las injusticias, contra una forma de hacer las cosas que no respetaban. Ahora esa forma de hacer las cosas estaba llamando a sus puertas.

El mensajero llegó poco antes de que el sol saliera. La antorcha en alto, se movía de un lado a otro. Los dos vigías que hacían guardia pidieron escuchar lo que tenía que decir. Un mensaje, pedía respeto, no debían atacar al mensajero. Así debía ser y así fue. Uno de los vigías que escuchó la noticia corrió a compartirla y sobresaltó a Doramas por la excitación que le agitaba.

—Maninidra, guayre de Telde, quiere verte.

Un mensajero de Doramas visitó a Maninidra en su residencia en la costa teldense, en el pueblo conocido como Tufia, y constató la veracidad del mensaje, juramentos sagrados mediante, el salvoconducto era seguro.

Ahora tocaba decidir a los alzados, sentados en círculo donde todos podían hablar, donde todos podían escuchar. Querían que les ayudaran en una batalla contra extranjeros, contra aquella torre que hace tantos años había visto por primera vez junto a Abián. La treintena de hombres se reunió y hablaron más de lo que solían. No era buena idea. Ellos, los que ahora pedían ayuda, eran el enemigo. Abián intentó convencerlos de

lo contrario:

—Mucho tiempo llevamos como forajidos. Nos escuchan. Llegó el momento. Tenemos poder.

La mayoría de hombres no hablaba. No tenían nada que decir, estaban allí por la necesidad de sentirse libres, venidos del norte, del este, del oeste y del sur. Allí todos eran hermanos, nadie estaba por encima de nadie, solo a uno lo tenían en situación prominente. Secretamente Doramas tenía una pregunta que le visitaba recurrente. ¿Acaso no podían dejar de seguir a un líder? Hombres libres que seguían a otro hombre. Pero ese líder no habló, no en esa reunión. En silencio pensaba en Gurmad, que ya no estaba. Calló y con el vacío de sus palabras todos gritaban mudos, perdidos, ¿qué hacemos?

Usem, el hombre de mayor edad de los que allí estaban, rondaba la cincuentena. Su piel se había tostado al sol, se había curtido al viento, sus manos callosas hablaban de un hombre trabajador y duro, ya canoso. Antes de unirse a los alzados, fue un pastor solitario, sin familia ni amigos, de la zona del suroeste de la isla. Usem era muy ágil con la mente, le gustaba hablar y lo hacía bien.

—Nos temen. Por eso nos llaman. No debemos ir. Conseguiremos lo que queramos. Sigamos así. Nos llaman porque somos poderosos.

Abián respondió:

—En el sur somos un problema para la gente del norte de Telde. El día que ellos quieran, las batallas serán más grandes. Será más difícil

sobrevivir.

—No me da miedo morir.

Todos gritaron con fiereza, a nadie le daba miedo morir peleando. Así lo expresaban. Abián respondió a Usem.

—Somos todos guerreros. Estamos aquí porque queremos ser libres y no creemos que Acorán quiera que haya unos hombres sobre otros. Pero no debemos ser incautos.

—Incauto sería creer que nos dejarán estar entre ellos sin pagar por los delitos. Delitos que según ellos cometemos. Según su ley.

—Bentagoche no habría aprobado esto. Si nos llaman, es seguro acudir.

—¿Será un engaño?

—Imposible.

—Doramas, callas cuando esperamos que hables.

Doramas miró a Usem. Durante unos segundos acarició su barba con la mano izquierda mientras suspiraba. Se puso en pie.

—No hay luz en mi mente. No encuentro qué decir.

Y se fue. Quedaron en silencio. Sin más palabras, todos se levantaron y se marcharon de la reunión.

La noche en el asentamiento fue silenciosa, tranquila. Los hombres hablaban en voz baja, no hubo risas, ni cantos, ni toques de tambores. No se respiraba tristeza, de alguna forma parecía que todos aquellos hombres creaban el ambiente

para que Doramas reflexionara.

Aunque lo intentó, el joven alzado no pudo dormir en toda la noche. Los pensamientos se le acumulaban aquí y allá haciendo incómodo estar acostado. Se levantó. Caminó entre los árboles, cosa que le relajaba como pocas. Entonces encontró algo que decir.

Poco antes de que saliera el sol, Doramas esperaba en su estancia como cuando era niño. Por un momento recordó la sensación de la llegada de su padre y sintió un leve desamparo. Ese día nadie vendría a buscarlo. Recobró su presente brevemente perdido y salió a buscar a sus compañeros.

Los árboles bailaban al son del viento, las hojas cantaban, la luz se colaba entre las ramas. Los hombres comenzaron a llegar, algunos de las cuevas que habían usado a modo de refugio, otros de entre la vegetación. Unos pocos, acompañados de tres perros, ya estaban allí cuando llegó él.

Reunidos todos pidió ser escuchado. Esta vez el grupo no era un círculo, más bien eran media luna y el centro de todo era Doramas que, en pie, totémico, habló a los hombres. Un puñado de larga cabellera, otros con media melena y algún recién llegado de pelo corto con aspiraciones. Edades dispares, hombres fuertes, alguno delgado, uno gordo. Todos leales.

—Esos extranjeros agreden a nuestra gente. ¡A nuestra gente!

Al exclamar, soltó su capa desde el cuello y, esta cayó al suelo con violencia. Guardó silencio

moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado, sin dejar de mirar a los ojos de los hombres que le escuchaban. Doramas hablaba con la fuerza de la ola más poderosa, se movía despacio, con aplomo, alzaba la cabeza para dar énfasis a algún asunto.

—Nos creó la misma Madre y nos puso en esta tierra que esos, los extranjeros, ocupan sin respeto. Molestan a nuestras mujeres, a las trasquiladas, a las nobles, en eso no hay distinción. Toman lo que quieren. No confundan. Nosotros tomamos cosas para el pueblo y ese pueblo está siendo molestado por los extranjeros. Somos canarios. ¡Voy a ir y voy a echar abajo esa torre con mis propias manos!

El silencio se hizo, denso y en tensión. Daba a entender que no había terminado. Entonces, se detuvo.

—Voy a ir a Tufia. Algunos me acompañarán. El resto se quedará aquí.

Preguntaron por Bentagoche, guanarteme de Telde. Ese malnacido había enviado alguna tropa en busca de los incorregibles, sin resultado alguno, pues la bravura de los indómitos rebeldes empezaba a ser legendaria. Pero Bentagoche estaba enfermo, nada podía hacer ahora. Su hijo mayor, Bentejuí, no tenía la edad necesaria para ascender a guanarteme y Maninidra y el faycán gobernaban de forma interina en Telde. ¿Los guayres que habían prometido acabar con ellos? Imposible que pasara: Maninidra había dado su palabra y no había nada más sagrado.

¿Cuándo salimos? Al amanecer.

X

4 PUERTAS
26 años

Algunos nobles mascullaban que Doramas, aparte de ser un usurpador —¿quién se creía que era ese trasquilado insolente?— era un tirano. Le venían con cuchicheos. Podían proceder de una mujer que, en encuentro amoroso, le dijo a algún forajido. En ocasiones su origen estaba en alguna boca de un familiar visitado en la clandestinidad, diciendo esto o lo otro. Cosas que se escuchaban en los pueblos de la zona. ¿Pero qué tirano aceptaba preguntas? ¿Qué tirano tenía un ejército que había venido a él? Esos pensamientos solían calmar su inquietud, aunque esta vez no fuera así. Su cabeza mascaba otras ideas. Abián no pensaba tanto y parecía más feliz. ¿Por qué?

La noche estaba llegando a su fin cuando se pusieron en marcha rumbo a Tufia. Abián y tres guerreros de su confianza acompañaron al líder de los rebeldes. Doramas llevaba su arma, una gran maza de madera tostada con forma de espada en uno de sus extremos y una rotunda bola en otro, más su escudo, el mismo que tiró en el encuentro con Bentagayre.

Maninidra dio el lugar del primer encuentro, la montaña sagrada de Cuatro Puertas, allí se dirigían los cinco hombres forajidos. Era imposible que un hombre faltara a su palabra, así que no había temor a engaño o embuste. El camino era complicado y tedioso. Habían salido al alba y llegaron a mediodía.

Una decena de guerreros esperaba a la entrada de un reducido conjunto de casas, a los pies de la montaña sagrada. El que parecía ser el jefe de los soldados se adelantó y cortó el paso.

—¿Quién eres?

—Doramas, hijo de Doramas. Al llamado de Maninidra contesto.

Tras un gesto del jefe de los soldados, sonó la caracola. Dejando atrás el pequeño pueblo, los alzados fueron acompañados hacia la parte superior de la montaña, de fácil acceso por su cara norte, donde el faycán de Telde les recibiría. Doramas y Abián le recordaban nítidamente de un episodio relacionado con Maraguya y su hija, Tissent, a la que conocieron en su infancia. Hace muchos años, aunque pensaban que el anciano no recordaría nada.

Por fin se encontraron, mayor pero fuerte,

¡qué forma de apretar el brazo al saludar! Bienvenidos. Faya, pasaba esos días confusos en ese lugar sagrado en lo alto de una montaña no muy elevada, alejada del núcleo de Telde capital. No hubo una sola alusión al origen humilde, a la insolencia, ni mucho menos al episodio de hace tantos años en el pueblo de Doramas. Mientras hablaba de los días sin lluvias que llevaban en la zona, el único ojo de Faya se posó sobre la cara del jefe forajido. Este supo que el señor de los ritos le escudriñaba. No le importa, pese al mal recuerdo de su infancia, parecía un hombre sabio. Aunque no confiaba del todo, supo reconocer que esa sabiduría no era indolencia o pasividad, este hombre era un igual. Qué fuerza.

Tenían hambre, pero el faycán decidió que lo primero era el alimento espiritual. Una gran estructura de madera en la entrada que servía de soporte para toldos, estandartes y andamios era la antesala para las cuatro grandes entradas separadas por pilares excavados en la parte superior de la montaña. Una vez traspasadas las entradas, una cueva bien trabajada, con maderas en el suelo, figuras que representan a todas las formas del Gran Ser y el inconfundible olor a leche rancia. Era un lugar de culto.

Al entrar, Doramas se mareó un poco. ¿Qué extraña fuerza se escondía allí? Todos estaban en silencio sin aviso. Devoción, agradecimiento profundo a la Madre. Largo tiempo que pareció un instante. Hasta el momento no había sido un hombre especialmente conectado con la gran energía, pero en aquel lugar todo era distinto.

El faycán salió y todos comenzaron a salir detrás de él. Doramas se quedó un poco más, aquel sitio tenía algo que lo atrapaba, perturbador y atávico. Afuera comenzaron a hablar y sacaron al guerrero de su estado devocional. ¿Estaba incómodo? ¿En casa? ¿Conectado con lo más grande? Todo eso y más.

Al salir, se percató de algo que no había percibido al entrar, los pilares no estaban terminados: en su base aún quedaba trabajo para que quedaran rectos, como de la mitad hacia arriba. Tras unos minutos de conversación, rozando el monólogo, la capacidad de encanto del faycán quedó patente. Aprovechando la dispersión del grupo, Faya se acercó a Doramas y le pidió que lo acompañara a la cara sur de la montaña. Mientras caminaban, cariacontecido, el tuerto dijo que esperaba encontrar luz para las épocas oscuras que vivían en Telde.

Al llegar a la cara sur, una mujer de tez pálida y cabello largo recogido en múltiples trenzas, se asustó de la presencia de los hombres, como un pajarito que se echa a volar, se pierde en el camino contrario. Una maguada, una mujer del culto. Vivían en la zona prohibida en un rincón en la cara sur de Cuatro Puertas, donde estaban al servicio de los ritos a los ancestros y los grandes espíritus. El faycán no dice nada, Doramas tampoco, se comportan como si la mujer no hubiese estado allí nunca.

Desde la montaña podían divisar el mar, que espejeaba bajo el sol de mediodía, mientras ellos se refugiaban de los implacables rayos en una

cueva. Sorprendía lo fresca que estaba esa pequeña habitación excavada en la roca. El faycán se sentó y ofreció algo de agua a Doramas, que acepó agradecido.

—Esa edificación extranjera es antigua. La construyeron los que llaman portugueses, a los que venció el guanarteme de Gáldar y luego se volvieron aliados nuestros. Ahora la habitan extranjeros de otra nación. Amigos de Bentagoche, con los que firmó paz.

—Conozco la historia.

—Conoces lo que te han dicho. En este lugar escuchaba voces de ancestros. Había luz y los designios me eran dados. Ahora no hay nada de eso. Hay confusión, oscuridad.

¿Por qué me contaba todo esto a mí? Su proximidad era incómoda. Solo era un trasquilado.

—Doramas, destruir esa torre es el inicio. Todo cambiará.

—Hace tiempo que cambió, faycán. Esa torre no debería estar ahí.

—¿Eso crees?

—La torre de los que han sido poco agradecidos. Son hostiles, el guanarteme de toda Telde solo se ha preocupado de él mismo.

—Estabas muy al sur para hablar con tanta seguridad de cosas que ocurrían más al norte.

—¿Es distinto a lo que hablo?

—No. Es como hablas. Tu fama de guerrero es grande, pero antes quiero que tú sepas algo. Estás aquí porque Bentagayre dijo buenas cosas de ti.

—Él no me conoce.

—Él sabe más cosas de las que tú podrías comprender.

—Así son los que se consideran del linaje más puro, creen saber más que nadie. Como Bentagoche...

El faycán ríe, interrumpiendo, ante la insolencia del joven.

—Se está muriendo. Bentagoche, pronto morirá.

—Si vive puede que le de muerte yo.

—Él es el guanarteme por derecho. ¿No respetas las antiguas leyes?

—Él no respeta las antiguas leyes. Y no, no respeto la ley de matar a las niñas porque hay escasez. Sean las primeras o las segundas nacidas. ¿Qué locura es esa? En Gáldar nunca hubieran permitido eso.

—Esa ley se hizo desde muy antiguo en épocas de necesidad.

Doramas agrandaba su vehemencia en cada frase. Parecía un desmemoriado que comenzaba a recordar cual era la pasión que le había llevado a alzarse.

—No hay necesidad en matar a inocentes que van a vivir. Mi padre ocultó que sus dos hijas pequeñas eran mujeres para evitar que las mataran por la ley de Bentagoche. Pasado el tiempo, derrocada la ley, reveló la verdad. Por su ingenio fue perdonado. Los favores que Bentagoche recibe son para sí, y su pueblo pasa penurias. Él no tiene hambre, ni frío, ni calor, tiene quien le sople aire. Es un traidor a su pueblo.

—¿Y qué has hecho tú? Robar ganado en el sur. No es muy noble.

— Me levanto contra el abuso. Soy un pastor de cabras que quita ganado al que le sobra para repartirlo con quien le falta. No quiero que la gente tenga hambre.

—No quieres llevar el pelo corto.

—No quiero llevar el pelo corto.

—Doramas, Bentagoche no estará aquí muchos más días. Su hijo no alcanza la edad para ser jefe. Pequeño pastor de cabras, ¿estás listo para pastorear a gente?

Doramas no entendió en un principio, pero pronto se recompuso y guardó silencio en una mirada sin respuesta. Aquel hombre de un solo ojo, que le había agasajado como si fuera un noble, le estaba insinuando algo demasiado importante, peligroso y diferente. Angustiado, preocupado, aturdido, Doramas salió de la habitación con una palabra de despedida.

Doramas llamó a Abián a voces. No era apropiado para un lugar como aquel, pero nada de lo que estaba pasando lo era. Abián acudió raudo al lugar de donde provenían las voces de su amigo. Al encontrarse con Abián, Doramas habló sin detener el paso:

—Nos vamos.

—¿Qué?

—El faycán quiere que sea guanarteme en Telde.

—¿Tú?

—Sí.

—¡Para, Doramas! ¡Hablemos!

Abián se puso delante de su amigo, este detuvo el paso.

—Soy un forajido, alzado y hombre libre, no voy a ser guanarteme para ser el tirano que algunos susurran que soy. No voy a convertirme en mis malos sueños. Gurmad me advirtió.

—Gurmad era un gran hombre, amigo. Su advertencia fue a tiempo. Esas son las advertencias que valen. Pero no tiene que ver en esto. Tienes el juicio nublado. Calma.

—Si nos quedamos, echamos la torre abajo y volvemos al sur.

—Así será.

Tres toques de caracola.

—Maninidra ya está aquí.

XI

UNO DE ELLOS
26 años

Maninidra era famoso por sus perfectas y robustas facciones. No en vano le conocían por el sobrenombre de "el guapo". De mandíbula ancha, pelo crespo hasta los hombros, cuerpo prieto y bien dispuesto, el carismático guayre de Telde, señor de Tufia, pronto entendió que no era sensato tener por enemigos simultáneos a los extranjeros y al bando de Doramas. Bando de Doramas, como ya había empezado a llamar la gente común al grupo de salteadores. Bando de Doramas, como si el plebeyo de pelo largo fuera un lugar, como si los hombres que le acompañan vivieran en él. Qué necedad, pensaba Maninidra. Pese a la ignorancia del pueblo, le necesitaban de su lado. El forajido, además, había demos-

trado nobleza en su encuentro con Bentagayre, reconociendo su origen humilde, aceptando su derrota.

Sin embargo, no todos celebraron la presencia del salteador de caminos entre los nobles teldenses. Al enterarse de que aquel joven incorregible había sido invitado al encuentro, Guañabén, guayre de Tirajana rehusó acudir a Tufia. Según llegó a afirmar el emisario enviado a Tunte, capital de Tirajana, Guañabén aseguró que algún día le cortaría el pelo a Doramas delante de todos.

Al enterarse de las palabras de Guañabén, Doramas no maldijo, al contrario, entendió su enfado. Durante años esquilmó su ganado, robó su grano y soliviantó a sus gentes, en especial a los más pobres, entre los que repartía el botín habitual en forma de grano, ganado y pescado. Aquellos actos de Doramas y los rebeldes habían dejado una ristra de desaires entre los notables de la zona que no iba a ser fácil de borrar.

Doramas no era un guayre, pero desde su llegada se había comportado como tal y no permitía que nadie lo tomara por menos. Miraba a los ojos a quienes debía mirar. Hablaba con unos y otros sin complejos. Pero cuando se sentó en el tagoror para participar en el Sábor, se dio cuenta de cuál era la posición que le tenían reservada. Faya y Maninidra le explicaron que debía quedarse detrás del muro que limitaba el recinto, escuchando pero no hablando.

El señor de Arguineguín, el único en la isla que tumbó a Doramas en su etapa como fora-

jido, llegó esa misma mañana temprano. Cuando vio al plebeyo alzado fue directo hacia él. Un momento de tensión, labios apretados, cuello estirado, pecho hacia afuera, desarmado por la risa de Bentagayre que le tomó el brazo afectuosamente, un saludo de igual a igual.

—Hasta Arguineguín han llegado las historias del valeroso Doramas y su grupo de forajidos.

—*Tanemirt*. Ya no somos forajidos.

Bentagayre se acercó a Doramas y susurró.

—Eso no es verdad.

Al echarse hacia atrás los ojos verdes de Bentagayre se perdieron entre pliegues. Ese hombre reía como peleaba. Volteó la cabeza y ella, que estaba por allí, hablando con una y otra, con sus ojos de miel, le robaba la mirada a Doramas. La sonrisa de dentro apareció para recordarle que era un hombre y sentía por las mujeres la misma pasión que tuvo siempre. Pero ella era diferente. ¿Por qué?

Al poco, Faya le hizo jurar que mientras estuviera en territorio teldense no atacaría, robaría o conspiraría contra un noble. Un juramento inquebrantable y ancestral que había de durar hasta que Bentagoche o el propio Faya murieran, y que Doramas aceptó de forma impulsiva y noble. Todo sucedió demasiado rápido, el ímpetu ordenó. No había plan más allá de echar abajo esa torre insufrible.

Comenzaron las consultas del Sábor de Telde en el tagoror. Entre el público, Doramas, Abián

y algunos de sus hombres. No podía verlas, pero intuyó, por el estruendo, las furiosas olas que estallaban contra las rocas.

Estaban decidiendo acerca de la participación de Doramas y sus compañeros en el ataque a la torre de Gando.

¿Acaso no estaba ya decidido? ¿Para qué nos habían traído? ¿Querían humillarnos?

Maninidra expuso su punto de vista con la vehemencia con la que el fuego arde sobre la madera.

—Los relatos de la gran valía en la batalla de los alzados indican que tienen que estar a nuestro servicio. En lugar de pelear contra ellos, pensemos cómo nos pueden beneficiar. Doramas es un esforzado guerrero. Necesitamos su ayuda en la batalla.

Todos estaban dispuestos a escuchar lo que él tuviera que decir, así que el discurso caló entre los guayres presentes. La amnistía ofrecida a Doramas y los suyos fue aceptada por la mayoría.

Pero, ¿qué hacer con su pelo? ¿Dejamos que lo lleve largo? ¿Dejaríamos que piense que es un guayre? ¿Y sus hombres? No era necesario responder a tantas preguntas a la vez, lo más importante era impartir justicia y rescatar a las mujeres raptadas.

Doramas observó las caras de todos los participantes en la consulta mientras hablaban de él. La sensación era confusa y extraña. Estos nobles, a los que desearía apartar de sus cargos para hacer a los hombres libres, estaban decidiendo qué hacer con él.

Céntrate, juraste, y la torre es ahora lo importante.

La reunión se alargó, hablaban unos y otros. Maninidra explicó sus razones y expuso su plan. Unos lo apoyaron, otros matizaron y algunos le contradijeron, en especial Nenedán, guayre de Tamaraceite.

Aspecto desgarbado, escuálido y ojeroso, Nenedán habló con una molesta voz aguda y una altivez propia del habitante de la capital del territorio teldense, aunque servía a modo de exilio velado en Tamaraceite, uno de los cantones al norte de la capital del guanartemato. Con el tiempo y el deterioro del guanarteme teldense, pasaba más tiempo junto a Bentagoche entre las calles de Telde que en el lugar al que servía como guayre.

Costaba creer que fuera, como decían, un guerrero tan notable. Las pieles bien curtidas en sus prendas, esos collares, las plumas de cernícalo intercaladas entre las cuentas de cerámica, con el pelo rizado y tupido. Ese hombre no había luchado en su vida. Pero lo más perturbador para Doramas era la capa de Nenedán: una prenda extranjera de intenso color rojo. ¡Qué asco, el perro de Bentagoche!

Nenedán:

—De todas las cosas dichas, hay una que no se ha resuelto. No podemos atacar la torre sin el permiso de Bentagoche. Cautela. Paciencia. En cuanto el guanarteme de Telde se recupere, podremos debatir este asunto con más calma.

Maninidra, respondió:

—Se están llevando a los nuestros para cambiarlos por riquezas. Están capturando a canarios como si fueran posesiones. Como saben, varias maguadas fueron capturadas hace cinco noches. ¡Pongamos fin a sus ataques y faltas al honor!

Doramas, apoyado sobre el muro que rodeaba la reunión, estaba de acuerdo con Maninidra, de hecho para eso estaba allí, pero no hacía falta que hablara para expresarlo. Unos y otros argumentos eran apoyados o denostados por la audiencia con onomatopeyas, exabruptos, u ostentosos gestos. Bentagayre era el único que escuchaba sin emitir ningún tipo de señal sobre su postura.

Pero a Doramas había algo que le seducía más que el debate de estos nobles. Sahar, ojos de miel derramada, pelo de cielo nocturno, piel de brillante cerámica. Esa sonrisa. Desde su llegada a aquel lugar ella fue un oasis agradable ante tanto hombre altivo. La mirada de Doramas se distrajo aventurera observando a la joven hermana de Maninidra. Ella respondió con miradas furtivas y esquivas. ¿Qué escondían esos ojos-enigma?

Bentagayre departía ante el consejo de guayres, con la cabeza apoyada en su mano derecha, como era su costumbre. Hablaba arrastrando las palabras, parecía hartarle tanta palabrería y probablemente así fuera.

—El faycán de Telde no ha hablado. Sin Bentagoche en la reunión, él es la autoridad para aprobar la propuesta de Maninidra. ¿Qué tienes

que decir, Faya?

—Escuché con atención al guayre Nenedán de Tamaraceite y su preocupación. Pero también atiendo a la urgencia de Maninidra, guayre de Telde. Reunido el Sábor del guanartemato de Telde y escuchadas las palabras de ambos digo que atacaremos la torre de Gando y Maninidra será el capitán de guerra.

Nenedán aceptó la decisión, no podía ser de otra forma, pero solicitó ser eximido de participar, él y sus guerreros debían acudir a Telde, donde las cosas no eran fáciles con Bentagoche gravemente enfermo. Faya asintió, Nenedán y sus acompañantes abandonaron el encuentro y Maninidra tuvo la palabra para comentar los pormenores de la operación del día siguiente.

La reunión llegó a su fin sin mayores incidentes. Maninidra, invitó a entrar al recinto a la gente común, a los guerreros y a la familia noble. Los tocadores de tambor tallaron los ritmos, se levantó una fiesta donde el baile y el canto empujaron la solemnidad y la nobleza con que la consulta fue acometida. Antorchas, flautines, compases de palmas, risas, danzas en la oscuridad cercenada por la luna llena.

El guayre de Telde sonrió en unas de esas vísperas de posible muerte que hacían que se celebrara la vida con más intensidad. Una duda le sacó de su disfrute: ¿será el plebeyo uno más también en el festejo? ¿Doramas? Con mirada rastreadora observó en todas direcciones, no había señal alguna del objeto de su búsqueda. Caminó entre la numerosa gente y empezó a

desesperarse. Entre sus dotes de liderazgo, Maninidra escondía un carácter controlador que combinaba con cierto aire autoritario. Desde que Doramas había llegado, había tenido un control férreo sobre las acciones de este. En conversaciones con Faya y Maninidra había quedado claro que era importante observar al alzado en todo momento para saber si era un elemento digno de confianza.

Maninidra se encontró con Bentagayre que entre la música y el jolgorio apenas adivinó lo que el guayre de Telde le preguntó. Cuando entendió, como pudo, acercándose a su amigo con una media sonrisa burlona, respondió:

—El plebeyo andaba en conversaciones con tu hermana.

El viento comenzó a levantarse, qué oportuno, Maninidra ya no sonreía.

XII

—

CON MIS PROPIAS MANOS
26 años

Las miradas dulces de Sahar durante la jornada se tradujeron en un fresco manantial de voz entre labios arqueados de regocijo y juego en la noche. Doramas sentía fascinación por el mar que tenía enfrente, sí, pero mayor era la fascinación por el mar que era la persona que tenía al lado. Mar en el que a Doramas le apetecía nadar.

—¿Es cierto que tu bando lo forman cincuenta hombres?

—No son tantos. Treinta.

—Son muchos para alguien cómo tú.

—¿Cómo yo? – Ríe – ¿Quieres decir para alguien tan guapo?

Sahar responde a las risas con más risas.

—Para alguien que no lleva el pelo largo

desde niño, para alguien sin barba. Porque lo has llevado trasquilado, ¿verdad?

—Sí, y digo que es mejor para dormir.

Las risas se fundían con las miradas cómplices, los roces fortuitos e inevitables por aquellos que se atraen irremediablemente despertaban sensaciones que no es que estuvieran dormidas, es que nunca habían nacido en las entrañas de Doramas. ¡Qué poder el de aquella mujer! Horas parecieron minutos. ¿Tiene hambre? No se acuerda de lo que es eso.

Pero a lo lejos, alguien gritó:

—¡Trasquilado!

Sí, era él, Maninidra, que se acercó colérico y cogió a su hermana del brazo.

—¡No te acerques a ella! ¡No tienes derecho!

¿Cómo se atrevía? Podía matarle ahí mismo.

Doramas se calmó, pensando que había algo más importante que él y que Maninidra. Contra lo que sentía, guardó silencio y se quedó a solas en aquellos, ahora, tenebrosos riscos. Así supo cuál era la realidad de los pensamientos del guayre. Para servirle como guerrero era admitido, un hombre válido, pero como candidato a formar parte de su familia, era un apestado.

Un puñado de ovejas salpicaba de blanco hueso el verde prado del monte. Cinco pastores canarios custodiaban el rebaño. Toda la escena era fácilmente visible desde la torre pese a estar a bastante distancia.

Bastante alejados de los pastores/cebos, en

un punto al que los ojos extranjeros no alcanzan, más de cien canarios esperaban agazapados, los mejores guerreros teldenses, comandados por Maninidra y Bentagayre, quien les dirigió un último discurso antes de entrar a la batalla:

—Esos salvajes han cogido muchos hombres para llevarlos como ganado a tierras lejanas. Una mujer canaria que les sirve nos habla a escondidas. Ella nos contó estas y otras fechorías. Habló también de las maguadas raptadas, que ellos ultrajan como quieren dentro de esa torre. Pongamos fin a esta ofensa en nombre de todo lo que nos hace grandes.

Esas palabras agitaron el corazón de Doramas, haciendo que su quietud fuera el templo del fuego que haría que todo ardiera. Pero en breve fueron otras palabras las que escarbaron en busca de la furia de Doramas. La furia, si se lo proponía, también provenía de Maninidra, hombre alegre que ya no sonreía desde que la noche anterior descubriera la íntima conversación entre su hermana y él en los riscos cercanos al mar. Palabras que golpearon con fuerza todo el encanto desplegado por el guayre en la jornada.

Los pensamientos fueron interrumpidos por un aviso susurrante. Ya habían salido. Cuarenta soldados extranjeros, habían picado el anzuelo, ahora verían si conseguían sacarlos del agua. El ganado se recogía al interior y pronto se perdieron de la vista de la torre, los canarios habían dispuesto la posición para que la batalla se desenvolviera a una distancia que el ruido no llegara a Gando, y el batallón prosiguiera su avance.

Perdidos también de la vista de la torre, los cuarenta españoles se acercaron a los pastores con la intención de prenderlos y llegó el momento esperado. Los pastores, que eran guerreros vestidos al modo campesino, gritaron la palabra que les daba fuerza en la batalla:

—¡*Datana*!

Datana gritaron también los canarios ocultos que en seguida se lanzaron sobre los castellanos quienes, sorprendidos, trataron de responder al ataque. La ferocidad impulsó la velocidad y los magados empuñados golpeaban rodillas y mandíbulas, los nobles, evitando el contacto con la sangre en lo posible, derribaban a los soldados castellanos mientras que los guerreros plebeyos iban detrás clavando las lanzas que atravesaban cuellos y pechos. La reyerta se desarrolló entre puños que rompían pómulos y narices, *tabonas* que se clavaban en estómagos, hombros, brazos, gritos de dolor o de victoria, de ánimo o derrota. La sangre tiñó el verde del pasto, los cuerpos caían en caprichosas formas y las armas canarias salieron triunfantes en una cruenta y fugaz batalla. Solo hubo que lamentar una baja en el bando canario. Maninidra se dirigió a un grupo de mujeres que observaban escondidas a cierta distancia.

—Agua.

Las mujeres se acercaron al campo de batalla. Nadie habló, había respeto a la fortuna, a la voluntad de la creadora y a los ancestros que habían ayudado a que la batalla saliera bien. Los guerreros elevaron sus cabezas y recordaron

quién les daba la fuerza para luchar. Mientras, las mujeres recogieron el cuerpo del guerrero canario fallecido y se lo llevaron para acompañarlo en su viaje al sol, otras ayudaron a algunos hombres a desvestir a los castellanos, limpiaron sus vestimentas y armaduras en lo posible. Formaba parte del plan: iban a vestir a cuarenta canarios con las ropas de los extranjeros caídos. Tal había sido la estrategia de Maninidra y como fue explicado sucedió, con menos bajas de las esperadas. No era para menos, allí estaban los mejores guerreros de Telde.

Doramas tenía la cara salpicada de sangre y pidió agua para quitársela, ya que la aborrecía con todas sus fuerzas. Maninidra, vestido como los invasores, le negó la petición, haciendo que la mujer que se acercaba con el gánigo del agua se retirara. El resto de guerreros que no se había vestido con las ropas españolas, se hacían pasar por cautivos y, junto al rebaño, comenzaron el camino hacia la torre. Pero Doramas, que estaba a la vanguardia como uno de los supuestos apresados, detuvo la comitiva ante la incredulidad de todos.

—¡Tengo algo que decir!

Maninidra, con expresión furiosa, respondió:

—¡Trasquilado! ¡Calla y sigue andando!

—¡Escucha! Lo que voy a decir es por el bien de todos, no por ti, y la próxima vez que me trates así...

—¿Me amenazas?

Bentagayre intervino:

—¡Maninidra! ¡Doramas! ¡Calma! Ha-

blemos como hermanos canarios. Primo, escuchemos lo que el trasquilado tiene que decir.

Se dio un silencio prudencial, la tensión era grande. Maninidra pareció desistir dando la espalda, señal que aprovechó Doramas para continuar.

—Si llegamos así vestidos, tendrán oportunidad de replegarse al interior en cuanto descubran a cierta distancia el engaño.

—¿Y qué propones?

Doramas habló con cierta desesperación, se había dado cuenta de que era importante que el plan funcionase para que la torre pudiera ser derribada de una vez.

—Dejemos pasar una noche. No se atreverán a salir en la oscuridad, y si salen estaremos esperando. Bien entrada la madrugada, unos cuantos de nosotros podemos escondernos en la arena que rodea la torre. Hoy es noche sin luna. Por la mañana llegaremos y atacaremos de frente y desde atrás. Así podremos acceder a la torre y los cogeremos en medio.

Bentagayre:

—Es buena idea.

El guayre de Arguineguín buscó con la mirada la aprobación de Maninidra, que tras tragarse su rabia, habló resignado:

—Hagamos así.

La noche llegó. Un grupo de canarios, entre los que estaba Doramas, ayudados por sus compañeros, se enterraron en la arena dejando sus bocas al aire. Así permanecieron hasta que el otro grupo, formado por los canarios falsamente cap-

turados y los canarios disfrazados de castellanos, se acercó a la torre. El vigía, exultante, pidió que se abrieran los portones para recibir al triunfal batallón. A cierta distancia, aun quedando para entrar, los capturados hicieron el paripé de rebelarse y los falsos castellanos se defendieron como pudieron. Los moradores de la torre comenzaron a salir, tratando de acudir en ayuda de sus compañeros, momento en el que Maninidra levantó el puño y gritó, señal para que los guerreros comenzaran a correr enérgicos hacia sus auténticos enemigos, y los enterrados vivos salieran de su letargo bajo la arena de Gando. Y así se vieron entre los dos grupos los castellanos, que no podían replegarse hacia el interior y se vieron aplastados por la furia canaria.

Pronto accedieron al interior de la torre, tomaron por sorpresa a los pocos habitantes que quedaban en su interior, que no estaban en disposición de defensa. La prioridad para los canarios era evitar que accedieran a las armas que escupían fuego. Informados por la canaria que servía en la torre de su ubicación, accedieron al cuarto armero y consiguieron evitar que ninguno de aquellos extraños se hiciera con uno de sus arcabuces. El escaso contingente que ofrecía resistencia se encontraba con una expeditiva respuesta en forma de enganches, golpes, pedradas y llaves. Algún hueso crujía en medio de los gritos, mezcla de la fuerza canaria y la congoja extranjera.

Un arquero consiguió apostarse en una pasarela alta a la que se accedía desde el interior de

la torre y disparaba a los canarios que luchaban ante los que intentaban resistir en el patio central, espada en mano. Las flechas llovían, hiriendo a más de tres canarios, uno en un muslo, otro en las lumbares y otro, el de más gravedad, en la nuca. Doramas, observaba desesperado la escena y subió las escaleras a la caza del arquero. En la subida, uno le salió al paso con una antorcha en la mano, en un rápido y contundente movimiento de su magado le rompió la mano a Doramas y le obligó a soltar la improvisada arma. Agarró al hombrecillo y lo cargó sin dificultad para lanzarlo escaleras abajo, con más premura que precisión. Avanzó todo lo rápido que podía, llegó a la pasarela se abalanzó sobre el arquero, al que noquea fulminantemente. Se levantó y observó desde la altura que ya había terminado: los canarios habían vencido. En la otra cara de la torre apareció Maninidra desde una ventana.

—Tenemos a su jefe.

Entre los europeos apenas diez supervivientes, entre ellos el jefe de la torre, un tal Pedro Chemida, que al salir al patio cabizbajo, atado y con gesto aturdido, observaba a su alrededor con lágrimas en los ojos.

Un guerrero canario apareció de los sótanos y detrás de él parte del servicio castellano: mujeres, canarios bautizados y las maguadas raptadas.

Cinco bajas canarias más hacían que no fuera un día del todo alegre, pero Doramas tenía la sensación de haber hecho lo correcto. La sangre que cubría su rostro era el recordatorio

de la vida que se abría paso a costa de la muerte de los que se oponían a ella. Un mal necesario.

Algunos canarios cogieron las piedras que conforman los muros de la torre desde arriba y las echaron abajo. Doramas participó en la operación. De pronto se vio siendo niño junto a su amigo Abián, observando esa misma torre que ahora estaba ayudando a desmantelar. Lo había dicho, la echaría abajo con sus propias manos.

Cuando la torre quedó prácticamente en su estructura, Bentagayre gritó para que prepararan los fuegos. Se repartieron en tres puntos distintos de los entramados de madera. Untaron de aceites y prendieron fuego. Desalojaron lo que quedaba de la triste torre de Gando.

Las llamas crecieron rápidamente. Pedro Chemida fue obligado a mirar acompañado de Maninidra y Bentagayre. Doramas observó unos metros más atrás la escena y se retrotrajo a la infancia: en una ocasión su padre y él tostaron el grano porque este se llenó de insectos. Esto le recordaba aquella vez. Decidió abandonar esos pensamientos. Un compañero se le acercó y le felicitó por la rapidez y ferocidad con la que había actuado contra el arquero, y al poco otros se suman a las loas. Su plan también había salido bien. Bentagayre se acercó y levantando su mano ante todos gritó:

—¡Admiren! Admiren a este valiente y bravo guerrero. Los contadores de historias hablarán de Doramas, hijo de Doramas, en la batalla de Gando.

Todos gritaron, silbaron y golpearon sus

armas contra sus escudos. Doramas no terminaba de ver grandeza en actos que daban muerte, pero no podría negar que sintió orgullo aquel día. Maninidra, que no participó de la algarabía, habló al derrotado jefe de los extranjeros en su idioma y cuando terminó se giró, mirando fijamente y con desprecio a Doramas. El trasquilado, esta vez, prefirió retirar la mirada.

Tenía sed, tenía hambre, tenía ganas de estar con ella.

XIII

—

ELLA
26 años

Tres días después de haber echado abajo la torre de Gando. Noche. La luna está en su mitad y las nubes la cubren ocasionalmente. El viento sopla racheado. El mar no está en calma, pero tampoco bravo. Las minúsculas gotas de las olas que salpican contra las rocas golpean en el cuerpo de Doramas con una tierna violencia que lleva al joven canario a su niñez. En sus pensamientos da gracias a las tardes de su infancia que dedicó a aprender a nadar. De no ser por esas pequeñas aventuras, ahora no sabría cómo llegar al islote que tiene a una distancia que no es poca para ir a nado. Es bien entrada la madrugada y espera no haber sido visto por ojos indiscretos. De esto mejor que no se entere nadie. Se despoja del ta-

marco y de la capa y ahora sí siente frío, así que lo mejor es entrar lo antes posible.

De niño, nadar era una forma de escapar de tormentas que guardaba dentro de sí, pero ahora los pensamientos que carga son demasiado pesados como para que su mente flote esta noche. Él había echado la torre abajo junto a los demás, pero la actitud de Maninidra había cambiado de forma radical, tras días en la costa teldense sabe que ya no es bienvenido. Pero no podía resistirse, no a ella.

Claro que había tenido otras mujeres en su vida, pretendientas de un lado y de otro, ofrecidas a veces por agradecidos padres al "guayre del pueblo". Con una incluso llegó a plantearse una unión perdurable, tenía todo lo que podía querer en una mujer, pero de alguna manera y tras un tiempo en una relación tentativa, se percató de que una compañera no podía ser un listado de virtudes o complementos. La larga sombra de una madre como la que tuvo y el amor que vio que su padre le profesaba, ponían una marca alta a la que no sabía si algún día podría llegar. Incluso con el paso del tiempo pensó que siendo un forajido sería demasiado complejo tener una familia.

Así que, llegado a este punto, Sahar, hermana de Maninidra, dio un vuelco a la realidad de Doramas. Un vuelco mayor incluso que haberse reunido con los guayres y el faycán de Telde. Esa aparente aceptación por parte de los gobernantes de su patria que le hacía huir de su condición de alzado no le produjo ninguna sa-

tisfacción. ¿Acaso no era eso lo que había perseguido todo este tiempo?

Contrario a lo que ciertos detractores pensaban, él solo aceptó venir a Tufia para luchar contra los que abusaban de su pueblo. Vino por eso. Se quedó por ella. La presencia de esa mujer era un gozo para el alma como nunca antes había sentido. Es por ella que ahora está nadando en las entrañas de la madrugada, luchando porque la corriente no se lo lleve.

Su pensamiento va hacia un recuerdo reciente. Regresando de la batalla y el posterior derribo de la torre, a poco de entrar al pueblo de Tufia, Maninidra se acerca a Doramas y lo agarra fuerte del brazo.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a ella, plebeyo.

—Suéltame.

—No te soltaré hasta que jures que no vas a acercarte a mi hermana.

Para ese momento, los demás guerreros se silencian, en vista de una inminente confrontación entre el guayre y el trasquilado. Bentagayre, que se encuentra a pocos metros, se acerca rápidamente y trata de hacer entrar en razón a su amigo. Es quizá el único presente capaz de detener a Maninidra si fuera necesario. Abián y los tres compañeros de Doramas rodean a su jefe, pero los partidarios de Maninidra son mayoría. Bentagayre agarra finalmente al guayre de Telde y lo aparta como puede de la fugaz confronta-

ción mientras intenta hacerle ver que no es lugar ni momento.

Doramas había luchado contra los habitantes de la torre con destreza y compromiso haciendo pequeñas las alabanzas que como guerrero había recibido hasta la fecha por sus correrías siendo un alzado justiciero. Había mostrado lealtad y palabra. La prueba de fuego la había pasado, pero su empeño en seguir viendo a Sahar, siempre con el respeto y el agrado de esta, hacía irrespirable el aire en su estancia en aquella población costera y al tercero de esos días le llamaron a una audiencia con Bentagayre y Faya, el faycán. Bentagayre empezó:

—No puedes seguir siendo un forajido, Doramas.

—Ni yo quiero serlo más.

—Ahora la situación ha cambiado. Manidra no apoyará otra cosa que no sea expulsarte de sus tierras y tiene poder sobre el pensamiento de otros guayres. No eres bien recibido.

El faycán intervino:

—Tu obstinación con su hermana avergüenza.

Toda la amabilidad y encanto desplegado por Faya antes del desmantelamiento de la torre había transmutado en una seca y polvorienta relación con Doramas. Apenas un áspero saludo en un furtivo encuentro de cruce de caminos. Sin duda, se había posicionado del lado de Maninidra.

—Si estás aquí es porque Bentagayre habló en tu defensa y consiguió unos días más antes de

que alguien te retara o se decretara tu expulsión. Pero no has obedecido. Se te dijo que te alejaras de Sahar. Para sacarte de tu condición de plebeyo tendría que haber dos intervenciones, la mía y la del guanarteme. Maninidra representa al guanarteme enfermo, pero no quiere que te emparientes con él.

—Lo sé. No ha disimulado para ocultarlo. Si yo sigo aquí es por Sahar, pues nada me interesan sus reuniones, menos aún la voluntad de Maninidra en este tema.

—¡Tu insolencia es tu perdición! —Rebufó el faycán— Escucha con calma, joven. Te dejaremos instalarte en las tierras de Tejid, allí podrán vivir en paz tú y tus hombres y no serás molestado. Como recompensa a tus servicios y los que vayan a venir. No serás considerado noble, pero como ves hemos sido justos.

—No quiero ser noble para tener ventajas que otros no pueden. Quiero un pueblo libre sin nadie con hambre. Quiero que los privilegios que me ofrecen por ser una amenaza para ustedes, se les ofrezca a todos. La gente de Telde ha sufrido por los dictámenes de un déspota. Aquí muchos veían y callaban. Callar es peor que hacer bien o mal, porque es lo mismo que ser un muerto. Un insulto a la vida que la Madre nos regaló. No he hablado desde que llegué, pero a ustedes les digo: no soy yo quien va a unirse a ustedes. Les advierto, únanse ustedes a mí. Les aviso porque ustedes han sido generosos y honestos conmigo. No me tengo por menos. Escucharé lo que tengan que decirme y me iré.

Faya, amenazante:

—¿Todo esto por una mujer?

—No por una mujer, por todas las mujeres libres. Por todos los hombres, faycán.

—No salgas de las tierras que te hemos dado o lo tendremos como un ataque. ¡Cumple tu juramento!

—¡Lo cumpliré, pues tengo honor! Pero cuando falten Bentagoche y tú, el juramento se acaba.

Faya se levanta y sale de la habitación con palabras groseras y pesadas, apelando a los espíritus ancestrales y al orden de las cosas. Por un momento, Doramas cree que el discurso confuso y opaco de aquel hombre dual y contradictorio poco tienen que ver con el poder que emanaba del sagrado recinto de Cuatro Puertas. Se queda a solas con Bentagayre, en cuya mirada advierte el mismo poder que le golpeó el alma desde su primer encuentro. Aquel hombre nunca había dicho una palabra para guiarle, era imposible que le llamase maestro o mentor, pero con sus actos e incluso con su condescendencia, Bentagayre mostraba un camino a Doramas. El joven había aprendido con su padre a rapiñar en los más nimios gestos de cariño, descubrió en una tímida sonrisa del guayre de Arguineguín la aprobación que secretamente necesitaba para la demostración de carácter que acababa de mostrar.

Llevaba un rato nadando y los pensamientos no se iban. ¿Cansancio? Si lo piensa, sí, pero no

estaba en ésas. Así que sigue recordando.

Antes de marcharse, Bentagayre le despidió amablemente:

—Regreso hoy a Arguineguín. Antes te diré algo que espero que te ayude a soportar tus días y noches en Telde. Va a confinarla en el roque de Gando con una concubina. Esta noche dormirá allí.

Eso fue todo.

Doramas se marchó de Tufia y, acompañado de Abián y los dos guerreros que seguían con él, acudió al encuentro del resto de sus hombres, en los terrenos de Tejid, a medio camino entre Tufia y Telde.

Durante el camino, Abián se percató de que su amigo estaba en uno de esos días en los que no le apetecía hablar. Efectivamente, durante toda la estancia en Tufia, Doramas se mostró bastante distante con él, muy entretenido en pasar su tiempo con la hermana del guayre de Telde y sintiéndose un casi-guayre. Llegó a pensar que quizá aquella situación novedosa podía estar influyendo en su amigo, sacando al ambicioso que alguna vez se asomó en épocas pasadas. Ahora sus pensamientos se habían calmado. Se calmaron porque Doramas quiso que su fiel amigo fuera el primero en saberlo. Interrumpió una animada conversación que Abián estaba teniendo con dos muchachas del lugar y le llevó aparte.

— Nos vamos, Abián.

—Te he seguido y te sigo a todas partes.

Pero quiero que me digas qué ocurre.

—Acabo de amenazar a los nobles de Telde. Será mejor que nos vayamos cuanto antes. Manda a traer a nuestra gente, nos instalaremos en Tejid.

Esas palabras bastaron para que Abián entendiera que Doramas no se había marchado de sí mismo.

Tejid era un bello y fértil valle entre la costa al este y la montaña al oeste, entre Tufia al sur y Telde al norte. Mirabas alrededor y no encontrabas vestigio de otra vida humana que no fuera la de ellos mismos. Las palmeras convivían con los acebuches, y el trino de los pájaros regalaba encanto al reencuentro con los rebeldes. Fue como volver a estar en familia.

Doramas recuperó la tranquilidad perdida, aunque por momentos el recuerdo de lo sucedido le mordía los pensamientos. Maninidra y su enfado, Faya y su desprecio, la marcha de Bentagayre y la ausencia de Sahar. Gente a la que acababa de conocer que ocupaba demasiado de sí mismo al joven alzado. En cuanto podía, restauraba su orden interno y charlaba animado con unos y otros. Mientras algunos comenzaban a fabricar pequeñas cabañas donde refugiarse junto a una loma, Doramas llamó aparte a Abián, a quien quería explicar con calma lo que su ánimo había ocultado hasta ahora.

—Vamos a entrar a Telde.

Habló y Abián en todo estuvo de acuerdo

con su amigo. Decidieron, pues, hablar a sus hombres.

Reunidos todos, explicó que abandonaban el segundo plano en la patria y que había llegado el momento: ellos se harían con el poder en Telde. No era hombre de diplomacia, lo había mostrado en los días en Tufia, pero sí tenía una fuerte conexión con sus hombres y estos le seguían como el que siente frío y se arrima a la lumbre. Era el momento de llevar su modo de hacer las cosas a toda la patria, de hacer que la gente fuera libre de verdad, sin imposiciones obsoletas ni privilegios para los más fuertes. Los débiles, los diferentes, los comunes, todos eran iguales en la patria que Doramas imaginaba y presentaba a sus compañeros con la ilusión de los primeros días. Por fin lo entendió: debía encontrar el camino y era este. Sin esperar a que las cosas sucedan, ellos harían que ocurriera. Cambio, mejoras, pelo largo, alzados. Eso es lo que ellos eran y eso es lo que querían compartir. Había jurado y no podía atacar a Bentagoche, pero una vez él faltase debían estar preparados.

En aquellas tierras aguardarían el final del guanarteme y su entrada a la capital teldense, pero esa noche tocaba descansar. El viaje con el ganado, los perros y los enseres había sido largo para el grupo.

Doramas por su parte prefirió caminar hacia Tufia y, arropado en la oscuridad de la noche, echarse al mar para encontrarse con ella.

Por fin llegó al islote, salió del agua con cierta dificultad. No fue complicado encontrar la ubicación de la noble Sahar, el fuego marcaba el camino en aquel islote-desierto. Al acercarse Doramas pudo divisar una pequeña choza y en el exterior, cercanas al fuego, a Sahar y su acompañante. Ella se percata de que su amado, perlado por cientos de gotas que recorren su fornido cuerpo se acerca, la apenas mujer sonríe con la gracia con la que el viento mece las hojas de las palmeras en las tardes de primavera. Él por su parte, echó sus pensamientos por un agujero insondable y se encontró a solas con el amor más grande que había sentido en su vida. Allí se abrazaron con la furia de una tormenta, la rebeldía de un drago que brota entre la lava seca y todo el amor por el que un valiente cruzaría un océano. La digna representación de todas estas palabras y muchas más, algunas incluso que no existen en lenguaje conocido.

Doramas y Sahar no han dicho nada todavía, pero con un gesto la joven noble pide disculpas a su amiga/carcelera, que responde comprensiva, y se introduce en la pequeña cabaña con el trasquilado de ojos nobles.

Lo que allí dentro aconteció no puede narrarse con frases a la altura de la ternura y la pasión que mujer y hombre se profesaron a lo largo de toda la noche, así que se mantendrá siempre como un secreto digno de las cosas que son eternas por lo efímeras que resultan.

XIV

—

EL LLAMADO
28 años

Dos años desde que se instalaron en Tejid. Doramas sentía que el tiempo se había detenido desde que se alojan en tierras que los nobles de Telde habían dispuesto para él y sus hombres, hombres que de alguna manera se habían domesticado y no echaban de menos las batallas a muerte por ganado. Ahora la carne, las pieles, los cereales, legumbres y demás sustento llegaban de todas partes a manos de generosos lugareños orgullosos de los alzados que en otra época robaban a los poderosos para entregar alimentos a gente como ellos. Ahora nada hacían excepto organizar retos, ¿quién es más fuerte?, ¿quién levanta la piedra más pesada?, ¿quién maneja mejor las armas? Así pasaban los días para los

antaño valientes forajidos, ahora gente en tierra de nadie. Doramas debía cumplir su palabra ante un juramento que le ataba de pies y manos.

Pero la vida a veces se agita y esa tarde algo pasó. La noticia les alcanzó en el momento más inesperado. Bentagoche, después de tanto tiempo, y tras mantenerlo en lo alto de una montaña de olvido y desprecio, quería conocer a Doramas.

¿Cómo se enteraron? Un grupo de cinco hombres se acercaron al campamento de los alzados en Tejid.

Ante los gritos de rendición, los rebeldes decidieron escuchar lo que aquellos extraños tenían que decir. Lo primero, presentaron sus respetos. La fama de bravos bienhechores de los alzados era suficiente para que esos cinco hombres mostraran su admiración al liberado, como le llamaban por los rincones del territorio.

Abián, a quien aquellos teldenses habían confundido con Doramas, no daba crédito, ¿sería la entrada a la capital, llegado el momento, más sencilla de lo que hubieran imaginado? Los hombres dejan claro que no representan a noble alguno, antes bien son la voz de buena parte del pueblo, aunque traen un mensaje de parte del guanarteme. El de más edad de los componentes de la comitiva, un hombre canoso y de piel ajada, aunque de cuerpo fornido y actitud animosa, ejercía de portavoz.

—Bentagoche quiere verte. Por eso estamos aquí, Doramas.

Abián no quiso sacar al hombre del error.

Calló durante unos instantes y luego preguntó.

—¿Qué quiere de nosotros?

—Hablaría, pero no sé qué es lo que quiere.

¿Se había enterado de nuestras intenciones para cuando él no esté? ¿Cómo era aquello posible?

Nadie de entre sus hombres había visitado Telde, ni entrado en contacto con alguno fuera del asentamiento desde que decidieran entrar a Telde.

—Mucha gente les ha seguido desde los días en la reunión de Tufia. Les siguen los pasos. Son vigilados. Gente de Maninidra y gente de Bentagoche. Se están preparando para la muerte del guanarteme, pero él quiere hablar con Doramas antes de partir.

Abián se preocupa. No nos hemos dado cuenta, quizá somos demasiado confiados en nuestra suerte. Por otro lado, que eviten el combate frontal también demuestra que se han hecho respetar. Además, estos mensajeros se muestran muy cercanos a los rebeldes. Abián es reflexivo y pausado. Al contrario de cuando combate, en el diálogo medita, guarda silencio y es discreto. Críptico incluso. Solo con Doramas comparte la parte oculta que a nadie más confía. Entre pensamientos fugaces, suspira con cierto alivio y sigue el cuestionario.

—¿Quién custodia a Tasarte?

—Hemos podido saber que Faya ha mandado al guayre Nenedán llevar al chico de Bentagoche a Tufia con Maninidra. De allí a Gáldar, donde le espera su tío Tenesor.

—¿Quieren hacer guanarteme al niño cuando el padre muera?

—No tiene la edad, pero con los momentos que se viven, no sabemos.

Otro de los cinco hombres que no había hablado hasta el momento, añadió:

—Cualquier cosa es posible. Nosotros queremos unirnos a ustedes. Queremos ser del bando de Doramas.

Esto tiene que saberlo Doramas cuanto antes.

Solo Abián sabía de la visita rutinaria de su amigo al roque de Gando, así que tuvo que esperar a su vuelta, cuando el sol estaba a punto de salir.

Fue el propio Abián quien, a solas, dio la noticia a Doramas, que no daba crédito a lo que le estaba contando. Bentagoche, aquel hombre que había habitado en su imaginación durante todos estos años, el objeto de su sed de justicia, la personificación de todo lo que se ha podrido, quiere verle, hablar cara a cara con él.

Abián mandó llamar a los cinco hombres, y por fin les presentó al auténtico Doramas. El jefe de los mensajeros, un tanto confuso, volvió a mostrar sus respetos, postrándose, hablando desde el suelo. Doramas se inclinó sobre él y lo irguió enérgicamente.

—Desde aquí podremos mirarnos a los ojos.

Abián intervino:

—Estos cinco quieren unirse a nosotros.

—No somos cinco.

—¿Cuántos son?

—Treinta.

Otro de los hombres habla desde atrás del hombre canoso.

—Y muchos más que no se unirán pero muestran sus respetos, y en caso de ser necesario, les elegirán como bando.

Las historias del trasquilado, ahora de pelo largo, que acorralaba a los nobles en el sur de la isla habían sido ampliamente difundidas por todos los rincones de Telde durante el tiempo que los cuatreros habitaban la zona. Las impopulares decisiones de Bentagoche habían hecho el resto.

Doramas pronto ató cabos ¿A esto se refería el faycán? No eran tantas las dotes adivinatorias del viejo Faya. El tuerto solo se adelantaba a los hechos, conocedor de las simpatías que el alzado despertaba entre las gentes comunes. Bentagoche muriéndose, debilitado en su propio pueblo, el bando de Gáldar demasiado sumido en sus propios problemas como para embarcarse en luchas contra la gente de Doramas. El panorama era más propicio para la entrada de los rebeldes en Telde de lo que esperaban en un principio.

Las cosas nunca son tan fáciles, este aparente encuentro dulce entre el Bentagoche y Doramas asusta más de lo que aparenta al líder de los rebeldes.

Mañana lo pensará mejor, aunque hay que estar alerta, se va a descansar. Está exhausto. Incluso un hombre en plenitud física como él llega a su límite y, tras un viaje de ida y vuelta a nado

desde la costa al roque de Gando y una estancia en el paraíso que Sahar le ofreció cálidamente toda la noche, siente que no puede más.

Se despide brevemente de los mensajeros, recoge un par de pieles de cabra y se aleja del asentamiento. Los cinco hombres que vinieron a conocerle piensan en secreto que no es tan impresionante como susurraban las voces que traían los vientos del sur. A su vuelta lo comentan, un tanto contrariados:

—Ese hombre parecía triste y cansado.

Doramas se instala en un hueco entre palmeras. Un perro le ha seguido sin que él se diese cuenta.

¿Me siguió y no lo oí? ¿Tan mal estoy? Sí, la verdad es que sí.

Pero el cansancio que Doramas siente no es solo físico. El perro se echa a su lado. Qué calor tan agradable desprende el animal. Cierra los ojos, le cuesta dormir del agotamiento. Sus pensamientos se desplazan de un lado a otro, desbocados. Este año ha sido largo y confuso.

Esta noche no duermo.

Pero al rato se queda dormido. Sueña. Está acostado en el mismo lugar donde se quedó dormido. Llega el perro que antes durmió junto a él, ahora le muerde la mano. Doramas trata de sacudirse la mordida y cuando intenta moverse, otros tres perros tiran de cada una de las extremidades restantes. Tiran tan fuerte que cree que le van a arrancar los brazos y las piernas. El guerrero,

atrapado entre las fauces de los cuatro animales, aprieta los dientes y cierra los ojos con demasiada fuerza. Todo va a estallar. Alguien aparece de pronto y espanta los perros. ¿Quién es? Hay demasiada luz, aunque hace un rato era de noche. Todo normal. La vista nublada no ayuda. Le duele todo el cuerpo, se incorpora como puede, levanta la cabeza y consigue enfocar para distinguir quien es la persona que le ayudó. A pocos metros de él, su amigo Gurmad.

—Estás vivo.

—Sí. Muy vivo.

Gurmad sonríe pero sus dientes comienzan a caer de su boca, a cada paso su cuerpo se desarma, la piel se le cae a tiras y la sangre cubre allá donde pasa. Doramas intenta ayudar a su amigo, desesperado. Un momento de lucidez: estoy soñando. Hace fuerza, esa con la que nos desvestimos de los sueños, y despierta.

Se despierta agitado. Se incorpora despacio. El estómago parece ser picado por miles de insectos diminutos y siente un calor frío que se va apagando a medida que cada poro erizado de su piel se va calmando. ¿Qué fue eso? Se enfada consigo mismo. ¿A qué vienen esos sueños? El perro ya no está.

¡Qué mal cuerpo! Nada, hoy no duermo.

Doramas se levanta y camina, está cansado pero ya no tiene sueño. Piensa en el motivo de sus sueños, intenta encontrar su significado, oye una respuesta en su cabeza: ha visto demasiada sangre. Demasiada hasta para un guerrero. Un guerrero que odia la sangre. Odia la muerte.

Odia el odio. Odia con tanta fuerza que le duele el cuerpo.

Algunos pensamientos le ahogan. ¿Si la gente que le acompaña supiera de ellos seguirían confiando tanto en él? No sabe la respuesta, solo sabe que nunca ha podido evitarlos. Dudas. Dudas que le siguen tirando de los cuatro puntos de su pensamiento después de un año. Manidra, ocultando a Sahar. Faya y sus estrategias oscuras. Gáldar, la gran incógnita, ¿tomarán represalias? Y Telde. Sí, Telde, ¿qué pasará a la muerte de Bentagoche cuando expire el juramento? Doramas regresa a su improvisado lecho y se acuesta.

Mañana sabremos qué decidir, ahora es muy tarde y lamento haberme ido de aquel islote.

Allí podría haber pasado el resto de su vida.

¿Gurmad? Sabe por qué sueña con él. Como para no saberlo. La mezcla de culpabilidad y melancolía. No puede pensar en eso, si sigue así, no conseguirá llegar a mañana.

Se imagina en el roque de Gando y su mano se posa sobre la mejilla de Sahar.

—Quiero todo contigo.

Esa frase, pronunciada por ella la primera noche y luego todas las noches en las que se encontraron, se ha grabado a fuego en su mente. Nunca se borrará.

—Yo también quiero todo contigo.

Entonces Doramas, el hombre cansado, se queda dormido.

XV

LA PERLA
26 años

Nació un día en que el astro Venus, al que los canarios llamaban Sahar, resplandecía como ningún ojo vivo en aquella era había contemplado. Su piel al nacer fue pálida, muchos creyeron que por la influencia de la perla en el cielo. Así que todos pensaron en su familia que ese era el nombre de la niña, hija de un legendario guayre, hermana menor de un niño de cinco años llamado Maninidra.

Pronto su piel se oscureció y todo lo que había de Venus en su exterior se escondió en su interior y muchos pensaron que Sahar era su nombre por la pureza de su mirada. La mirada emana lo que las entrañas guardan, así que su nobleza estaba fuera de toda duda. Como dicen

los ancianos, se debe atender más a la mirada del sabio que al discurso del necio. Con el paso del tiempo, esa sabiduría, que antes fue solamente nobleza, fue acreditándose con cada acto en el seno de su familia, con cada presentación pública. Una joven de la familia Semidán, una mujer valiente y con aplomo, diferente a las otras de su edad. Como dicen las ancianas, ser diferente es la bendición del primer pájaro que voló, que tuvo la dicha de estar en el cielo, pero también su maldición, ya que sufrió la envidia de los pájaros que se quedaron en el suelo. Esto le hizo ser una persona solitaria. Aunque a los ojos justos y alejados de la inquina, Sahar guardaba a Venus en su interior, luz radiante en la inmensa oscuridad.

Esto le contó Sahar a Doramas en su tercer encuentro a solas, lo contó como una condena o una cosa mala, como si todo ello no fuera inmensamente bello. Quizá lo que terminó de hacer que la fragancia de su alma se colara por las rendijas del muro y llegara al centro de todo lo que era Doramas.

Sahar añade a su relato:

—Había en mi garganta un grito de ira y de soledad y de hartazgo. Un grito enorme sin palabras que quería salir. Pero ahora ya no está. Y puede que tampoco mañana.

Doramas no dice nada pero la mirada se vuelve fuego que no quema, agua que no ahoga y se apaga el grito de su propia garganta.

XVI

—

LA CORDURA DEL LOCO
13 años

Eran los tiempos en los que Doramas y Abián visitaban a Maraguya a escondidas. Ese hombre fascinaba a Doramas. ¿Estaba loco? No había duda, pero era realmente increíble. Maraguya había sido carnicero, pertenecía a la casta de los apestados.

En el mundo de los canarios, los hombres comunes no mataban a su propio ganado, no tenían contacto con las vísceras o con la sangre. Cuando había necesidad de sacrificar a un animal para comerlo o aprovechar su piel para confeccionar la ropa con la que los canarios se vestían, llevaban sus reses al asentamiento de los carniceros. La carne les era devuelta desangrada y la piel, curtida, con o sin pelo, según la ne-

cesidad. A cambio, los carniceros recibían ropa, cerámica, grano o cualquier cosa que quisieran aceptar. Ellos eran obligados a rasurar sus cráneos. Era la forma de reconocerlos fácilmente y así los comunes podían evitar el contacto en lo posible. Un carnicero solo tendría relación con otro carnicero. Esa era tu clase si tu familia pertenecía a ella, aunque también podías convertirte en carnicero si caías en desgracia, degradado por el faycán o algún noble que impartiera justicia.

A Maraguya esta condición le venía por su estirpe. Su padre fue carnicero, y el padre de su padre y así hasta los tiempos en los que la Madre Solar nos dispuso sobre esta tierra. Pero él, siendo un hombre ya, decidió que no sería más un carnicero. Y se marchó. Cuenta que dejó cosas atrás, algunas que echa mucho de menos.

—¿Pero no somos hombres libres?

Preguntaba con su sonrisa llena de dientes ruinosos.

Doramas sabía de casos en los que cayendo en desgracia alguien era relegado a la condición de carnicero, el camino inverso era desconocido, ¿un carnicero que consiguiera escalar para ser un trasquilado? El niño solo había oído el caso de Maraguya, bien es cierto que él conocía muy poco del mundo fuera de su pueblo. Así, aquel hombre loco caminaba entre la gente común con pelo en la cabeza, sin nada que temer. A Doramas le parecía admirable.

Una tarde, meses después del incidente con Gurmad, Doramas fue a visitar a Maraguya, acompañado de su inseparable Abián. La cueva

del loco estaba a las afueras del pueblo, y se accedía a ella atravesando unos matorrales muy altos entre los cuales se advertía un angosto y serpenteante camino. Los matorrales raspaban la piel de aquellos que decidieran aventurarse a entrar al sendero, pero al ser preguntado por la poda de las molestas ramillas, Maraguya siempre respondía:

—Es importante recordar que el hogar es un regalo.

No entendía una palabra, pero esa frase gustaba a Doramas, esa y otras tantas sentencias que formaban parte de la demente sabiduría de Maraguya.

Esa tarde, Doramas y Abián esperaron a la entrada y silbaron para avisar de que allí estaban. Abián:

—No creo que esté dormido. Hemos silbado mucho.

Los dos niños regresaron a sus casas.

Así hicieron durante varios días y no había ni rastro de Maraguya. ¿Le habría pasado algo? ¿Y si está dentro de la cueva? ¿Enfermo? O algo peor. Decidieron hacer lo que nunca imaginaron: entrar sin permiso al hogar de Maraguya. No encontraron al hombre allí dentro.

Al principio estuvieron preocupados. Pasaron los días, las semanas, los meses, y el nombre de Maraguya fue desapareciendo de las conversaciones de los dos niños. Hasta que un día, apareció.

Abián, completamente empapado, entró como una lagartija inquieta en la cueva de Do-

ramas y sus hermanas, que se encontraban a punto de dormir. Afuera llovía con fuerza y el viento empujaba las tremendas gotas contra la cara.

—¡Maraguya ha vuelto y un niño de nuestra edad llegó con él! Escuché a mi padre hablando con otro. Era él, no había duda.

Desoyendo los consejos de su hermana Tasat, Doramas cogió una piel y se la echó por encima, las palabras que salían de la boca de su amigo merecían eso y más.

—¿Quién es ese niño que vino con él?

La lluvia impedía que los dos amigos se escucharan con facilidad, hablaban casi a gritos, con gesto regañado y apretando los puños contra el pecho para aminorar el frío que calaba hasta los huesos.

—No lo sé.

Atravesaron el sendero tupido de enmarañada vegetación y con los raspones habituales llegaron a la entrada de la cueva de Maraguya. Del interior emanaba luz, allí debía de estar el hombre. Doramas, del entusiasmo, olvidó avisar de que iba a entrar y movió la precaria puerta, que se abrió chirriante. Maraguya, de espaldas a la puerta, se giró velozmente levantándose, y les gritó que salieran inmediatamente de allí, empujando a los niños que apenas habían puesto un pie en su cueva. Cerró de un portazo. Las caras de Doramas y Abián bajo la lluvia, completamente empapados, eran un claro indicativo de la mayor confusión. ¿Había un niño en la cueva?

—Yo lo vi, aunque apenas me dio tiempo.

Desde dentro se oyó gritar a Maraguya.

—¡Maleducados! ¡Avisen antes de entrar!

Doramas silbó y al poco Maraguya les abrió la puerta con la mayor amabilidad.

—¡Amigos! Bienvenidos a mi casa.

Sí, había un niño allá dentro. Maraguya acercó a Doramas y a Abián a la lumbre y ellos pudieron observar mejor al chico. Debía de tener su misma edad, el pelo completamente rasurado, muy moreno de piel, delgado y ojos rasgados. Maraguya lo presentó con la mayor de sus sonrisas.

—Mi querida Tissent.

Era una niña, hija del propio Maraguya. ¿Cómo era eso posible?

—Vengan, siéntense.

Doramas y Abián no dijeron nada. Se sentaron junto al fuego y observaron de reojo a la tímida niña, que ahora, mejor visto, realmente tenía un parecido con su extraño amigo. Esos ojos rasgados. Sí, eso era, la mirada como un halcón.

—Tissent vivía con su mamá, que ascendió al sol o camina por los bosques eternos. Depende de lo que quieran creer. Allí estará su madre que era una mujer llena de virtudes.

Doramas:

—¿Dónde estabas, Maraguya?

—¿Dónde iba a estar? Con ella. En cuanto supe, me fui al pueblo de los carniceros con Tissent. No necesitaba un padre loco, pero ahora que su mamá no está, sí necesita a un padre, loco o no. Y aquí estoy con ella.

Mientras hablaba, Maraguya se levantó y se dirigió al fondo de la cueva.

—Por si se lo preguntan, no va a ser una carnicera.

Maraguya cogió un gánigo para acercárselo a la nariz.

—¡Por mis ancestros! Esto huele fatal. Debe de estar mala. Voy a tener que cocinar la carne aquí adentro, no para de llover y nos morimos de hambre. ¿Verdad, Tissent?

Tissent miró a su padre con retraimiento y asintió con un pequeño gesto. La niña era tímida pero no parecía estar incómoda, una leve sonrisa se escapaba de su boca. Doramas continúa con su interrogatorio.

—¿Ella va a vivir contigo ahora?

—Sí.

Maraguya puso dos trozos de carne bien cortados sobre las brasas.

—¿Quieren comer? Lo que no saben los trasquilados es que los carniceros nos reservamos la mejor carne para nosotros.

Los niños no podían rechazar aquel ofrecimiento y cenaron mejor de lo que solían.

Así conocieron a Tissent, la hija del loco, como la empezaron a llamar en el pueblo.

Tissent se unió pronto a Doramas y Abián. Lo normal es que hubiese practicado con las niñas el trenzado de junco, la elaboración de tamarcos, aprendiese a trabajar el barro o a pintar las pieles o la cerámica. Pero a la niña carnicera no le interesaba nada de aquello. Acompañaba a uno o a otro con el ganado, ordeñaba, sembraba,

recogía, cargaba y jugaba a ser la más fuerte. Luchaba cuerpo a cuerpo, trepaba y lanzaba con la habilidad de los que se esfuerzan a diario. Tissent tenía una energía inagotable que superaba con creces a sus dos amigos.

El pelo fue creciendo en el rasurado cráneo de la hija de Maraguya, creció la confianza de la niña con Doramas y Abián. No era muy habladora con la gente en general, especialmente con los mayores, pero con ellos dos no cesaban las conversaciones inacabables. Continuamente retaba a sus amigos con los más variopintos desafíos. Corro más que tú, trepo más alto, soy más lista. Inundada de vida, desbordada de ganas, su sangre estaba hecha de la lava de un volcán que nunca se apaga.

Doramas sabía que compartían la falta de madre y pensaba que ese era el motivo del cariño especial que sentía por Tissent. Lo que el pequeño trasquilado no sabía es que aquella niña se había adueñado de su corazón porque era irresistiblemente divertida. El complemento perfecto para Abián y para él.

Desde que su hija llegó al pueblo, Maraguya parecía menos loco. Ya no advertía a todo el mundo de que el sol no saldría o de que el fin de todo estaba cerca. Esto hizo sospechar a Doramas:

—¿Tú no estás loco, verdad?

—Lo estoy y siempre lo estaré. No puede huir uno de lo que es.

A Doramas no le convenció aquella respuesta. ¿Se había hecho pasar por loco para que

le dejaran en paz cuando decidió ser un trasquilado? Seguro. Maraguya nunca respondió tal cosa.

XVII

—

GURMAD
13 años

Excremento de cabra.

Bobo.

Hijo de guirre.

Cara de perro desdentado.

Bastardo.

Inútil.

Flojo.

Doramas camina enfurecido, tenso, los nu-

dillos van a explotarle y su puño, ensangrentado, se vuelve duro como una roca.

Es menos que la tierra que piso. ¡Qué odio le tengo!

Acaba de pegarle varios puñetazos en la cara a Gurmad. El primer puñetazo lo tumbó, los otros diez ya fueron en el suelo.

Molesta a mis hermanas. Se ríe de mi padre. De que es cojo. Maldito sea él y su estirpe. Pero lo de hoy no voy a perdonárselo nunca.

Meses antes de la llegada de la hija de Maraguya, ocurrió el incidente con Gurmad. Las riñas de los dos niños, antagonistas desde siempre, no pasaban de breves encontronazos, insultos, amenazas y pequeñas trifulcas que no terminaban tan mal como hoy. Ni de lejos. Gurmad pasó una línea que no debió cruzar.

Ha insultado a mi madre. Mi madre amada. Mi madre preciosa. Mi madre muerta.

A partir de ahí todo fue furia descontrolada, violencia desbocada. Abián intentó frenar los golpes agarrando a Doramas por la espalda, pero era imposible detenerlo. Solo un grito de su amigo logró pararlo.

—¡Lo vas a matar!

Era verdad. Lo iba a matar.

No porque quisiera. Lo que le impulsaba era algo más profundo y oscuro que querer algo. Lo necesitaba, sintió miedo de sí mismo. Un miedo tan fuerte que le hizo levantarse del estómago de Gurmad. No dijo nada, no miró a nadie, ni a los amigos cobardes de su enemigo, que miraban la escena con pánico pero sin intentar salvar a

su amigo/jefe, ni a Abián, que observaba a Doramas con una mezcla de tristeza y miedo. La cara de Gurmad estaba llena de sangre.

De aquello no se volvió a hablar. No sabía si Gurmad le había contado a su padre lo ocurrido. Su padre y el de Doramas eran buenos vecinos. Cuando su madre murió, el hombre se interesó por él y sus hermanas e incluso atendió varios días al ganado de la familia. Era un buen hombre. Qué desgracia que le hubiera salido un hijo así. Pero en todo caso nadie vino a reprender a Doramas, nadie más le habló del asunto. Pasados los días, Abián fue a buscarle y siguieron su amistad como si nada hubiera ocurrido.

Volvieron a encontrarse con Gurmad y su banda, pero pasaban de largo, como si no existieran. Podría decirse incluso que los antaño fastidiosos niños ahora trataban de evitarle. No volvió a incordiar a sus hermanas, a gritarle desde lejos o a lanzarle piedras.

Poco después llegó Tissent al pueblo y un año y un mes después, ocurrió algo que cambiaría las vidas de aquellos niños.

Nadie recuerda como aquellos tres hombres enviados desde la capital del guanartemato, llegaron hasta ese pueblo aislado donde comienzan las montañas teldenses. Era guerreros, hombres del guanarteme, se les reconocía por sus escudos, sus emblemas y por las insignias grabadas en su piel. Pero aunque no tuviesen ninguno de esos elementos serían igualmente reconocibles por su actitud. Altivos, distantes, dignos, caminaban entre las cuevas y el abismo con la misma soltura

que un nativo de las montañas, nada mal para ser gentes de llano. Iban con paso presto, buscaban algo o a alguien.

Doramas, Abián y Tissent les seguían, curiosos y con cierto aire de preocupación. El más bajo de los guerreros, que parecía ser el líder por tomar la iniciativa e ir delante del trío, se percata de la presencia de los niños a unos metros de ellos y con gestos hoscos les pide que se retiren. Un hombre de madera, no puede ni moverse de lo fuerte que está, y no tiene cuello, sus hombros parecen habérselo comido. Pero los niños no obedecen, tan solo simulan haber acatado la orden y toman más precaución.

Los guerreros se detienen a hablar con una mujer que se encuentran en el camino. Los niños no podían escuchar nada, estaban a demasiada distancia. La lugareña parece indicar la dirección a algún lugar a los tres hombres que, tras escuchar atentamente, continúan su marcha. A poco descubren que la terna de extraños se desvía hacía el camino que lleva a la casa de Maraguya. Para cuando entran los tres pequeños al sendero, los hombres ya deben haber llegado a la cueva del padre de Tissent, así que deciden correr, preocupados.

Cuando llegan se encuentran a Maraguya siendo agarrado por uno de los guerreros. El pequeño hombre que parece hecho de madera agarra el cabello al carnicero y con una afilada piedra comienza a rasurarle el cabello. Maraguya no se queja ni se lamenta, no pide ayuda o trata de zafarse. Se deja hacer.

—Por designio de nuestro guayre rasuramos tus cabellos, pues eres carnicero y no debes llevar pelo en tu cabeza.

La brusquedad de la operación hace que la cabeza de Maraguya emane sangre.

Los niños observan atenazados entre los matorrales que les protegen de las miradas de los guerreros. No podía soportar más ver sufrir a su padre en silencio Tissent se lanza contra el hombre que rasura el cabello a su padre y este se la quita de encima de un manotazo.

—Debes de ser su hija. Tú también volverás con los carniceros.

Doramas coge algunas piedras del suelo y empieza a tirárselas al hombre que amenaza a su amiga y al otro que la agarra como puede para que no siga atacando a su jefe. Siempre tuvo buena puntería, el tercer lanzamiento impacta en la boca, rompiendo varios dientes al líder de los tres guerreros. Llueven decenas de piedras. Repentinamente, Gurmad y sus amigos se unen a la causa. Los hombres sueltan a Maraguya y a la niña para protegerse como pueden de los ataques de ambos flancos. El guerrero de la boca rota levanta su arma amenazante, pero sus dos compañeros lo calman entre gritos.

—¡Son solo niños!

—¡Esos niños me han destrozado la boca!

—¡Vámonos!

Los tres hombres se marchan sin mirar atrás, pasando al lado de Doramas y Abián, que pese a que nunca lo reconocerá por más que pasen los años, se ha hecho pis encima. Esos impre-

sionantes guerreros derrotados, heridos en sus orgullos de adultos, por apenas tres niños. Mientras Tissent metía a la cueva a su dolorido padre, y Abián trataba de explicar el charco de agua que se formó en su faldellín de piel, Doramas miró a los ojos de Gurmad y encontró por primera vez a un igual. No un amigo, algo distinto, pero igual de importante.

Pocos días después el faycán de la zona anunció una visita al poblado. Que ellos recordaran, jamás alguien tan importante había visitado el lugar. En alguna ocasión recibían visita de ayudantes de una u otra institución. A modo de alcalde tenían una especie de jefe del poblado que a veces bajaba a Telde a reunirse con el guanarteme. La visita de aquel faycán fue una noticia impactante. Hacía muy poco que ejercía como tal, pero se había ganado el respeto y la admiración de todos por su vuelta a los orígenes, dando especial importancia a las tradiciones. Según decían, aquel hombre poseía un amplio conocimiento del mundo visible e invisible. Su nombre era Faya.

Faya pidió verse con todos los niños y niñas del poblado y así hicieron, organizaron el encuentro en un campo de cosecha.

Esperaban los niños y las niñas, ruidosos, expectantes, jugando aquí y a allá, apenas controlados por unos cuantos adultos, padres y madres de este o del otro. Maraguya no acudió, desde el incidente no salía apenas de casa. Quien sí estaba era Gurmad, que por primera vez en mucho tiempo miró a Doramas a los ojos. Este

le correspondió con una sonrisa nada premeditada, sincera y pura.

Faya apareció con su impactante gorro en forma de cúpula, su larga barba recogida en una trenza y su túnica cosida excelentemente, de tal manera que no se apreciaban las costuras por ningún lado. La túnica blanca, que le llegaba hasta los pies, estaba atravesada por largas y finas líneas de color ocre, paralelas entre sí. Una gran capa de piel con pelo profundamente negro le daba un aspecto imponente. Llegó y todos callaron. Saludó a todos en conjunto y alabó la valentía de la gente del lugar. Allí habló de la importancia de acatar la voluntad de los nobles, los que tenían visión para llevar el destino de los hombres libres.

De diez formas distintas, pero eso fue todo lo que dijo. Cuando hubo hablado se fue, y nada más ocurrió relacionado con el intento de convertir de nuevo a Maraguya en un carnicero. Nadie volvió a molestarle.

Gurmad se convirtió desde aquel día en compañero de Doramas y Abián. Se alejó de sus amigos de la niñez, aquellos interesados únicamente en los triviales asuntos del poblado. No fue algo repentino, pero casi. No se necesitó pedir perdón, cerrar heridas o aclarar las cosas. Marcados por aquel día en el que descubrieron que uniendo fuerzas eran tan fuertes como para vencer a gente más poderosa que ellos mismos. Ambos miraron adelante, descubriendo a cada instante todas las cosas que les unían, que no eran pocas.

Y así hasta que llegó el día en el que Doramas les dijo que se dejaría el pelo largo.

XVIII

—

DORAMAS, HIJO DE DORAMAS
13 años

Triste. Nostálgico. Perdido. Solo. Mi padre.

Al día siguiente de haber lanzado las piedras a los tres guerreros, el padre de Doramas no pasó a buscarle. El niño esperó durante mucho tiempo a que llegara. No llegó. Sus tres hermanas se marcharon temprano y él se quedó solo. Cuando ya no pudo más, decidió ir a buscar a su padre a la cueva donde dormía, la que habitaron con su madre. Desde que ésta falleció, Doramas padre ubicó a sus hijas en la cueva que habitaron sus padres. El niño se encontró con el adulto, que caminaba aún más renqueante que de costumbre.

—Me he levantado con dolores.

Doramas sospechaba que su padre sufría

continuamente, pero esa era la primera vez que escuchaba algo parecido a una queja en su boca. Para que Doramas padre no se hubiese levantado temprano, los dolores tenían que ser realmente insoportables, pensaba el niño.

—Hoy no vamos a ir a trabajar. Hoy vamos a caminar hasta la fuente.

Padre e hijo emprendieron rumbo a un manantial, de donde el poblado se abastecía de agua. El camino le resultaba al niño muy agradable, porque era un destino al que no solía acudir. Sus hermanas eran las encargadas de ir a buscar el agua, no él. Un entorno frondoso, en unos montes flanqueados por barrancos a ambos lados, engalanado ese día por un sol que a veces se tumbaba sobre unas finas nubes blancas que daban un aspecto especialmente encantador al cielo. Esa zona estaba fundamentalmente poblada por dragos de gran altura. Desde ese día aquellos árboles siempre le recordaron a su padre. Doramas padre cogió la tabona que siempre llevaba entre el fajín y el tamarco y la hundió entre las carnes del árbol, que empezó a emanar sangre. Una savia de un profundo color rojo, espesa y a tenor de como la trataba su padre, muy especial. El padre de Doramas puso una mano sobre el tronco y agradeció al alma del árbol aquel regalo. Luego sacó de su zurrón algunos higos y los untó con el ungüento que acababa de sacar del tronco del árbol. Ambos comieron y en silencio continuaron el camino.

Llegaron a la fuente, una caída de agua de varios metros de altura que tenía su final en una

charca bastante grande que cubría hasta las rodillas en su parte más honda. El sonido era atronador, cantidades colosales de agua descendían desde lo alto.

Ambos se despojaron de sus ropas y bajo aquella cascada agradecían al espíritu del agua que limpiase el lodo que se alojaba en el alma. Aunque bajo aquel torrente impresionante, observando a su padre entre las furiosas hileras de agua, Doramas sintió que había lodo imposible de erradicar incluso para aquel líquido sanador.

Padre e hijo no habían dicho una sola palabra desde que salieron del poblado. Ahora estaban sentados observando el manantial, Sin apartar la vista del agua, Doramas padre dijo :

—Estoy orgulloso de ti.

Doramas miró a su padre con la esperanza de haber escuchado bien.

—¿Orgulloso?

—Sí, mucho.

Doramas no dijo nada, pero de pronto la sonrisa de dentro se hizo con sus entrañas y sintió que el cálido sol de primavera era ahora más una caricia que una bofetada, como hace un momento. El padre siguió hablando:

—Lo que hiciste ayer es lo correcto. Defendiste a un indefenso. Eres un hombre fuerte. También eres un hombre débil. Entiende eso. Nuestros ancestros van a estar orgullosos de ti.

En aquel momento Doramas creyó entender aquellas palabras a las que no siguieron muchas más aquel día. Las guardó como un tesoro junto a los árboles, las rocas, y el agua. Lo metió todo

en sus recuerdos, y cada día recreaba la escena en su imaginación para no olvidarlo jamás.

Padre e hijo regresaron y nunca más volvió el niño a tener un día como aquel. Pese a todo, ese instante acercó a Doramas a su padre más que años trabajando a su lado.

Al poco de su marcha del poblado para ser un forajido, cuando comenzó a germinar la semilla que se plantó en la cabeza del niño ante la torre de los extranjeros, el padre de Doramas falleció. El alzado se enteró a través de un contacto en un pueblo del sur de la isla, donde habitaba en aquel momento.

Muchos años después sintió que por fin había entendido la frase de su padre a los pies de la fuente. Había subido a las medianías de Telde, donde se crio, para ir a visitar la cueva donde los restos de sus padres descansaban. El día anterior recibió el mensaje de parte de Bentagoche, quería tener una audiencia con él en Cendro, la zona de Telde donde el guanarteme tenía su residencia. Al despertar de una incómoda noche decidió subir completamente solo. ¿No era peligroso? Doramas calmó a su amigo Abián, y partió rumbo a sus orígenes.

Pasó por delante de la cueva donde vivió con sus hermanas, ahora ocupada por su hermana pequeña, Fatit, y su familia. Gritó desde fuera y una gran sonrisa le dio la bienvenida ro-

deada de niños, uno de ellos llamado Doramas. Habló, rio, agradeció la bebida y se despidió, no tenía mucho tiempo. Fatit quiso contarle una última cosa con brillo en los ojos: lo feliz que era por ser hermana de Doramas, tan querido por el pueblo de Telde.

—¿Tanto?

—Sí, hermano.

Pasó por delante de la cueva de su padre, ahora un improvisado granero familiar, e incluso por delante de la cueva de Abián. Estuvo tentado de seguir el camino que llevaba a la residencia de Maraguya, y los ojos centellearon inundados por tímidas lágrimas al recordar a Tissent. Y a Gurmad.

No hay tiempo que perder. El sol comienza a irse. Un instante para agradecer a la madre sol. Doramas estaba conectado de boca para adentro con sus creencias. No gustaba de impartir lecciones, adoctrinar o imponer ideas, sentía cuando se dejaba sentir, o cuando podía, si lo oscuro no le arrinconaba. Era entonces cuando conectaba con el alma de las cosas. De todo. Últimamente no había conseguido dejar atrás el mundo en ningún momento. Pero cuando conectaba, sentía de verdad. No adoraba a la piedra, sentía el alma de la piedra. No creía en el sol, sabía que el sol hundía sus raíces en una creación demasiado poderosa como para no admirarla y amarla en la infinitud de la existencia. Tales eran las naturalezas de sus creencias. Y así, un momento hablaba con un antepasado, o con todos, o con su padre o con su madre. Agradecía, y algunas veces, pocas,

se quejaba amargamente.

Escalando un tramo, accedió a la cueva donde su familia descansaba, se postró antes los restos de sus padres que yacían juntos, tal y como había solicitado su propio padre el día después de que su mujer ascendiera al sol.

Doramas agradeció con las mejores palabras que encontró a todos los ancestros que dieron vida y caminaron bien o mal sobre la tierra. Sus pensamientos le llevaron al primer hombre, a la primera mujer de su estirpe, la estirpe de todos, y a la fuerza que emana desde el principio. Agradeció a la luna, las estrellas, el mar, la tierra, las montañas, los animales. A los hombres había que agradecerles menos, pero también formaban parte del espíritu. Abrió los ojos y lo elevado se hizo polvo cuando su mirada se hundió entre las pieles que envolvían a su madre. Su pelo de trigo, sus ojos de cielo, sus manos que acarician los pelos del niño como un canto del pájaro se desliza por los oídos alegrando las entrañas.

Allí le invadieron todos los sentimientos y allí se quedó dormido después de mucho tiempo. Lo que soñara en aquel lugar era un designio, así era la tradición.

Despertó antes del amanecer y para cuando fue a salir de la cueva se sintió tentado de decirle a su padre:

—Padre, vamos por última vez a la fuente.

XIX

—

TELDE
28 años

Es un día gris de incipiente llovizna. El aire sopla con fuerza dando vida al ropaje y al largo y ondulado cabello de Doramas mientras avanza en la vanguardia de la comitiva de cuatro hombres, entre ellos Abián y Usem, que va camino a la cita con Bentagoche, en Telde. Avanzan entre las majestuosas palmeras de la fértil tierra teldense, mecidas apenas por el viento impetuoso. El ruido de las hojas entrechocándose y las pisadas de los hombres sobre la tierra del frondoso palmeral es lo único que se escucha. Los pájaros no cantan hoy.

Dejan atrás las palmeras, ante ellos una llanura donde se suceden los cultivos de cebada, trigo y lentejas. Aquí y allá, higueras y algunas

palmeras aisladas de donde aprovechan las támbaras o la madera. Los pocos campesinos que trabajan bajo las amenazantes nubes preñadas de agua que tanto anhelan en una primavera extrañamente seca, saludan con respeto a la comitiva. Sin duda, la fama precede al grupo de hombres alzados. Dicen en la oscuridad de los susurros que la sequía que viven los teldenses es un castigo por el designio, ya caduco, de Bentagoche de matar niñas con la excusa de establecer un controvertido control de natalidad.

Guanarteme de Telde, ese desalmado. ¿Qué querrá decirle? ¿Para qué le ha llamado? El propio Doramas se pregunta al ver a los campesinos la razón por la que no entra a derrocar al guanarteme. Invadir con sus guerreros, tomar el poder por la fuerza, matar al tirano. Pero algo, quizá el peso de los años que ha ido arrinconando al impulsivo que fue, hace que la precaución haya ganado terreno en las emociones del jefe alzado. Escuchará, ya luego decidirá.

El río que lleva el nombre de la ciudad corre violento en esta época en la que aún se está deshelando la cumbre. Desde la altura a la que se encuentran, acercándose al propio río, divisan con nitidez los dos pueblos hermanos que forman la ciudad de Telde, al noreste Tara y al noroeste Cendro, lugar de residencia de Bentagoche.

Localizada en un promontorio en el margen norte del río de Telde, Cendro se presenta como un fortín ascendente de casas y cuevas, de gran número, amuralladas y apelmazadas, superpuestas entre sí, que denotan la riqueza y de-

sarrollo del asentamiento. Una parte de ellas, hecha en lo alto, sobre el suelo, la de las casas pequeñas y de planta circular, era para los pobres; y otra parte, en la falda del monte, con estructuras de piedra trabajadas con suma industria, como antesala de las cuevas labradas, era el hogar de nobles y ricos.

Doramas tuvo una idea desde el principio: no accedería a Telde desde abajo, rodearía el monte para entrar por la parte superior de Cendro. Desde ahí descendería hasta la residencia del guanarteme. Quería conocer el lugar desde sus entrañas.

Y así hacen, dejando atrás el río por el paso de piedras preparado para tal efecto, cruzan hacia el gran pueblo. Un regimiento de unos veinte guerreros les espera para ejercer de escoltas, camuflados de simpáticos anfitriones. Doramas reconoce enseguida a Nenedán. Esas ojeras no se olvidan fácilmente.

—¡Bienvenidos!

Nenedán se acerca a Doramas y agarra con fuerza el brazo ofrecido por el nacido trasquilado. Así quedaron unidos en el saludo, agarrándose mutuamente a la altura del codo. El gesto de Doramas, sin ser hosco, muestra la altivez del que desprecia con mesura.

—Cendro les da la bienvenida.

—*Tanemirt*. Nuestra intención es conocer el lugar, queremos acceder a la parte superior e ir descendiendo.

—No es posible. Bentagoche espera.

—No es un ruego.

Nenedán, que no era un hombre excesivamente valiente, accedió a la petición/exhortación de los alzados y junto a sus veinte guerreros acompaña a la gente de Doramas, rodeando el pueblo y ascendiendo hasta la zona más pobre de Cendro.

Se presenta ante ellos el numeroso grupo de casa, hechas de piedras bien cortadas y parejas. Doramas, pese a haber nacido a las afueras de la capital del guanartemato de Telde, nunca había pisado esas calles. Allí ya no se notaba el viento.

Las viviendas están cubiertas de terrado y hojas de palma muy bien construidas, de puertas bastante estrechas, todo a modo de hornos, sin corral, ni patio, ni ventana para que la luz llegue al interior. El suelo empedrado con suma precisión con guijarros de tamaño mediano, sorprende a los rebeldes. Las serpenteantes callejuelas desprenden un aroma laberíntico escondiendo una sorpresa a cada giro. Pieles curtidas pintadas con enseñas familiares colocadas sobre los muros a modo de estandarte, estructuras de madera donde se cuelga el pescado salado o la carne seca, niños corriendo por allá, niñas sentadas sobre algunas piedras a modo de bancas haciendo cestas a la entrada de una casa, mujeres y hombres que comienzan a amontonarse por las estrechas calles para observar el paso de los extraños de los que tanto se ha hablado durante la última época por las calles de Cendro.

Comienza a llover sobre las cabezas de los teldenses. Es un buen augurio. Doramas cincela en su memoria cada rincón, cada elemento, cada

gesto merecedor de ser recordado. De pronto comienza a suceder. Al principio es apenas un murmullo, pero al poco, se oye con nitidez. ¡Doramas el liberado!, esa es la frase que las gentes de Telde vociferan para el trasquilado de pelo largo que observa con sorpresa y emoción aquella súbita muestra de aliento por parte del pueblo de Telde. Los más humildes están con el alzado y sus hombres. La piel se eriza, las pupilas se dilatan dentro del ojo húmedo, pleno de humanidad. La frase es grito y las voces agitan las almas de los rebeldes. Doramas se gira un instante para alcanzar con la vista a Nenedán, que mira a un lado y a otro de reojo, visiblemente contrariado.

Por fin llegan al final de la zona humilde y comienza el descenso por las largas calles que dan a la zona noble. Por allí el recibimiento no es tan agradable. Tampoco desagradable, no hay recibimiento. A medida que bajan, las casas son más grandes, y descubren entradas a cuevas finamente rematadas en muros sobre los que se observan impresionantes portones para entrar.

Ante una plaza amurallada, la cueva residencial del guanarteme, precedida por dos grandes pilares de madera de la altura de dos hombres, coronadas por sendas figuras. Unos ídolos de cerámica en la cúspide de las cúpulas, de silueta femenina, anchas en sus caderas y de grandes hombros. La única diferencia apreciable radica en sus cabezas: Una tiene facciones de carnero con la boca abierta. La otra, rostro de mujer.

Dos grandes portones guardan la entrada

del palacio-cueva de Bentagoche, donde luce un impresionante estandarte de piel curtida, mostrando los símbolos de la familia Semidán, la estirpe más noble de los hombres y mujeres canarios, a la que pertenecen los guanartemes, tanto el de Gáldar como el de Telde. La comitiva cruza la plaza, son detenidos a cierta distancia de la cueva, custodiada por diez guerreros más.

Nenedán habla:

—A partir de aquí, solo tú.— Doramas asiente y Nenedán añade — Espera aquí.

Dos de los guardianes abren los portones y el guayre de Telde se introduce en la cueva. Al poco, Faya, el faycán, sale con gesto serio y se planta ante Doramas. Desde Tufia, el religioso y el alzado no se han vuelto a encontrar. Doramas:

—Veo que te alegras de verme, Faycán.

—Los gritos se han oído desde aquí. No comentes nada al respecto. El guanarteme está enfermo, sufre de fuerte dolores de cabeza. Guarda respeto. Recuerda que si has podido establecerte en Tejid es por su voluntad. Y la mía. Lo juraste.

—También me alegra verte.

—Deja aquí tu arma. Jura por los ancestros, el Sol y la Luna, que no cometerás actos de violencia contra el guanarteme o algún otro hombre.

—Juro ante el Sol, la Luna, las estrellas y los ancestros que no cometeré acto de violencia contra Bentagoche.

El faycán clava su único ojo en el rostro de Doramas, quiere que sepa que está molesto. Doramas completa su juramento con una sonrisa

burlona:

—En el día de hoy.

Faya intenta no sonreír ante la insolencia del joven. El pensamiento de que el hombre que tiene en frente es un peligro se mezcla con lo que ve en la profundidad de su alma. Justo cuando ese pensamiento se cruza por la mente del faycán, Doramas deja sus armas a Abián. Faya piensa: Este hombre puede ser capaz de lo peor o de lo mejor.

Doramas y Faya acceden a la cueva-palacio de Bentagoche. El interior es imponente. Lo primero tras pasar el umbral de la entrada es una gran sala que recibe al visitante, llena de ídolos de cerámica colocados sobre grandes rocas labradas con símbolos ancestrales. Las paredes pintadas de ocre hasta la mitad y de ahí hasta el techo varios triángulos que apuntan hacia arriba a modo de cenefa interminable. Esa estancia da a un profundo pasillo apenas iluminado por algunas antorchas que dotan al lugar de un aspecto crepuscular.

A medida que avanzan por el gran pasillo central, el aire se vuelve denso. Van dejando a un lado y a otro habitaciones cerradas con puertas de madera de excelente acabado. Es el lugar más espectacular que jamás ha visto Doramas.

Al llegar al final del pasillo se encuentran con una gran sala en la que se produce el encuentro. Allí está Bentagoche. Echado sobre una improvisada cama en el suelo, no se aprecia de que está hecha, pero la piel sobre la que reposa el orondo cuerpo del guanarteme es negra como

la noche sin luna. La estancia no es muy grande, aunque posee las pinturas más impactantes que cualquier teldense puede apreciar. Emblemas en rojos, blancos y negro, círculos, triángulos y líneas, bailan sobre la pared en una coreografía de perfecta simetría. Nada más en toda la habitación. Solo aquel hombre rollizo y pesado, de cansados ojos grandes y oscuros. Su cano pelo largo, recogido en una única e inacabable trenza, se balancea ante los patéticos esfuerzos del enfermo Bentagoche que, enfundado en la túnica más grande que se haya hecho en toda canaria, se esfuerza tosiendo para finalmente ponerse en pie. Solo Faya se interpone entre Doramas y el guanarteme.

Le cuesta respirar, pero Bentagoche habla con mucha seguridad, con voz rugosa y grave mientras se acerca lenta y costosamente a su huésped.

—*Tanemirt*, astros, por este día en el que Doramas visita mi palacio.

El guanarteme de Telde habla poniendo las manos sobre los hombros de Doramas.

—Bienvenido.

Si no fuera porque es casi imposible, se podría decir que Doramas se encuentra algo cohibido. Necesita decir algo para desmentir esta apreciación:

—Quita tus manos de mí.

Faya:

—Trasquilado, estás en un aposento sagrado, muestra respeto al linaje de los primeros hombres.

Bentagoche:

—Déjanos a solas, primo.

El faycán duda un instante pero termina accediendo a la petición y se marcha.

Tras unos segundos de silencio, los ojos de luna oscura se topan con los ojos de sol del alzado. La mirada oscura huye de la luz y rebusca en algún rincón sombrío para encontrar algunas palabras que convenzan al guerrero.

—Los ladrones no saben cuánto mal hacen. Si lo supieran, ¿cómo podrían robar?

—Si vas a insultarme saldré ahora mismo.

—¿No eres un ladrón? Necesito mirarte bien. Pensé que debías de parecerte a mí. Tú no duermes, estoy seguro.

—No me parezco a ti.

—Cierto, yo nunca he robado. No he cometido un crimen.

Doramas no se inmuta, habla con una fuerte tensión contenida y un tono susurrante que acaricia cálidamente la amenaza.

—¿Qué crimen cometí yo? Un acto de justicia.

—Y yo, ¿soy un criminal?

—Has hecho a los canarios lamentarse. Has matado a niñas.

Bentagoche grita, interrumpido por la tos, avanza en su defensa iracunda como puede:

—¡Salvé del hambre a nuestros jóvenes! ¡Salvé del hambre a los que están por venir! Si seguían naciendo niñas habría más bocas que alimentar. No son las bocas de esas niñas las que me preocupaban, sino las de sus hijos. No tienes

idea de nada, trasquilado.

—Podría matarte ahora mismo.

Bentagoche mostró una sorpresa mal fingida.

—No tienes lealtad. No tienes educación ni honor. ¿Por qué te rinde pleitesía el pueblo?

—Porque soy uno de ellos y ahora estoy aquí, hablando contigo, mirándote a los ojos. Llevo el pelo largo porque soy libre. Como ellos quieren ser.

—¡Somos los hombres libres! Nos creó así la madre celestial, hombre libres, fuertes y orgullosos.

—Me sé la historia. Te falta contar esto: los Semidán decidieron ubicarse más cerca del sol que el resto.

—¿Por qué eres tan rígido?

Se produce un tenso silencio. Bentagoche mueve por la habitación, muy despacio, su pesada y decrépita figura.

—Eres un tronco de drago. Rígido, imponente, no es mentira. Duro. Gustas a la gente. ¿Pero qué hacer contigo? Puede que lo mejor sea sacarte la sangre para beber de ella. ¿Dejarte crecer para que algún día ocupes el espacio que te corresponde? ¿Quieres ser uno de los nuestros? ¿Te talamos para hacer rodelas de tu madera? Dime, ¿qué eres tú? Te invité yo, pero tengo una pregunta y esta si quiero que la contestes. ¿Para qué has venido?

—Quería comprobar lo que creía.

—¿Has comprobado lo que creías?

—Sí

—¿Y cuál es la respuesta?

— Eres un cretino.

—Insolente. Desvergonzado.

—Bentagoche, guanarteme de Telde. Un hombrecillo que se aprovecha de su posición para vivir una vida mejor que ninguna, no al servicio de su pueblo. Sin honor. Vendido. Podrido. Amigo de extranjeros que dañan al pueblo. Lo he comprobado. Ya sabes lo que le pasa a los árboles podridos. ¿Verdad?

—¿¡Me estás amenazando!? ¡Me estás amenazando!

Bentagoche alza su grueso cuello, estirando su grotesca papada.

—¡Nenedán! ¡Guerreros!

Nenedán y los guerreros acuden rápidamente y rodean a Doramas, que no mueve un solo músculo. Bentagoche, sintiéndose algo más seguro, continúa hablando como si nada hubiese ocurrido. A Doramas se le agita levemente la respiración.

—Estoy enfermo. No viviré mucho más. Yo ya no tengo compasión sino de mí mismo. Me duele. Espero que respetes eso o que todos los ancestros sean malditos en tu estirpe ante este lugar sagrado. Por ahora pediré por ti y los tuyos. Cuando ya no esté, lo que hagas no será asunto mío.

No hace falta decir más. Doramas abandona la estancia y regresa por el largo pasillo excavado en la roca. Al llegar a la sala de recibimiento se percata de la presencia de un objeto colgado en la pared que había pasado inadvertido por estar en la pared de la entrada. Se para un instante para

observar la maravilla. Los guerreros se tensan, reaccionando a la actitud de Doramas, pero ante una señal de Nenedán, permiten al rebelde detenerse y contemplar ese cuadrado en cuyo interior se representa una estampa humana. Una mujer vestida con telas de colores fríos, tapada de pies a cabeza al modo extranjero capturada en una imagen plana llena de luz, de color, de vida. Nenedán, ese cadáver que camina, de pronto se muestra cercano y le dice con cierta cordialidad que es una "pintura" de una "virgen". Palabras extranjeras que jamás había escuchado. Piensa que es extraño que esa gente sea capaz de elaborar objetos tan asombrosos, pero no se muestren honrados, sean faltos de educación, respeto y en la mayor parte de las ocasiones, dignidad. Es algo que le contraría sobremanera.

Doramas se imagina sacando una tabona del fajín que rodea su tamarco a la altura de la cintura y rajando la imagen, pero el juramento le impide ejecutar su impulsivo deseo. No está ahí para ver excéntricos regalos que robaron la razón al guanarteme o para pensar sobre extranjeros. Aparta la mirada del objeto con una inquietud fugaz: ¿por qué Nenedán se muestra cercano a él? No quiere responder, quiere marcharse cuanto antes de ese lugar.

Al salir, Faya le dice la única frase antes de marcharse sin mirar atrás, hacia el interior del palacio-cueva de Bentagoche.

—Quiero que hablemos. Mañana voy a verte.

XX

EL TUERTO

El día siguiente de la visita de Doramas a Bentagoche

Oscuridad. En este lugar cada despertar es como volver a la matriz. El viejo faycán da los primeros pasos del día. Se detiene un instante y toca la cuenca vacía de su ojo derecho. Lo hace cada mañana en uno de esos rutinarios e inexplicables actos íntimos que nunca confesará. Le ayuda a recordar, le ubica, le da una especie de extraña y ancestral fuerza para sostener sus convicciones. Acto seguido se coloca el parche sobre la cicatriz que atraviesa su párpado.

25 años antes

Una desesperada carrera sobre la arena de la playa teldense de Melenara. Los tensos músculos del joven guayre se esfuerzan por dar alcance a un grupo de esclavistas que trata de llevarse a varios niños y mujeres de la zona. Estaba solo, a la espera de que los otros lleguen, pero no dudó en lanzarse contra los diez marineros que toman tierra para raptar a los lugareños y subirlos al gigantesco barco. Quieren llevárselos más allá del horizonte.

El anciano Faya camina ante la gente y se ubica al frente de la multitud que, como cada mañana, espera el agradecimiento al Sol. Cierra los ojos, se concentra. Solo él sabe lo importante que es este momento rutinario e imprescindible. Ser agradecido a la fuente de vida, a la potencia creadora, a las almas de los ancestros que ascendieron y moran en las entrañas de la engendradora. Sol como madre de todas las cosas, astro de luz, calor y vida. Nos recuerda quienes somos, y sabe que quizá lo más importante de todo es lo que una persona puede recordar. Rememorando su particular letanía interior, con los ojos cerrados y el murmullo de las decenas de almas que se congregan en esa plaza de Telde, Faya comienza a hablar ante la aparición de los primeros haces de luz del día.

—*Tanemirt*, Magec, madre de la vida, madre de todos, fuente del caudal eterno que no se agota. Creadora, bienvenido sea este nuevo día.

Alza los brazos y con él, el gentío se hace uno y eleva su agradecimiento con la esperanza de que llegue a su destino.

La maza en alto, el grito estremecedor, el gesto feroz, el golpe que impacta con violencia en la quijada del primer extranjero que alcanza, quien intentó herirle con su espada, pero la velocidad del joven Faya es legendaria. Es imbatible, rotundamente invencible. Lo sabe y así lucha, como si no fuera a perder nunca. Otro y otro, todos caen ante el arma furiosa del guerrero. Se encuentra a pocos metros de los captores, que ya están con el agua por las rodillas a poco de la pequeña barca que ha de llevarlos al navío que, imponente, hunde sus anclas a un kilómetro de la playa.

Faya termina el rezo y sin decir una sola palabra, vuelve a su casa cueva, la más humilde de la zona noble, mandada a hacer por él con las indicaciones más sencillas y necesarias. Sabe el cascarrabias faycán que los asuntos materiales no ascienden a la vida eterna. Sabe el viejo que lo mundano es el viento que sopla sobre la llama del espíritu. Hoy es un día en que esa llama se contonea de manera violenta en el interior del jefe religioso de Telde.

Las voces comienzan a hablar. Las oye con más nitidez que nunca en el interior de una cueva-útero, como lo es su vivienda, lugares sagrados

donde las almas que habitaron los cuerpos que andaban sobre la tierra siguen lanzando mensajes a los vivos. En susurros o a gritos, Faya las oye continuamente.

El guerrero observa cómo comienzan a subir a las primeras niñas a la barca, y solo le quedan por derrotar a dos extranjeros para llegar hasta ella. Al primero de ellos se lo quita de encima con un golpe a la rodilla, que revienta la articulación, seguido de otro impacto en la cabeza que explota en una nube espesa de sangre. La larga barba negra de Faya está moteada con abundantes gotas rojas, el cielo celeste, el mar azul, la barca marrón, los niños, las niñas, las mujeres, del color de los humanos libres. Esos fueron los últimos colores que vio. Luego todo se volvió negro.

Las voces hablaban de todo tipo de cosas, jugaban con recuerdos del pasado, engañaban al pobre hombre con indicaciones confusas o advertían y presagiaban buenos augurios alternando una y otra cosa. Algunas veces se volvían insoportable ruido que no venía de ninguna parte, otras eran una agradable melodía tan ancestral como la tierra. Las voces no las oyó siempre, fue a partir de aquel día en el que perdió el ojo en la playa de Melenara que comenzó a escucharlas.

Faya despertó profundamente mareado, sin recordar nada de lo ocurrido. Había olvidado que era un gran guerrero, de la familia más noble de toda la isla, respetado y admirado por todos. Había olvidado aquella mañana en la playa de Melenara, aquellos niños y niñas que finalmente fueron llevados a tierras lejanas. Apenas se percató de que podía ver mediante un único ojo.

No podía incorporarse, le costaba mantenerse lúcido cuando comenzó a escuchar las primeras palabras en una lengua ya olvidada. El bisbiseo ininterrumpido de decenas de voces enloquecía al aterrado Faya. Así durante varias semanas que casi trastornan al mayor guerrero teldense.

El anciano faycán se permite preguntar por el final de su pueblo. Pudo oír entonces la frase que más le preocupó en su vida

—Está cerca.

Las voces se callaron. Faya, desalentado, decide partir hacia Tejid, donde se verá con Doramas.

Tiempo después, el joven guerrero había aprendido a escuchar las voces que venían de ninguna parte. Tuerto desde el corte que recibió por la espada de uno de los esclavistas con los que luchó por última vez, el guerrero se había interesado como nunca en el mundo de lo oculto a los ojos mortales. Fue así como Faya, mostrando

su adquirida sensibilidad en la comunicación con los ancestros, se ordenó en la casta de los faycanes, accediendo como noble perteneciente a la familia Semidán. Telde, capital de la nación teldense, fue su destino como faycán. Compartía el liderato del pueblo con su primo Bentagoche, un ambicioso y moralmente laxo guanarteme que pronto se volvió famoso por sus decisiones controvertidas y su amistad con los extranjeros, que le colmaban de riquezas y atenciones.

La sobrecogedora cicatriz en la cara del recién nombrado faycán, que apenas cubría el parche que tapaba el ojo vacío, dotaba a Faya de un aspecto entre imponente y macabro, con el recuerdo perpetuo del violento inicio de la vocación espiritual del antiguo guerrero. Su cuerpo fornido y sus fuertes facciones, evocaban a cualquiera que le contemplara, la época en la que aquel hombre se jugaba la vida por algún conflicto en el que mereciera la pena pelear. Ahora Faya se dedicaba a advertir, aconsejar, educar y a guiar a las gentes mediante el poder de la palabra y el ejemplo de la acción. La rectitud, la observancia de las leyes ancestrales y el cuidado y respeto por las tradiciones, eran las mayores obsesiones de un hombre de fuerte carácter, acostumbrado a oscilar entre el enfado más iracundo y la amabilidad extrema.

Pero había algo que le machacaba el pensamiento a cada poco y tenía que ver con una de las primeras cosas que pudo escuchar. Una voz de niña, diría que no superaba los diez años, profetizó que aquel que nacería trasquilado sería

eterno con cabello largo. Esa fue la primera vez que le hablaron de algo así, pero no la única. El guerrero que no se doma. Las entrañas de la nobleza. Varias fueron las formas de llamarle, pero todas se referían a una misma persona y después de muchos años, Faya oyó hablar, esta vez a los mortales, de un trasquilado que se había dejado crecer el cabello en el sur de Canaria. Rompió su silencio acerca de las profecías y la compartió con Maninidra, quien decidió entonces invitar al rebelde y sus hombres a participar en el ataque a la torre de Gando.

Faya, acompañado de su auxiliar en la labores como faycán, ya podía divisar entre el espesor del palmeral el asentamiento de los hombres de Doramas. Respiró profundo y clavando su largo callado en el suelo, habló a su discípulo.

—Vamos a rezar. Lo necesitaremos.

XXI

—

LAS LENGUAS DE MADERA
28 años

—Este caldo es delicioso. ¿De dónde sacaron la carne?

—Varias familias visitan a los carniceros y nos la dejan cada pocos días, dejando de comer ellos una parte para compartirla con nosotros.

—Tienen de sobra.

—Lo que sobra, lo repartimos entre las gentes pobres al sur.

—En Canaria no hay gente pobre.

—Eso piensas tú, faycán.

—Ya. ¿Y el pescado?

—Gentes de la costa nos lo hacen llegar.

—Te agradezco que estés respetando al ganado teldense, Doramas. Viendo la generosidad que muestran contigo entiendo que tampoco te

ha sido necesario tomar nada por la fuerza.

—Habla lo que has venido a decir, Faya.

Faya guarda silencio un instante, le irrita la impaciencia de su interlocutor. Doramas está aún más serio que de costumbre con él. Parecen no coincidir nunca en sus estados de ánimo. Faya guarda silencio y es Doramas quien habla:

—Yo también quiero hablar algo contigo.

—¿Sí? Pues adelante.

—La hija del carnicero que dejó crecer su cabello.

—No sé de qué me hablas.

—Hace años, a las afueras de Telde, un hombre que no estaba en sus cabales, llamado Maraguya… Mandaron guerreros para rasurarle la cabeza y obligarle a ejercer de carnicero. Su hija, tú te la llevaste. Se llamaba Tissent.

Faya parece revisar sus recuerdos un instante y pronto responde:

—Tissent. La recuerdo.

—¿Dónde está? No estaba en Cuatro Puertas.

—Observaste a las maguadas.

—Yo no, las observaron por mí. Allí no está. Tampoco en los lavaderos de Tufia. Allí, en las tierras de Maninidra, no quise ser descortés…

—Lo fuiste.

—Quiero saber dónde está. Dime.

—¿Por qué esperaste tanto para preguntar por ella?

—Ahora necesitas decírmelo. Dependes de mí. Lo sé. Mi juramento incluía a Bentagoche, y cuando él falte se habrá acabado.

—¿Quieres volver a robar ganado? Lo que ocurrió en Telde no tiene nada que ver. Estoy aquí porque quiero hablar contigo, Doramas.

—Antes dime donde está Tissent.

Por primera vez el faycán muestra ante el guerrero algo parecido a un gesto de duda, finalmente, responde:

—Al norte, en los bañaderos de Arucas, allí me la llevé junto a otras doncellas. Se convirtió en una maguada. Pero ascendió al poco, Doramas. Una enfermedad se la llevó a escasos días de su llegada.

El gesto de Doramas se comprime.

—¿Estás bien?

—No te incumbe, faycán. Habla.

Faya se conmueve ante la humanidad que divisa entre las piedras que Doramas colocaba delante de los que intentaran ver dentro suya. Pero lo que ha venido a decir es más importante que cualquier cosa.

—Has seguido viendo a Sahar en secreto, ¿verdad?

—Eso tampoco es de tu incumbencia. Habla de cosas que te conciernan o márchate.

—Es de mi incumbencia. Y lo que vengo a decirte también es de la tuya. Sahar está embarazada.

Doramas se yergue, abre los ojos de forma violenta y frunce el ceño ligeramente.

—¿Dónde está?

—Maninidra se la ha llevado a Agüimes con Autindana.

—Entraré en Agüimes y la traeré conmigo.

—Eso es una locura. Pondrás en peligro a Sahar y a tu hijo, Doramas.

—Álzame a *guayre*, tengo que casarme con ella.

—No es la voluntad de Bentagoche, y sabes que le necesitamos para alzarte a noble. Hacer juramentos de que no has robado en momentos de paz, los guayres se opondrán. Es imposible.

—No puedo estar sin ella, y menos ahora.

Doramas se levanta y su voz suena como un trueno en el interior de la cabaña de piedra donde están reunidos Faya y él.

—¡Voy a matar a Maninidra!

—¡Cálmate!

—¡Voy a ir ahora mismo y pienso clavar mi puño en su pecho!

—¡Doramas!

—¡Voy a arrancarle el corazón!

—¡Cállate!

—¿¡Qué me calle!? ¡Estoy harto de las estúpidas leyes de todos ustedes! ¡Voy a matar a Bentagoche! ¡Luego a Maninidra! ¡El guanarteme de Gáldar también va a morir!

—¿Tenesor? Es un buen hombre.

—¡Egonaiga! ¡Él es el guanarteme de Gáldar!

—Estás mal informado. Estuve hace cinco noches en el juramento de Tenesor como guanarteme, en Gáldar. Egonaiga murió. A Bentagoche no le queda mucho. ¿No te das cuenta?

—Habla claro faycán, no tengo paciencia.

—Ese es tu problema. Siéntate y habla como un hombre recto.

Doramas se sienta con resignada calma. Faya continúa hablando:

—Tú y tus hombres son aguerridos. Pero no son suficientes contra todo el ejército de Gáldar. Incluso contra los partidarios de Bentagayre y Maninidra sufrirían una derrota.

—No estés tan seguro, Faya.

—Los tiempos son convulsos, Doramas. Pero no son las peleas entre los hombres libres las que deben ocupar nuestros pensamientos y nuestros días. Algo terrible se acerca.

—¿Realmente crees en esas voces que dices escuchar?

—No me importa lo que digas. Tus burlas, tu insolencia, ahora no sirven de nada. Si no crees en las voces, cree en los hechos. Nenedán ha liberado al jefe de los extranjeros, el jefe de la edificación que echamos abajo.

Doramas guarda silencio y desafía a Faya con la mirada. El faycán continúa:

—Nenedán es un débil, parece hijo de Bentagoche.

—Eso lo dices a modo de insulto.

—Sí.

—Pensé que eras partidario de Bentagoche.

—Solo soy partidario de los astros, de los ancestros y de los espíritus de la tierra, el viento y el agua. Los hombres somos débiles, todos. Ellos en especial. Nenedán quiere negociar con los extranjeros. Planea irse. A Bentagoche no volverás a verlo con vida, ya ni se levanta, casi no habla y no respira bien.

—Quieres que haga lo que insinuaste en

Cuatro Puertas…

—Lo ibas a hacer de todas maneras.

—Sin Bentagoche podrás alzarme a noble.

—No con la oposición de Maninidra. Pero sí apoyaré que entres a Telde. El pueblo te necesita, y pronto la isla.

—¿Qué sabes que no dices?

—Cosas que dicen las voces. Las voces en las que no crees.

—En las voces sí creo. En quien no creo es en ti.

—No tienes que creer en mí. Tienes que creer en el pueblo de Telde.

—Entraré a Telde, pero quiero a Sahar a mi lado.

—Intercederé ante Maninidra. Intentaré que entre en razón.

—Haz que entre en razón o tendré que hacerlo yo. Y no usaré palabras.

—Las voces me hablan de ti desde antes de conocerte, Doramas. No conozco el motivo por el que te anunciaron. Ellas no son tan claras. Pero eres alguien a quien esperaba desde hace mucho. No eres como imaginé, eres hosco y malhumorado, impaciente, maleducado y altivo. Me recuerdas a alguien a quien conocí hace mucho tiempo. También he visto que esos hombres de ahí fuera, gente común de Telde, te veneran y te siguen como si fueras la estrella más firme y brillante del cielo oscuro. Eso es lo que tienes que hacer en la noche más negra. Dar luz para todos los hombres libres de Canaria.

—Voy a entrar a Telde y haré lo que esté

en mi mano por la gente común. No habrá privilegios para unos u otros. No habrá hambre o miseria. No habrá concesiones a extranjeros que exploten o esquilmen. Pero Sahar... Debo estar a su lado o habrá guerra contra los fieles a Maninidra y contra el bando de Agüimes.

Faya no quiso entrar en otra posibilidad que no fuera que su solicitud ante Maninidra surtiera efecto. La conversación entre el faycán y el alzado llegó a su fin con algunas frases más de poca relevancia. Se despidieron, dispuestos a esperar el resultado de la decisión de Maninidra.

Faya no regresó a Telde, continuó hacia el sur rumbo a Agüimes, pueblo que daba nombre al territorio del que era guayre Autindana, primo de Maninidra. Acompañado de su fiel auxiliar, arribó a la ciudad bien entrada la noche. Le prepararon un lecho en una de las cuevas nobles dispuestas para el descanso de visitantes insignes. Maninidra no quiso recibir al faycán esa noche, excusándose en estar indispuesto.

A la mañana siguiente Maninidra sí recibió a Faya. Hablaron largo y tendido acerca de qué pasaría tras la muerte de Bentagoche, sobre los extranjeros y sobre Doramas. En nada estuvieron de acuerdo. Pero ambos hombres se respetaban mutuamente y hablaban con la mayor dignidad y honradez que podían. Faya, sintiendo que llegaba el momento, saca el tema del que realmente ha venido a hablar.

—Tu hermana debe ir con Doramas a Telde.

— No hay posibilidad. Ella es noble, no estará con el trasquilado.

—Lleva a su hijo en las entrañas.

—Yo cuidaré del niño.

—No es un ruego, Maninidra, es una exhortación del faycán de Telde, mediante el poder que me otorgan los astros, las voces de los ancestros y la estirpe de los Semidán. Sahar acompañará a Doramas en sus días en Telde. Le necesitamos para lo que vendrá después y ese es el camino.

Maninidra siente como las tripas le arden y la mandíbula se tensa hasta el punto de sentir que puede estallarle en cualquier momento. Nunca había visto ese fuego en los ojos de Faya, y eso es decir mucho sobre el pasional faycán de Telde.

—¡Escucha, viejo! ¡Esto es la guerra! ¡Iré allí y le sacaré de la cueva de los Semidán con mis propias manos!

—¡Guarda respeto, Maninidra!

—El respeto que guardo es que ahora mismo no estés muerto, faycán. Sal de aquí cuanto antes.

Faya entiende que no tiene nada más que hacer allí y avisa a su auxiliar. Se van. Ni siquiera miran atrás.

XXII

—

PEDRO
7 años después del asalto a la torre de Gando.

Apostados sobre una colina desde la que se divisa el valle de Aguere, en la isla de Tenerife, los hombres del capitán Alonso de Lugo se preparan para entrar en batalla. Más de dos mil soldados, algunos recién llegados, otros curtidos en el combate con los isleños, aguardan la señal que dará comienzo al enfrentamiento. Abajo, los hombres del imponente Bencomo, del bando de Taoro, líder de la resistencia indígena del norte de la isla, comienzan con sus gritos amenazantes. El español pregunta, alzando la voz sobre el ruido humano sin dejar de mirar a la jauría de guerreros guanches, qué cosa es la que dicen sus enemigos. El hombre que está a su lado duda

durante un instante, prefiere guardar silencio. El español repite la pregunta como un eco incómodo. Pedro le mira con gesto serio y no es hasta que Alonso de Lugo le devuelve la mirada, que le contesta. Su acento denota que el español no es su lengua natal, su cadencia suena gutural, cortante, suave y dura al tiempo.

—Gritan que somos la enfermedad, la vergüenza de la tierra.

—¿Nosotros la enfermedad? —Sonríe — Somos el remedio.

—Ustedes no. Se refiere a nosotros, a los canarios bautizados.

El jefe de la conquista de Tenerife sonríe y no encuentra respuesta en Pedro, al que antes llamaban Maninidra, el orgulloso guayre de Telde. Aún puede recordar el sonido del oleaje al atardecer en el pueblo de Tufia.

Los guanches comienzan a correr en campo abierto, aún tardarán algunos minutos en darles encuentro, así que, en la espera, Pedro comienza a temblar, como siempre ha hecho antes de comenzar una batalla. De Lugo se da cuenta y sin abandonar la sonrisa que antes logró, habla:

—¿Tiemblas? ¿Acaso tienes miedo, canario?

—No es miedo, son las carnes que saben dónde se encontrarán a poco.

Pedro, con su ropa castellana, su brillante yelmo y su casco, comienza a gritar y a silbar de forma frenética y los hombres que forman el grupo de canarios que van en la vanguardia del ataque del ejército liderado por Lugo, se despojan de sus pesadas armaduras. Pedro levanta

una macana de acebuche ligera y contundente, larga y rotunda, él es el único que sigue conservando su antigua arma canaria. El capitán castellano nunca entendió para qué se preparaban antes de la batalla colocándose los atuendos si luego iban a desprenderse de ellos y a luchar a la manera canaria, semidesnudos, cuerpo a cuerpo, aunque ahora muchos llevasen espadas, mazas y alabardas. Los ve corriendo a lo lejos y no puede más que volver a admirarse del arrojo y la valentía de sus antiguos enemigos, ahora aliados en la conquista de Tenerife. Observa en la distancia como el primer cráneo es aplastado por la legendaria arma de Pedro de Maninidra. Alonso de Lugo cierra los ojos y reza. En pocos segundos él entrará en combate. Quizá hoy Dios escuche sus plegarias.

XXIII

—

LAS COSAS QUE IMPORTAN
28 años

Faya a su ayudante

—Nunca te rías de una támbara, algún día será una enorme palmera. No recuerdo quien me dijo esa frase, pero siempre la recuerdo. Él cree que no le recuerdo de niño. Sí que lo hago. Un niño tímido y retraído. Solo visité su pueblo en una ocasión, pero fue suficiente para que mi memoria le recuerde entre decenas de niños teldenses. Su nombre ya había llegado a mis oídos cuando tratábamos de averiguar acerca del ataque a los guardas que iban a por la niña del carnicero. Era un niño tímido y retraído pero también lleno de dignidad. Pensaba castigarles, darles una lección que resonará en toda Telde,

para que a nadie más en la zona se le ocurriera jamás desafiar a la autoridad, a los jefes, los que mandamos. Pero al observarlo, me vino esa frase, y decidí cambiar el castigo por una advertencia y una enseñanza. No me extrañó cuando se convirtió en un forajido. Nunca lo tuve muy en cuenta, al contrario que Bentagoche, que alguna vez opinó sobre la amenaza que suponía el trasquilado alzado, pese a que tampoco se le veía atemorizado. Bentagayre terminaría ocupándose de él, le respondía, y se quedaba tranquilo. Fíjate, creo que a Bentagayre siempre le ha hecho gracia Doramas, que le cae en gracia, aunque no lo diga. Estamos rodeados de necios. Es difícil sobrevivir entre tanta estupidez.

Sahar a su prima, hermana de Autindana

—Dime, prima. ¿Quién es ese Doramas?

—Doramas... La primera vez que lo vi sentí paz. Admiración. El corazón daba golpes con fuerza en mi pecho. Me alegré sin motivo. Todo era nuevo y extraño para mí. Había escuchado que vendría un forajido, un plebeyo osado que se había dejado crecer el pelo, desafiando todo y a todos. Tan buen guerrero que merecía el perdón para luchar al lado de mi hermano. Cuando lo conocí pensé "un guerrero sereno, ¿cómo es posible?" Su forma de hablar cálida, su mirada confiada. No parecía que dentro guardara un mar revuelto, en tormenta continua. Pero así era, un guerra continua estallando en su interior.

Maninidra a Autindana

—El viejo ha perdido la cabeza. No razona. Solo tiene un ojo en la cara y solo tiene un ojo en el alma. Le ha dado demasiado poder al trasquilado.

—Es una burla para nosotros, no podemos dejar que esto quede así, primo. Debes hacer algo. Ahora.

—No me quedaré quieto, Autindana. ¡Se acabó! ¡Se acabó el trasquilado!

Sahar a su prima, hermana de Autindana

—Le vi venir lleno de sangre. Cientos de gotas de un oscuro rojo salpicaban su cara, su cuerpo, sus brazos. Con la sangre sobre su piel llegaron las historias del asalto a Gando. Si su fama de gran guerrero era grande, después de ese día se podría decir que no había nadie más grande en toda Canaria. Quizá era exagerar, teniendo en cuenta la fama de Adargoma, Bentagayre o mi propio hermano, Maninidra. Pero las conversaciones se llenaban de su nombre. Llamó mi atención antes de que echaran abajo la torre en Gando, y quizá a pesar de la gloria que alcanzó tras ese día. A él, esa gloria no le llenaba, o al menos eso parecía. Las primeras veces no había noche o día. Solo estaba él y para él, estaba yo. Mi hermano enfureció. La nobleza no debe mezclarse, no de esa forma, con la gente común.

Solo la familia elegida. Él no. Pero llevo dentro a su hijo.

—Hablas de él con belleza, Sahar. Pero temo lo que nuestros hermanos estén planeando ahora mismo.

—¿Qué quieres decir?

—He escuchado que están pensando en acabar con los alzados. Puede que todo termine en una guerra.

Maninidra a Autindana

—Nenedán me ha dicho a través de un mensajero, que necesita quedarse un tiempo en Gáldar para ocuparse de los tres hijos de Bentagoche, donde podrá hacer con su tío, nuestro primo el guanarteme Tenesor, lo que hizo con el guanarteme de Telde. Intentará pudrir su oreja con su lengua. La de los niños es su excusa para no quedarse y hacer frente al usurpador. La estirpe de los Semidán no huirá de su responsabilidad sagrada, ante Acorán y su forma de luz, Magec, y ante los espíritus de nuestros ancestros, juro que daré mi vida con tal de no ver al trasquilado ser jefe en Telde.

Doramas a Abián

—Le he retado ante Faya, esto es suficiente para evitar una guerra, Abián.

—Los guerreros están deseando entrar a la lucha, ¿por qué lo dices como si estuvieras librándoles de una desdicha?

—Porque es mi batalla, yo lo empecé. Y debo proteger las vidas de esos hombres si puedo hacerlo.

—Yo eso lo sé, yo y todos los que están afuera. Pero también es nuestra batalla.

—Si lucho, seguirán estando a mi lado. Es el momento de que todo lo que sea hecho vaya a un bien común. Por cierto, quería decirte algo.

—Dime.

—¿Recuerdas a Tissent?

Un mensajero interrumpe la conversación que está teniendo lugar dentro de la tienda de Doramas. El joven al que hace muchas lunas mandó a advertir a Bentagayre de que le estaba buscando, Adetmor, llegó con gesto serio y ánimo agitado.

—La que llaman Maguada Oscura quiere conocerte.

XXIV

—

LAS REGLAS
28 años

Abián camina de un lado a otro, impaciente. Sabe que pronto llegará el faycán, los silbidos de sus compañeros lo han ido anunciando en una perfecta red de comunicación dispuesta por todo el camino desde Agüimes hasta el campamento de los de Doramas. Faya es lo único que se interpone entre ellos y Telde, piensa el mejor amigo de Doramas mientras cierra los ojos para sentir mejor la brisa matutina. Si no fuera por él, ya habría empezado la guerra. Abre los ojos repentinamente y mira hacia arriba. Hay nubes, quizá llueva. Mira al frente y ve a Faya y su ayudante. Será mejor caminar hasta ellos, no aguanta más.

Doramas entrena como cada mañana, apenas el día recibe los primeros haces de luz de Magec.

Hoy empieza golpeando con sus brazos el tronco de la palmera, despacio y fuerte al principio, rápido, violento y despiadado al final. Termina y siente la necesidad de agradecer a la palmera. La escala, al llegar arriba coge varios dátiles. Desde arriba ve a cierta distancia la llegada de Faya. No tiene prisa por saber qué noticias trae porque en el fondo sabe que no son buenas. Habrá guerra. Toda la vida deseando entrar en combate y ahora que se acerca la más importante de sus luchas, preferiría que fuera de otra forma.

Faya está reunido con Abián cuando Doramas llega al encuentro en la improvisada plaza con asientos que los hombres alzados han dispuesto como zona común del campamento. Doramas se sienta, Faya y Abián parecen haber hablado todo lo que tenían que hablar.

—Guerra.

—Pude evitarla, de momento, pero sí habrá lucha. Un hombre que escojas de entre los tuyos, por un hombre que escoja de entre los suyos.

Doramas se pone en pie. Abián termina la explicación que inició Faya.

— El que venza entrará en Telde.

—Esta batalla no es por Telde. Al menos no solo por Telde. Tengo un motivo, que es solo mío, para luchar. Ningún hombre peleará una pelea que es mía. ¿Cuáles son las condiciones?

El faycán se levanta y con solemnidad clava su único ojo sobre Doramas.

—Para que los Semidán admitan el resultado, ha de celebrarse alejado de la población, del gentío, debemos irnos al norte. Así también

lo que allí suceda será aceptado por Gáldar. Vamos al bosque de deleite de Ayraga.

—¿Cuándo?

—En tres noches.

—Así sea.

—Doramas, Abián me dijo que estás pensando ir a ver a la Maguada Oscura. No se te ocurra. Debes estar centrado y en la luz.

Doramas abandona la plaza sin mirar atrás. Telde. Después de derrotar a Maninidra, porque sabe que no será otro, Telde. Y ella. Y su hijo. Y todo será perfecto. Solo otra pelea más. Solo otra pelea más para un guerrero que nunca dejó de luchar.

Faya, a las espaldas de Doramas, grita.

—¿A dónde vas?

—Regresaré pronto. Cuéntale lo de Tissent. Sé que a él le importa.

Doramas va en busca de la Maguada Oscura.

XXV

—

LA MAGUADA OSCURA
28 años

—¿Venceré?

—Eso no puedo saberlo.

—Eres la Maguada Oscura, dicen que puedes verlo todo.

—No, no puedo verlo todo.

La Maguada Oscura se levanta despacio y recoge algunas hierbas que guarda en un cuenco en una esquina de la cueva, tras algunas maderas finas y retorcidas que Doramas no sabría decir de qué árbol salieron. La Maguada alarga el brazo y alcanza las hierbas a Doramas.

—Mastica esto.

—¿Qué es?

Doramas recoge la hierba ofrecida y la huele desconfiado.

—Es para tu estómago. Debes cuidarlo.

—Sabes cosas que nadie más sabe. Sé que sabes quién vencerá.

—Te huele el aliento. El olor viene de tu estómago, algo no funciona bien ahí dentro. Las plantas calmarán el dolor y el olor.

Con la actitud de los que han sido cazados, Doramas se mete en la boca las hierbas en la boca.

—Solo tienes que masticarlas, no las tragues. Luego coges más y te las llevas contigo.

Doramas mira contrariado a la Maguada, que vuelve a sentarse frente a él.

—Me has llamado para darme estas hierbas.

—No, queríamos conocerte.

—¿Quiénes?

—Hay gente que pregunta por ti. Aquí estamos, guerrero.

—¿Quiénes?

—Calla.

La Maguada cierra los ojos y empieza a musitar cantos ancestrales deslizando las palabras entre sus labios. Los temblores, casi imperceptibles al principio, van en aumento y pronto la Maguada comienza a convulsionar.

Doramas no sabe cómo actuar, está incómodo, desea no haber venido y a la vez, en un rincón de su ser, se siente en casa. Algo le resulta familiar en aquella situación nunca antes vivida. La Maguada se pone de pie con los ojos cerrados y alza las manos.

—He visto cosas, guerrero. Vencerás y perderás, al final eso es la vida, vencer, perder, perder

y vencer. He visto cosas y tus hombros son la esencia. Todos los que están aquí dicen que eres fuerte pese a tu miedo. Dicen que un guerrero ama más que odia, un guerrero del tiempo, de los que no mueren pese a que sean derrotados. Dicen que eres de esos que no mueren pese a que vayas a morir en la batalla. No morirás nunca. Ama, Doramas, ama aun con el arma en la mano. Aun con el brazo ensangrentado, aun con la muerte en tu pecho, ama. Ella te ama a ti.

La Maguada cae al suelo como fulminada por el golpe de la muerte. Pero respira. Está dormida. Doramas no mueve ni un dedo. Ni su mirada cambia. Ahora está dentro, dentro de él mismo. Entiende cada palabra sin necesidad de explicación, sin necesidad de saber de qué hablaba la anciana, las palabras están escritas como en la piedra dentro de su cabeza y rebotan contra su pecho ardiente. Desde ese momento algo cambia dentro de él.

Después de un tiempo que no sabe calcular, Doramas observa cómo la Maguada se va recomponiendo y consigue sentarse a duras penas. La respiración entrecortada se va calmando y por fin la Maguada abre los ojos para mirar fijamente al alzado.

—No olvides tomarte esas hierbas. Te dejará de doler muy pronto.

XXVI

—

JUNTOS
28 años

El campamento se pone en movimiento antes de que Magec se presente para comenzar el día. Dejan atrás Telde y ponen rumbo al bosque de Ayraga. Más de sesenta hombres transportan sus enseres por el litoral de la isla rumbo al norte.

Doramas no dice palabra en todo el camino. Sus pensamientos están sumidos en el augurio de muerte que la Maguada había hecho el día anterior en la cueva oscura. Abián se acerca a Doramas, sabe que cuando no quiere hablar no lo hace, aunque le insistas, pero le susurra una pregunta que no puede esquivar.

—¿Existe?

Doramas responde con una mirada de desdén.

—Te dijo algo sobre nuestra victoria.

—No me dijo nada sobre eso.

Abián se percata de que Doramas está masticando unas hierbas. Gira la cabeza para conocer la posición exacta del faycán, está a bastante distancia y no podrá escuchar lo que ellos hablen.

—Doramas, estamos a una pelea de entrar a Telde. De hacer a los hombres de allá hombres libres, libres de los Semidán, de la estirpe de los que se hicieron hombres poderosos por su propia cuenta. Desde niño te acompañé en estos litorales a conquistar el mar. Luego hicimos justicia con el ganado de los nobles para los más pobres. Nos persiguieron, pero no pudieron con nosotros. Tiramos la torre. Somos alzados. Estamos juntos, siempre. Habla, habla y dime si sabes algo que yo no sepa.

Doramas se detiene, todos a su alrededor le imitan. Lo observan a él y a Abián mirarse fijamente. Doramas abraza a Abián y le golpea el pecho, exclamando con la acción su amistad y lealtad ante todos. Doramas agarra la muñeca de Abián y la levanta.

—Si yo falto, guerreros. Si yo falto, Abián es quien guiará el camino. No he conocido más leal compañero, corazón más puro, alma más noble. Mañana seremos Telde, y será gracias a Abián, el ladrón de ganado más temido desde Agüimes a Mogán.

Los hombres alzados estallan en un grito conjunto de celebración ante las palabras de Doramas. Los escudos son golpeados, los puños contra el pecho. Suenan bucios que elevan al

cielo la celebración de la vida de los señores de la muerte. Al poco, los hombres reanudan el camino. Doramas no volverá a pronunciar palabra alguna.

XXVII

—

EL BOSQUE DE AYRAGA
28 años

El espesor de la vegetación sobrecoge a cualquiera, la densidad del aire es más palpable aquí adentro, los pulmones se llenan de agua pese a respirar aire. Los árboles vestidos de líquenes, los helechos motean aquí y allá el suelo, verde como los ojos profundos de Sahar. Mirar este bosque es como mirarla a ella.

En sus entrañas, Ayraga acoge a los cerca de sesenta hombres que componen el ejército alzado de Doramas. Esperan a que Doramas salga de su tienda. Faltaban noticias de qué pasaría, de qué sería lo próximo, qué movimiento realizarían. El ambiente parecía calmado, pero por detrás de la piel de la apariencia ardía un anhelo compartido por todos los guerreros que se re-

partían por la llanura. Querían entrar en acción. Todos esperaban, se había dicho que aparecerían nuevas instrucciones. Era momento de acción, por fin. A alguno se le veía preparando su magado, untándolo en manteca, a otro afilando su arma, a otro, poniendo a punto su escudo. Doramas, arreglado para la batalla, pintado como guerrero por todo su cuerpo, con su arma, con su escudo, sale de su tienda y todos se ponen en pie. Las conversaciones se detienen como el muro para una piedra que silba en el aire. Tras Doramas, sale de la tienda el faycán tuerto. La mayoría se pregunta cómo había llegado hasta allí si nadie lo había visto llegar. Eran tiempos de eso, de faycanes que se ocultaban en la noche para no ser vistos y manejar las cosas que pasan y las que van a pasar. Silencio y más silencio, todas las miradas puestas en la misma persona.

—Hoy es el día. El día en el que dejaremos de ser las piedras que pisan. El día en el que no volverán a alzar sus barbas sobre nuestros cuellos desnudos. Llegó el día. Hoy Acorán será testigo de cómo sus hijos harán un puño con su mano y unirán todos esos puños para ser uno. Uno contra los que usurparon un poder que no les corresponde. Hoy, todos, ni uno habrá que no lo haga, nos dejaremos crecer el pelo. No cortaremos nuestras melenas, no afeitaremos nuestras barbas. ¡Porque hoy todos se dejarán el pelo largo!

La fuerza de las palabras de Doramas golpea sus pechos, las sesenta gargantas aprietan un grito que escapa escalofriante, y que pronto

suena como uno solo. Empiezan a oírse los bucios a lo lejos, anunciando la llegada de Maninidra y sus hombres a las tierras de Ayraga. Los hombres se dirigen a la llanura de Arucas, donde el encuentro tendrá lugar. El futuro de Telde dependerá del resultado de la lucha entre Doramas y Maninidra.

Faya rompe la concentración de Doramas mientras la comitiva atraviesa la niebla vespertina con un susurro entrecortado.

—Si alguien puede derrotarte en cada faceta, Doramas, ese alguien es Maninidra. No lo olvides.

Se acaban las palabras. Doramas mira de reojo al tuerto y sonríe. Nada le borrará la sonrisa hasta llegar a la llanura de Ayraga.

XXVIII

—

GURMAD
25 años

Él, de pequeño, había sido un enemigo. Alguien a quien despreciaba, a quien le deseaba todo el mal posible. Eso cambió y ahora, junto con Abián, era su más fiel compañero, su escudo y su sostén. Reían a carcajadas, luchaban en entrenamientos inacabables, respetaban sus silencios y eran compañía en la soledad de cada uno. Todo eso y más, pero lo cierto es que discutían muy a menudo.

Gurmad podía alzar la voz a Doramas sin consecuencias, era como si pudiera ver más allá de la energía que emanaba de él, y llegara hasta el hombre, a veces lúcido, a veces perdido, en constante contradicción.

Aquel día habían discutido, nadie recuerda ya el porqué. Doramas, por primera vez, lo había expulsado. Sí, lo echó como a un guirre desplumado, de entre los suyos. Gurmad no daba crédito, pensó retarlo, pero en seguida se dio cuenta de que eso no serviría para nada. Se marchó.

Nadie lo volvió a ver con vida.

Días más tarde de la marcha de Gurmad, Doramas, preocupado, planeó su búsqueda por los alrededores, ampliando el territorio cada día, sin noticias de su amigo.

Abián no quería traer oscuridad a los pensamientos de nadie, pero estaba claro que Gurmad no aparecería. Tras treinta noches, habló con Doramas. No tenía sentido seguir buscando. Quizá, lo más probable, seguiría con vida, pero estaría demasiado al norte, o muy al este. Gurmad era tan obstinado como Doramas y si había llegado el momento de poner tierra de por medio, en eso iba a ser el mejor. Una semana más, convinieron, y la búsqueda cesaría. Ambos compartían preocupación, eran un trío de amigos, desde niños no habían vuelto a ser un dúo. Algo les faltaba, algo de todo lo que Gurmad aportaba.

A la mañana siguiente, fue el bravo Usem quien trajo la noticia, Gurmad había aparecido en una cueva, una de difícil acceso, a mucha altura y de entrada angosta. Muerto.

Habían traído el cuerpo, Doramas y Abián lo ven y lo reconocen. Se postran y musitan palabras de aliento para que su amigo tenga más fuerza a su llegada a la Madre Celestial. Mientras se concentran, las miradas de ambos se cruzan y

comparten algunas lágrimas.

Doramas siente un golpe duro en el pecho, una lanza en el estómago y un perro mordiéndole el cuello. Nada supo y nada sabrá sobre lo qué le pasó a su amigo. Así quedará la historia, pero dentro de él algo se ha roto para siempre, y entre las rendijas de lo que se acaba de resquebrajar entrará una luz que iluminará su interior como nunca antes.

Gurmad, buen regreso.

XXIX

—

YO
28 años

Allí estaban todos.

Tenesor, guanarteme de Gáldar. Al que después de tanto tiempo vi por primera vez. Decían que temía nuestra revuelta, era un hombre precavido. Llegué y le miré fijamente, no aparté la mirada, tampoco le saludé. Él sería el siguiente. Me parecía increíble que no hiciera nada contra nosotros.

Quería hacerlo, pero no lo hizo, esperaba que Maninidra me derrotase. Si no, lo haría él. Eso creía. No iba a pasar eso. Nunca.

Adargoma, guayre de Arucas, el que crujió los huesos a Gariragua cuando lucharon por un

desafío entre ambos, un desafío como el mío con Maninidra. Un guerrero que impresionaba, no iba a mentir. Era más alto que yo, y más ancho. A simple vista parecía difícil de derrotar, pero estaba seguro de que, si me esforzaba, lo conseguiría. Era partidario de Tenesor, le seguía a todas partes.

El faycán de Gáldar, partidario de Maninidra, también estaba en ese grupo. Debía hablar, dar fe de que lo que aconteciera seguía el sendero de la tradición.

Mis sesenta compañeros.

Unos treinta que habían venido con Tenesor, guerreros todos. Nenedán no estaba.

Faya, él sí había saludado a los más notables, sin dejar uno atrás.

A veces pensaba que el anciano sonreía a un lado y a otro. Era hosco, pero quería agradar sin distinción para asegurarse un futuro sin depender de quien ganara. En ese momento su carácter me resultaba extraño. No conseguía saber quién era. Me incomodaba a la vez que me era familiar.

Maninidra y sus hombres llegaron tarde, los bucios sonaron cuando Magec estaba en lo más alto. Deberían haber sonado mucho antes. Allí estaba yo, sentado junto a Abián, respirando de forma profunda, escuchando mis propios latidos

a través de mi pecho.

Abián me dijo más tarde que él no miraba a nadie, yo sí lo hacía. Observaba a unos y a otros, si nuestros ojos se encontraban, no rehuía. Aunque no hablé con ninguno, con mi mirada les decía que debían temerme. A Adargoma le dije "te derrotaré si luchamos", y él, sin hablar, me respondió algo como "yo te derrotaré a ti". No hacía falta hablar cuando un guerrero gritaba con su mirada.

Maninidra fue el primero en ser visto de entre los suyos. Me puse en pie. Tocaron tambores, sonaron gritos. Faya y el faycán de Gáldar levantaron las manos, todos callaron. Dos guerreros de Gáldar hicieron un gran círculo con unos palos en la tierra, todos se colocaron alrededor.

Le vi temblar, los dientes le sonaban, como la vez de Gando, cuando echamos la torre abajo. Ahora ya no luchaba a su lado. Ahora quería dar con él en el suelo.

Entonces llegó Bentagayre. Ese hombre que siempre sonreía esta vez estaba muy serio. Me miró como si deseara matarme. Podía matarme, no había duda, pero si sacaba lo que guardo dentro la lucha sería muy igual, al menos mucho más que la vez que me derrotó.

Unos diez hombres, que sumados a los de tu hermano y a los de Tenesor, darían una batalla formidable contra los nuestros. Pero si estábamos allí de pie Maninidra y yo, uno frente al

otro, era precisamente para que eso no se diera.

Entonces me viniste tú a la mente. Por primera vez lo pensé. Tanto deseo por estar junto a ti y debía haber pensado antes en lo que tú sentirías en las entrañas. No estabas allí, pero, ¿qué te parecía aquello?

Faya comenzó a hablar, a voces, invocando a los ancestros, presentando el desafió ante Magec, los demás astros, la tierra, el viento y todo lo creado. Hizo jurar a todos los presentes que nadie nos había visto, ni a él ni a mí, maltratar o maldecir a una mujer, que éramos hombres de gran verdad y honor. Nada dijo de robar, que debería haberlo dicho. Solo mis hombres me habían visto coger ganado y grano, yo no era un ladrón como gemían como guirres esos Semidán y los que les rodeaban. Eso no era robar. Era dar al pueblo lo que era suyo, así que si eso era un problema, mejor no decirlo. Faya era inteligente. Uno de los que más.

Bentagayre se acercó a Maninidra y le entregó sus armas al guayre de Arguineguín. Me estremeció verlo, ver cómo dejaba su escudo y su magado al hombre que me tuvo bajo sus pies. No sabría decirte exactamente porqué, pero algo dentro de mí se movió muy fuerte.

Abián recogió mi magado y mi escudo.

Ambos hicieron de armeros, debían inter-

venir en la segunda parte del desafío, en el supuesto de que no terminara con nuestras manos desnudas. Tras el combate cuerpo a cuerpo, si no había vencedor, seguiríamos con las armas.

Después de tantos juramentos y protocolos, nos comenzamos a tensar. Nos quitamos los tamarcos y el faldellín, nuestro valor se medía por lo que éramos despojados de todo.

Él estaba en frente, no había escapatoria. Sonó un tambor, corrimos uno hacia el otro, yo corrí con tanta fuerza que lo agarré por la cintura y lo eché al suelo. Y ahí pensé, dulzura del mundo, que a ti eso no te gustaría. No te gustaría en absoluto. Pero ya era tarde.

Tenía a tu hermano de frente apretando mi cuello con sus brazos, ambos de cuclillas, entonces me pasó algo que nunca me había pasado en ninguna otra lucha. Me acordé del loco que vivía en mi pueblo. Maraguya, era su nombre. Me acordé de él y me sonrió desde algún sitio. Me solté de la presa y le conseguí agarrar el brazo, lo tuve atrapado de espaldas, pero se soltó y volvimos a estar de frente.

De nuevo, otra vez en medio de la lucha, pensé en mis forajidos que ahora eran guerreros nobles. En su camino, que era el mío.

Luego pensé en Abián, no en el mismo Abián que estaba allí en Ayraga. Me acordé del niño que fue. De él y de la hija del loco.

Me acordé de Gurmad. En mi angustia al pensar que quizá tenía razón en sus sospechas sobre mí. Sabía que ya no estaba aquí. Pero a veces, y esto nunca se lo había dicho a nadie, sé que está y espero que me haya perdonado.

Me acordé de ellos y seguía dando vueltas a un tronco imaginario alrededor del que también giraba Maninidra. Y entonces, por primera vez le miré a los ojos.

Allí, en su mirada, habitaba todo el odio del mundo. Lleno de odio a todo lo que era menos que él. Yo no era menos que nadie y así le devolví la mirada, la mía, que al principio debía estar perdida, ahora gritaba con fuerza "no vas a escapar". Corrí hacia él. Nuestros cuerpos impactaron con una violencia que hizo gritar a todos los presentes. Alguien gritó "usurpador" desde la muchedumbre. Otro gritó "luz de los alzados". Las dos cosas me parecieron verdad en ese momento.

Mis pensamientos iban lentos, no me sentía mal por ello. Tenía agua en ellos, podía nadar. Como me gustaba hacer en mi niñez. Como hice cada noche que quise verte.

Me agarró de la cintura e intentó levantarme, pero di fuerte con mis pies en el suelo y le golpeé en su vientre para alejarlo. Tenía sangre en mis manos, me di cuenta de que era mía. De mi muslo derecho. Entonces me acordé de mi padre, no de mi padre triste, me acordé de cuando era alegre.

Vi la vida toda como una, donde éramos todo lo que llegábamos a ser.

Enganché su rodilla izquierda con mi mano derecha, tiré hacia arriba, él clavo sus dedos en mi espalda, para que, mientras trataba de no caer, hacerme el mayor daño posible. Ardía y de nuevo, sangré. Él estaba como recién empezada la pelea, en cambio yo me sentía fatigado. Era un gran guerrero.

Se soltó con fuerza de mi presa y contraatacó echando sus dos brazos alrededor de mi cuello, intentando voltearme. Eso no lo ha conseguido nadie, ni Bentagayre. Había repasado mil veces esa pelea en mi cabeza, la de Bentagayre, y pensé, semilla de mis entrañas, ahora con seguridad. No podría volver a vencerme.

Así que de nuevo como al principio, frente a frente. La respiración rápida y entrecortada. Seguían los gritos. Oí a alguien gritar el nombre de Bentagoche. Maninidra se abalanzó sobre mí y consiguió tumbarme, me abrazó fuerte.

No te pareces a él en los abrazos. Bueno, ni en nada.

Golpeé su nariz con mi cabeza y noté como se rompía. Ahora era él el que más sangraba y mi pecho latía más de lo normal. Me dio fuerza, pero no le ataqué enseguida. Dejé que se pusiera en pie, que se recompusiera.

Entonces supe que Faya, que me observaba con su único ojo, sabía que no se había equivo-

cado. Pese a su juego, entendía que me apoyaba, y yo debía agradecérselo. No lo había hecho nunca. Al terminar la pelea esperaba poder hacerlo.

Me lanzó un puñetazo que esquivé.

Mi pie avanzó y mi rodilla se enganchó con la suya. Traté de tirarlo. No lo conseguí, me admiró su fuerza y el espíritu que movía su cuerpo.

La lucha duraba demasiado.

Lanzó otro puñetazo que me alcanzó en la mandíbula. Casi me tumbó.

Me intentó atrapar al menos cinco veces más, estaba furioso, quería acabar conmigo. Estaba seguro de que de haber podido, en ese momento me habría matado. "Pero no voy a permitírselo", pensé. "Hoy no voy a morir. Por todo, hoy no quiero perder."

Mareado, tratando de no parecerlo, pensé en Telde. En mi pueblo, en la gente, en los que menos tienen.

Recordé a los que más tienen y más desean, más desean de todo. Ahí estaba él. En frente mía.

Pensé en ti, pero no en ti la de antes. Pienso en ti, la de ahora. Con la que quería estar, de la que no quería separarme jamás. Dejé de estar mareado. Con esos pensamientos derramados

dentro de mí, me enfoqué en ser todo lo que era.

Fui a por sus piernas. Él intentó evitarlo con todas sus fuerzas.

Lo apresé, lo levanté y lo tumbé como si fuera un tronco caído. Como una roca que cae desde lo alto de una montaña con la fuerza de todo el viento que ha soplado a lo largo del tiempo. Golpeó el suelo de tal forma que la mitad de los presentes quedaron en silencio. Así terminó, no pudo volver a ponerse en pie. No pudo. No creas que fui cruel, no quise seguir atacándolo porque era tu hermano, y porque pensé que eso era suficiente para que todos admitieran mi victoria y él admitiera su derrota.

Pero estaba dormido, y no pudo admitir nada. Bentagayre lo hizo por él.

No hicieron falta nuestras armas.

Los míos eran felices, me rodeaban, alzaban y clamaban.

Los suyos estaban preocupados a su alrededor.

Cuando pude calmar a mis compañeros, me abrí paso entre ellos y luego caminé entre los partidarios de Maninidra. Él ya estaba sentado y empezaba a llegar a sí. Le cogí la muñeca y la levanté. “Este hombre es un hombre digno, y así le he vencido.”

A partir de ese momento me respetaron. Todos. No hubo un solo hombre allí presente que no lo hiciera. Fui honesto porque sentía que tu hermano había hecho lo que pensaba que era correcto, y yo hice lo mismo, con diferente pensamiento, Sahar. Eso nos convierte en personas parecidas. ¿No lo crees así?

Cuando entendí la pelea que acababa de tener, más conmigo mismo que con tu hermano, fue el momento en el que ella vino a mí.

Mi madre, más viva que nunca, aquí adentro. Y ahí la guardé, y ahí la sentí. Ahí estaba.

Aquí estamos tú, yo y ellos. Tan pequeños. Mis entrañas tiemblan al mirarlos.

Mi dos primeros hijos. Un niño y una niña que llegaron juntos, como llegan la luz y el calor del sol.

Tus dos primeros hijos.

Mañana volveremos a Telde, de donde vengo, y le daremos un nuevo rumbo.

Hay algo que quiero decirte, Sahar. Cuando he estado a punto de morir, muchas veces, en una u otra pelea, cuando tenían sus manos sobre mi cuello o golpearon mi cabeza con fuerza, nunca tuve miedo a morir. Me lanzaba contra la muerte como las olas estallan contra las rocas en la costa. Ahora no dudaría en volver a hacerlo

por lo que sé que es justo, no me entiendas mal. No voy a dejar de luchar, Sahar. No podría. Pero ahora, todo el tiempo, siento un deseo ardiente de volver a casa. Un deseo de evitar la guerra, el odio, porque mis entrañas están llenas de lo contrario. Siento, luz de mis días, que gracias a eso, soy ahora un mejor guerrero.

Ahora, háblame tú. Quiero escucharte.

Epílogo

Acorán, el alma de todas las cosas, no ha tomado su forma de luz para triunfar en el cielo como cada día. La oscuridad es interrumpida por las cientos de estrellas que rocían el firmamento. Un hombre gana el tiempo mirando esas estrellas, sintiendo como forma parte de ellas, quizá esas son las almas de los más grandes, a los que Magec, en su sapiencia inabarcable, ha permitido salir cada noche para guiar a los mortales de otra forma que no es la diurna. Entre estos pensamientos y otros, el hombre se pierde como se pierden las piedras que son lanzadas al agua,

solo que estas no regresan.

Un grito, que no un silbido, saca al hombre de sus profundidades, y desde la altura de un acantilado, en el extremo noreste de la isla, trata de divisar en la densa negrura qué sucede. Lanza un silbido que es entendido, pues es capaz de expresar palabras mediante ellos.

—¿Qué sucede?

Otro silbido retumbante le es devuelto.

—Extranjeros. Cerca del río Guiniguada.

Chejerque es uno de los vigías de ese extremo de la isla, del cantón de Tamaraceite, un hombre curtido y con más ganas de mirar las estrellas que de enfrentar problema alguno. Aun así los astros que él mismo guarda en el interior le incitan a correr como nunca antes, ese llamado no era común. Corrió sin detenerse, saltó obstáculos, se deslizó por los riscos con la maestría que dan los años de práctica. Llegó al cauce del Guiniguada, pero solo encontró a uno de los vigías de la zona, tres de sus compañeros se habían dirigido más al norte, al territorio de La Isleta.

Chejerque no se detuvo mucho más, quería descubrir la naturaleza de la noticia que le habían dado, así que reemprendió la marcha. El día comenzaba a clarear mientras su respiración agitada solo competía con el corazón desbocado, ágil, sí, fuerte, sí, pero ya no tan joven. Entró a los arenales, y divisó la embarcación extranjera imponente, inmensa y sobrecogedora, nunca había visto nada igual. Hace años, en Gáldar, contempló una embarcación de los que llaman portugueses, pero nada tenía que ver con aquello

que tenía ante sus ojos.

Se aproximaba, cada vez con mayor sigilo, y así podía ver con mayor claridad lo que acontecía. Decenas, de hombres, cientos incluso, llegaron a la costa canaria, junto a esas bestias que traen consigo.

A medida que se acerca, descubre nuevas cosas. Observa como un anciano canario, un lugareño que se encontraba en la zona, es empujado por uno de los extranjeros ante el que parece ser su jefe. Las vestimentas siempre delatan al que manda, sea del bando que sea, tenga el lugar de procedencia que tenga. Trabajaban con eficiencia, a la llegada de Chejerque ya habían levantado algunas estancias. No sabía si estos eran españoles o portugueses, pero lo que el vigía sí sabía es que estaban bien preparados para la guerra.

Ya era de día, así que no podía levantar la cabeza para preguntar a las estrellas. Tampoco lo necesitaba, sabía que después de aquello nada volvería a ser lo mismo.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por dejarme ser curioso desde el principio y por tratar de entenderme, aunque sé que esa es una tarea muy complicada. Esas dos cosas fueron la semilla para que me interesara por descubrir y contar historias.

Gracias a mi hermano, mi primer espectador, mi primer lector. Su corazón es una hoguera donde tuve la suerte de calentarme en numerosas ocasiones.

Gracias a mi hijo, por aumentar mi creatividad con su fértil imaginación.

Gracias a Pedro Pérez, por su valentía y apuesta decidida para que este libro sea una realidad. Por su lealtad y valores, que me inspiran tanto.

A Ruth Molina y a Fayna Molina por animarme tanto en las primeras lecturas del boceto de novela.

Gracias a Sigrid Ojel por escucharme hablar tanto de cómo hacer una u otra cosa con la

historia de Doramas, y ayudarme con tanta paciencia a ver la luz cuando sólo había oscuridad.

Gracias a Ofelia Díaz-Bethencourth por sus notas y correcciones tan sabias.

A Carlos González, Rubén Jiménez y Justo Martín, por enseñarme tanto con su humildad y sensibilidad, al leer el manuscrito y aportar tanto.

Y por último a ti, con la esperanza de que Doramas haya llegado a tocarte el alma.

CONTINÚA EN EL LIBRO 2
DORAMAS, SANGRE EN LA TIERRA